



PALOMA PÉREZ

*Otra vez
a tu lado*

Otra vez a tu lado

Paloma Pérez

© Paloma Pérez Díez.

1ª edición, diciembre de 2019.

Diseño de cubierta: Alexia Jorques.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

PARTE I

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

PARTE II

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

Noemí

Victor

[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

*A mi abuelo;
mi corazón en el cielo.*

PARTE I

Víctor

—Hasta luego, preciosa.

—Eso no significa nada.

—Un «hasta luego» está lleno de intenciones. —Víctor le guiña un ojo y muestra su sonrisa perfecta.

Ella lo mira y se derrite con ese mismo gesto que le hizo perder la cabeza la noche anterior. Había dado igual que acabara de conocerlo; tampoco le importó dejar a sus amigas solas, a pesar de estar celebrando su propia despedida de soltera; y mucho menos tuvo en cuenta que en un mes iba a casarse con el que, se suponía, era el hombre de su vida. Víctor había podido con todo eso sin ser consciente de que estaba poniendo su mundo completamente patas arriba. Su atractivo había sido mucho más fuerte que la historia que ella había construido con su pareja durante tantos años. Él había hecho lo que cada noche que salía de fiesta: fijaba su objetivo y siempre lo conseguía. Sabía bien cuáles eran sus armas de seducción y, sin duda alguna, la sonrisa perfecta no fallaba nunca.

Víctor está sentado en la cama sin despegar la vista de Rocío, mientras ella se viste tranquilamente. A pesar de no llevar la cuenta de las mujeres con las que ha pasado tantas noches de pasión, Víctor jamás olvida sus nombres. Por lo menos, durante las horas que dura la conquista. Esa es otra de sus armas de seducción: hacerlas sentir únicas, especiales, preciosas, las mujeres más interesantes sobre la faz de la tierra.

A pesar de su faceta de conquistador, Víctor nunca le falta al respeto a ninguna chica, se comporta como un caballero y no se compromete con ninguna. No es el tipo de chico perfecto que se enamorará, casará y tendrá hijos en una casa grande con jardín y perrito correteando incluido. Víctor es canalla y atractivo, pero, si hay un adjetivo que lo define a la perfección, es buena persona. Es un hombre que disfruta de cada momento de la vida, algo que para aquellos que están a su alrededor es envidiable.

Apoya el antebrazo derecho detrás de la cabeza, mostrando una pose de anuncio: torso trabajado en el gimnasio y mirada penetrante. Podría decirse que es casi una réplica del *David* de Miguel Ángel, al que se le nota cada uno de los músculos de su cuerpo tallados a la perfección. Con la mano que tiene libre le hace un gesto a Rocío para que se acerque.

—Hasta luego —repite la chica las palabras que él le ha dicho hace escasos minutos.

Víctor percibe a través de sus movimientos lentos y sensuales que tiene ganas de más, que se muere por volver a acostarse con él. A él también le gustaría repetir, pero sabe que, si lo hace, no la dejará con ganas de más. Otra de sus armas de seducción. Se muerde el labio evitando sonreír al pensar en ello.

—Hasta luego, preciosa. —Le da un beso ligero en los labios y se separa.

Ella, visiblemente molesta, se incorpora con rapidez, coge su bolso y se despide moviendo la mano. El sonido de sus tacones retumba en la habitación mientras las caderas bailan a su son. Al llegar a la puerta, coge un taco de *post-its* y un bolígrafo, que reposan en un pequeño mueble de madera donde también hay un teléfono negro, apunta su número de móvil, despega la hoja y la coloca en la puerta, justo debajo de la mirilla, asegurándose de que él la vea cuando salga. Ya

tendrá tiempo de pensar qué hará a partir de ahora con su vida. Por el momento, no se percibe en ella ni un atisbo de arrepentimiento.

Víctor escucha el portazo y sonrío pícaro.

—¡Vaya genio!

Se levanta de la cama y, justo cuando va a entrar en la ducha, suena su móvil.

—Buenos días —Víctor escucha la voz del comisario Octavio Torres al otro lado.

—Buenos días.

—Disculpe que le moleste en su día libre, pero necesito que venga a comisaría. —Más que una petición, sabe que es una orden.

—Deme una hora.

—Aquí lo espero.

Las llamadas del comisario siempre son así; escuetas y concisas. A Víctor no le molesta que le pida que vaya a trabajar en su día libre; en realidad, le gusta. Desde que era pequeño, decidió que quería ser policía, por eso de que en las películas siempre eran los buenos. Según fue creciendo, esa ilusión fue haciéndose mayor en él, hasta el punto de comenzar a estudiar el temario antes de cumplir la mayoría de edad. Aprobó a la primera, se empeñó con constancia e ilusión durante su estancia en Ávila y pronto se convirtió en uno de los mejores policías de su comisaría.

Le gusta su profesión y afronta cada investigación con entusiasmo, aunque considera que esa misma placa que tanta satisfacción le da también le ha hecho vivir los peores momentos de su vida. Se ha enfrentado a situaciones que le gustaría borrar de su memoria para siempre, especialmente aquellas en las que se vieron implicados niños, o cuando ha tenido que gritar pidiendo una ambulancia para salvarle la vida a algún compañero, aunque muchas veces fuera en vano. Pero sabe que todo eso forma parte de su elección y debe aceptarlo.

Antes de salir de casa, se mira en el espejo, coqueto. Se ha puesto unos vaqueros claros y una camiseta gris, que marca sus abultados brazos. Se arregla el pelo, haciendo que parezca despeinado, pero estudiando el lugar de cada punta, y se echa perfume. Guiña un ojo al espejo, coge la cazadora de cuero, sus gafas de aviador y, cuando está a punto de salir de casa, ve el *post-it* que ha dejado Rocío. Lo coge y sonrío; además del número de teléfono, ha añadido un corazón. A Víctor le hace gracia. La chica le ha gustado bastante, especialmente su genio, pero no lo suficiente. Nunca es lo suficiente. Aprieta el *post-it* en su mano, lo arruga y, cuando llega a la calle, lo tira en la primera papelera que encuentra.

Noemí

Abre la puerta de casa y la encuentra tan oscura como siempre. Las persianas bajadas, la decoración en tonos neutros, entre los que destacan variedades de gris y todo perfectamente colocado, sin que ningún objeto se desvíe ni un milímetro de su posición.

Noemí entra y deja la bolsa de la compra en la encimera para, inmediatamente, colocar cada producto en su sitio. Una vez que tiene todo listo, va a la habitación, se desnuda, deshace el moño tirante que sujetaba su pelo negro y se mete en la ducha. El agua resbala por todo su cuerpo mientras piensa en el día que ha pasado. Nada nuevo, otro más, otro menos, otro igual, sin más.

A Noemí le gusta su vida así. Es una persona cuadrículada, metódica, constante y necesita tener sus días perfectamente planificados, de principio a fin. Una planificación que solo se ve alterada por su trabajo, algo que no le molesta para nada.

Sale de la ducha y se anuda una toalla alrededor del cuerpo, va a la habitación, mira el móvil y no hay nada. Ni un solo mensaje. Levanta los hombros, inspira profundamente y termina de secarse para ponerse el camisón. Coloca la ropa del día siguiente en la silla que tiene a los pies de la cama, dejando la camisa en la percha colgada de la manilla de la puerta.

Sigue los mismos pasos de cada día y va a la cocina a prepararse algo de cenar. Nada es diferente, debería estar tranquila; sin embargo, una sensación extraña en su pecho le recuerda que no es un día cualquiera. Se sienta en el sofá a cenar y mira la televisión, aunque no la está viendo. De pronto, suena su móvil y se levanta rápido a cogerlo.

—Buenas tardes, quisiera hablar con la señora Noemí Becker. —Noemí imagina de quién es la llamada.

—Soy yo, pero no puedo atenderla, disculpe.

—Perdone, todavía no le he explicado cuál es el motivo de mi llamada.

—No, pero puedo imaginarlo. Gracias, pero no me interesa. Que tenga buena noche y, por favor, dígales a sus jefes que no son horas de llamar para vender nada. —Justo cuando está a punto de colgar, añade—. Y otra cosa, no soy señora, soy señorita —recalca las sílabas de la última palabra subiendo el tono de voz.

Noemí no le da margen a la chica a contestar y cuelga el teléfono. Está cansada de esas llamaditas para vender telefonía o tarjetas de crédito.

—¡Qué pesadez!

Vuelve a sentarse en el sofá y bebe un sorbo de vino. Deja la copa en la mesa y una lágrima está a punto de caer de sus ojos, pero consigue contenerla respirando hondo, como tantas veces se ha obligado a hacer. Se siente verdaderamente estúpida. Ha salido corriendo a coger el teléfono cuando la única llamada que esperaba en el día era la de su tía Anette, que lo hizo a primera hora de la mañana. Vuelve a respirar hondo, notando como su pecho se hincha y deshincha, intentando coger todo el aire que cabe en sus pulmones para que consiga llenar su soledad, borrar su tristeza y olvidar el desaliento de echar de menos a los que hace tanto tiempo que no están. Pero hoy no puede, hoy es un día diferente. Toma otro sorbo de la copa de vino y piensa en lo triste que es no tener a nadie con quien compartirlo. Aprieta fuerte los labios, traga saliva intentando que desaparezca ese maldito nudo de su garganta y, cuando las lágrimas están a punto de brotar de sus ojos, vuelve a sonar el teléfono. No lo va a coger, es tontería. Niega con la cabeza, suspira y suelta el aire mientras se levanta. La pantalla se ilumina y en ella ve el nombre de la mujer que nunca la ha dejado sola. ¡Qué afortunada es de tenerla! Por eso sí debe sentirse feliz.

—Hola, tía Anette. —Noemí intenta parecer animada.

—Hola, mi niña, ¡muchas felicidades!

—¡Pero si ya me has felicitado esta mañana! —Se ríe.

—Ya lo sé, ¡pero tenía que ser también la última! —Noemí piensa que no solo es que haya sido la primera y la última; es que ha sido la única.

—¡Vale! Pues te prometo que, si me llama alguien más, no cogeré el teléfono —bromea.

—¡Esa es mi chica! —Noemí imagina la sonrisa eterna de su tía y se emociona.

Noemí le cuenta cómo le ha ido el día en el trabajo, Anette le explica cómo lleva la organización del acto benéfico en el que está participando y, pocos minutos después, se despiden.

En cuanto cuelga el teléfono, vuelve a coger la copa de vino, la bebe de un trago, recoge la cena, de la que no ha probado bocado, y se va directamente a la cama. Está muy triste por pasar su cumpleaños sola, pero tampoco ha querido compartir el día con nadie de su trabajo; sabe que, si lo hubiera hecho, le habrían propuesto ir a tomar algo todos juntos para celebrarlo y no habría podido decir que no. A ella no le acaban de convencer esos planes; prefiere llegar pronto a casa, ver algo en la tele y descansar.

Se mete en la cama, se abriga con el nórdico y piensa en cómo eran sus cumpleaños de pequeña, en las risas, los abrazos, las tartas gigantescas con las velas más bonitas que hubiera en la tienda, los bailes por el jardín...

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba, haciendo aspavientos con los brazos para llamar su atención.

—Dime, pequeña. —Se acercó a ella y le acarició la cabecita con suavidad.

Tan solo tenía cuatro años, sin embargo, recordaba cada gesto, cada mirada, cada caricia y cada palabra de aquel hombre que siempre la cuidaría. Celebraban su cumpleaños en un merendero, hacía un sol espléndido y la sombra servía de aliento para descansar entra carrera y carrera detrás de la pelota.

—¿Crees que podría ser futbolista? —La pequeña Noemí estaba emocionada con su regalo nuevo. Una pelota de colores vivos que hacían formas divertidas según rodaba.

—¿Te gustaría serlo? —Tenía una voz pausada y tranquila.

—No lo sé... —Ella se llevó su pequeño índice hacia los labios—. A veces pienso que sí, pero otras... ¡No me gusta mucho! Porque yo quiero hacer cosas buenas, como los astronautas o los bomberos. Los futbolistas solo corren detrás de la pelota... ¡Pero es divertido!

—Serás lo que te propongas, ¡estoy seguro! Solo tienes que pensarlo bien, decidir cuando llegue el momento y dejarte llevar por este. —Señaló con su dedo índice el lado izquierdo del pecho de Noemí.

—¿Qué tramáis? —Su madre se acercó. Paseaba con aquel vestido largo acariciando sus preciosas piernas.

—Nada, mami —respondió Noemí, pizpireta—. ¡Cosas nuestras!

Volvió a coger la pelota y, de lejos, vio como su padre se aproximaba a su madre, le acariciaba la mejilla y le daba un beso en los labios. Se querían mucho y, aunque a otros niños les daba asco ver a sus padres besarse, a Noemí le parecía precioso. Eso y verlos cogidos de la mano o riéndose en el sofá mientras se hacían cosquillas, bailando mientras cocinaban o cantando anuncios que les parecían divertidos.

Cierra los ojos, los aprieta muy fuerte y escucha a sus padres cantarle el *Cumpleaños feliz*

mientras ella mira concentrada una tarta enorme de nata y chocolate. Una sonrisa se dibuja en su rostro al mismo tiempo que una lágrima comienza a acariciar su mejilla.

A la mañana siguiente, Noemí se levanta con energía y hace como si la jornada anterior no hubiera existido. Como cada día, desayuna mientras revisa las noticias, se viste, estira su pelo hasta recogerlo en un moño que le confiere sobriedad y, poco después, sale de casa para ir a trabajar. Le han comunicado que hoy tiene que ir a una nueva comisaría para formar parte de una investigación que se va a poner en marcha contra un ciudadano alemán. Desde que salió de la Academia, se fue posicionando como uno de los contactos más importantes en la Policía Nacional con la gendarmería de Alemania. Su conocimiento del idioma le abrió las puertas cuando era solo una jovencita, y su profesionalidad, demostrada en los casos en los que ha participado, la ha hecho consolidarse en su puesto. El problema es que nunca suele estar en un mismo sitio, trabaja durante el tiempo que la demandan en una comisaría y, cuando termina el caso, se va a otro lugar. Aunque para ella no es un problema, ya que no es amiga de relaciones profundas, ni de amistad, ni amorosas. Y mucho tiempo en un mismo lugar acaba despertado esa necesidad de estrechar lazos del ser humano.

En cuanto entra en la nueva comisaría —en esta no ha estado nunca—, observa a varios compañeros delante de sus ordenadores. Algunos van vestidos con el uniforme; otros, de calle. Hay bastante ajeteo de gente andando de un lado para otro. Noemí se queda parada buscando con la mirada dónde puede estar el despacho del comisario Octavio Torres. De pronto, un hombre vestido con traje de chaqueta gris y una camisa color burdeos se acerca a ella y se presenta como el comisario. Justo a quien estaba buscando. Después de las formalidades oportunas, le pide que lo acompañe al despacho.

—Agente Becker, siéntese por favor. —Señala con uno de sus brazos una de las sillas que están delante de la mesa—. Disculpe la fría bienvenida, pero debemos comenzar con la investigación cuanto antes. Hemos recibido información de un ciudadano alemán que dirige una organización de tráfico de drogas desde Mallorca. Se hace llamar Agathon.

—Es un nombre alemán. —Justifica su participación en la operación.

—Tengo que salir para solucionar un asunto. En una hora nos reunimos para poner en conocimiento todos los datos y comenzar a trabajar.

—De acuerdo.

El comisario le entrega a Noemí una carpeta y un *pen drive* con la información, le da algunos datos más y, cuando está a punto de salir del despacho, vuelve a llamar su atención.

—Agente Becker —Noemí se gira—, bienvenida. —Muestra una ligera sonrisa.

—Gracias, comisario.

—Antes de que se vaya —le hace un gesto para que se acerque de nuevo—... Disculpe, llevo una mañana de locos.

—No se preocupe, dígame.

—El compañero que le hemos asignado es el agente Martínez. Trabajarán juntos, ¿de acuerdo? Contarán con los agentes que consideren necesarios, pero deben dirigir juntos la investigación.

—Muy bien, comisario. Imagino que estará en la reunión...

—Sí, Víctor estará también. No tenemos ni un minuto que perder.

—Perfecto, nos vemos en la reunión entonces.

Noemí se levanta de la silla de nuevo y, justo cuando va a salir por la puerta, se activan todas

sus alarmas. ¿Ha dicho Martínez? Y luego ha dicho Víctor. No es posible. Se queda paralizada, las piernas comienzan a temblarle y siente como el corazón bombea con fuerza su pecho como si quisiera liberarse. ¡No puede ser!

—Disculpe, ¿ha dicho que el agente con el que voy a trabajar se llama Víctor Martínez? —
Siente como su estómago se encoge al pronunciar ese nombre.

—Sí, eso es.

—No. Lo siento, pero no puede ser. —Niega sin parar con la cabeza.

—¿*Qué* no puede ser? —el comisario eleva la voz.

—No puedo trabajar con ese agente. Lo siento, pero tendrán que asignarle el caso a otro compañero o tendré que rechazarlo.

—El agente Martínez es uno de los mejores policías de la unidad especializada en drogas y crimen organizado. —Hace una pausa y alza la voz—. De hecho, podría afirmar que es el mejor policía para este caso.

—No puede ser... —Noemí acompaña sus palabras sacudiendo la cabeza a un lado y a otro sin parar.

—Agente Becker —se enfada—, no pienso permitir que nadie venga a mi comisaría a decirme quién debe encargarse de cada investigación. Tengo muy buenas referencias tuyas, así que le pido que, por favor, se olvide de niñatadas de patio de colegio.

—Está bien, disculpe. —La dureza del comisario ha sido contundente.

Coge aire, se da media vuelta y sale del despacho rumbo al baño. Camina temerosa de encontrárselo en cualquier esquina, sintiendo su corazón a mil por hora. Por más que intenta andar rápido, los escasos metros que recorre se le hacen eternos. Busca de un lado para otro hasta que finalmente da con el aseo. Al entrar, cierra la puerta rápido y se acerca al espejo, negando una y otra vez delante de él.

—No, Víctor, no, por favor.

Victor

Victor llega a comisaría y, al bajarse del coche, se cruza con una mujer que, subida en sus altos tacones, lo repasa de arriba abajo con la mirada. Se pone recta, saca pecho y levanta el mentón mientras sigue caminando haciéndose la interesante. Víctor parece un modelo de perfume caro, desprendiendo esa aura de tener el mundo bajo sus pies. Él no lo duda ni un segundo y camina hacia ella provocando un ligero choque en uno de sus brazos. Ella se gira.

—Disculpe. —El tono de voz de la chica es tan suave que es como si acariciara el viento.

—¡No! Disculpe usted. —Victor levanta las gafas de sol y muestra su mirada acompañada de esa sonrisa perfecta.

Ella se queda embelesada hasta que escucha un pitido que la devuelve a la realidad, gira la cabeza y sigue su camino. Víctor imita el gesto y se dirige a la puerta de comisaría, pero, antes de entrar, se vuelve y descubre a la mujer mirándolo. Él le sonrío y la saluda llevándose dos dedos a la sien mientras ladea la cabeza. Ella se da la vuelta nerviosa, al haberse sentido descubierta, niega con la cabeza y sigue su camino. Víctor se ríe, le encantaría ir detrás de ella y proponerle tomar una copa esa misma noche, pero... sus obligaciones lo llaman.

—Buenos días, agente Martínez. —Octavio Torres entra en comisaría al mismo tiempo.

—Buenos días, comisario.

—Por lo que veo, lo pasa usted muy bien. —El tono que desprende no es para nada de broma, sino todo lo contrario—. Menos mal que me ha demostrado con hechos que su profesión es lo primero, porque si me fiara de lo que parece... —Levanta las cejas negando con la cabeza—. El típico agente que se deja engatusar por una cualquiera. —A Víctor no le gusta nada el comentario machista que acaba de escuchar.

—Con su permiso, comisario, creo que utilizar esa expresión para referirse a las mujeres, con el momento que estamos viviendo, lo que estamos luchando para conseguir la igualdad... está un poco fuera de lugar. —Sabe que decirle algo así a un superior puede salirle caro, pero no piensa quedarse callado ante semejante idiotez.

—Bueno, bueno... ¿Además de acostarse con ellas ahora es como una especie de líder de esa lucha con la que están empeñadas en dar por saco?

—No se equivoque, comisario —se molesta por el comentario.

—No me equivoco —repite las palabras subiendo el tono de voz por encima del de Víctor—. Le he dicho que es usted un buen policía, quédese con eso.

Victor aprieta la mandíbula y los puños, notando como el calor sube por su cuerpo. Sabe que es mejor quedarse callado y no entrar en broncas con el comisario. Es un hombre muy serio que jamás ha mostrado debilidad delante de sus agentes y nunca tiene ningún gesto de camaradería con ninguno de ellos. Mide alrededor de un metro setenta, la escasez de su cabellera va dejando paso a una incipiente calva y viste siempre de traje. Por lo que Víctor sabe, es un marido ejemplar con dos hijos que pronto lo harán abuelo.

—Y ya vale de cháchara, aquí se viene a trabajar. Lo veo en cinco minutos en la sala de reuniones. —Victor asiente—. Es importante.

Vuelve a apretar la mandíbula, respira profundo y deja que el comisario se vaya sin contestarle. ¡Qué machista! Imagina que sus líos con alguna que otra compañera habrán llegado a oídos de Octavio Torres. Al final, la comisaría es como cualquier otro trabajo en el que lo más importante son los cotilleos sobre los compañeros. Podría preocuparlo, pero nada más lejos de la

realidad. Su vida privada no es asunto de nadie y él se siente muy orgulloso de su trabajo.

Justo cuando va a entrar por la puerta, se choca con otra mujer, que sale a toda prisa, y con el impacto se tuerce un pie y cae al suelo.

—¡Perdone! Voy como una loca.

—No se preocupe, ¿está bien? —Víctor le tiende una mano para ayudar a que se levante. Es realmente guapa.

—Sí, disculpe. —Se incorpora—. Muchas gracias, tengo que irme.

—Pero ¿está bien de verdad? ¿No se ha hecho daño? —Víctor intenta seguir la conversación.

—Estoy bien, gracias. Hasta luego.

—Espere un momento. —Víctor saca un papel del bolsillo de su pantalón—. ¿Tiene un bolígrafo?

—Sí...

—Aquí tiene. —Tiende un papel con su número de teléfono—. Por si comienza usted a andar, se da cuenta de que le duele ese tobillo y necesita que alguien la acerque al hospital... —Le sonríe.

—Gracias, nunca se sabe. —La mujer coge el teléfono y le devuelve la sonrisa—. Hasta pronto.

Víctor acaba de tener unas palabras con el comisario por su actitud de galán, pero eso no ha mermado sus ganas de disfrutar de la vida y, ni corto ni perezoso, se ha puesto a ligar con una mujer a la puerta de la comisaría.

—Si es que... ¡no cambio! —Niega con la cabeza, riéndose, y entra rumbo a su trabajo, ¡que ya va siendo hora!

Víctor deja la cazadora de cuero apoyada en su silla y, sin detenerse más, va directo a la sala de reuniones. Al entrar, ve a varios agentes que conoce y a otros que no. Se sienta y coge la documentación que hay encima de los asientos. La sala es una estancia en la que caben unas veinte sillas con el apoyabrazos, que hace de mesa, una pizarra que ocupa la parte de delante, una mesa pequeña y un corcho en uno de los laterales.

—Buenos días a todos. —Entra el comisario en la sala.

—Buenos días —responden al unísono los agentes, levantándose.

—Pueden sentarse. —Deja unas carpetas en la mesa y comienza a explicar—. Hemos tenido conocimiento, a través de la Guardia Civil de Ceixa, una localidad de A Coruña, de una serie de quejas vecinales que ponen en el punto de mira un domicilio, situado en el casco antiguo del municipio, donde, según aseguran, se trafica con droga. La Guardia Civil ha hecho investigaciones y nos envía toda la documentación. Es la que tienen en sus mesas. En ella se confirma que las quejas de los vecinos son ciertas, pero no tenemos mucha más información. —El comisario enciende el proyector y en él se muestra una casa gris de una sola planta, con ventanas pequeñas a los lados de la puerta—. Si se fijan bien —aumenta la imagen—, verán que las ventanas están tapadas, pero de una forma muy sutil para que no se perciba a simple vista.

El comisario sigue dando los pocos detalles que han recibido de la Guardia Civil de Ceixa y los informa de que van a comenzar la investigación con el establecimiento de numerosas vigilancias del inmueble, dirigidas a la identificación de sus moradores, así como al esclarecimiento de las supuestas actividades ilícitas desarrolladas en el mismo.

—La investigación la dirigirán los agentes Martínez y Becker, ya que todo apunta a que el cabecilla de la organización es un ciudadano alemán, con antecedentes por tráfico de drogas. Desde Ceixa han contactado con nuestra comisaría porque, aunque el sospechoso opera allí, también lo hace en Alemania, por lo tanto es una investigación a nivel internacional. Además de

por nuestros excelentes contactos con Alemania. —Mira a Noemí.

Víctor no se sorprende al ser el elegido para dirigir la investigación, ya que tiene experiencia en casos de tráfico de drogas. Lo que sí le llama la atención es el otro nombre que escucha. Cuando el comisario lo ha dicho, ha mirado a un lado y a otro para intentar averiguar quién es el agente Becker. No lo conoce, ni le suena su apellido para nada.

El comisario detalla los pasos a seguir y los nombres de los agentes elegidos para cada tarea.

—¿Tienen alguna pregunta? —Ningún agente contesta—. Bien. —Apaga el proyector y añade—. Agentes Martínez y Becker, los veo en mi despacho en cinco minutos. El resto, pueden irse. Gracias.

Víctor se levanta y prácticamente sigue al comisario a su despacho. Entra detrás de él y cierra la puerta.

—Les he dicho en cinco minutos. —Octavio Torres mira seriamente a Víctor, que está a punto de contestar cuando el comisario añade—. Por este tipo de cosas, sé que es un buen policía. Siéntese.

—Gracias por asignarme el caso.

—En esta ocasión se encargará de dirigirlo junto a la agente Becker.

—¿Cómo que *la* —Víctor levanta la voz haciendo hincapié en la última palabra— agente Becker?

Antes de que el comisario pueda contestar, suena la puerta.

—Adelante —Octavio Torres le da paso.

—Hola.

Una mujer alta y delgada entra por la puerta. Lleva un traje de chaqueta negro, con una camisa blanca, unas gafas de pasta cuadradas y el pelo recogido en un moño tirante bajo. Tiene un aspecto de señorita Rottenmeier que a Víctor le hace mucha gracia.

—Creo que no se conocen. Agente Becker, el agente Martínez. —El comisario señala a Víctor—. Agente Martínez, la agente Becker. —Hace lo propio con ella.

—Encantada —dice ella mostrando su mano, pero sin que un solo músculo de su cara se mueva.

—Igualmente —contesta Víctor, que se ha levantado y le estrecha la mano, aunque nota que ella la retira rápidamente, como si le molestara el contacto.

—Los he citado aquí porque quiero que les quede muy claro que debo estar informado en todo momento de los avances que hagan en la investigación. Espero estar al tanto de cada paso que den, ¿entendido?

—¿Hay algo más que debemos saber? —A Víctor le llama la atención tanta implicación por parte del comisario. Es un buen policía, pero recalcarlo tanto sin que haya pasado nada... No sabe, quizá son cosas suyas, pero le huele que hay algo más.

—No —contesta tajante el comisario.

—¿Está seguro? —Víctor insiste.

—Creo que el comisario ya le ha dicho que no una vez, no creo que sea necesario que lo repita —la agente Becker contesta con un tono de voz realmente desagradable.

La agente Becker mira a Víctor y lo atraviesa con la mirada, unos ojos verdes que se perciben a través de las gafas y dejan a Víctor intimidado. No sabe si es por el color, por la mirada o por atravesar todo aquello que encuentren por delante. Está a punto de contestar, pero prefiere callarse. ¡Vaya día de morderse la lengua! Aprieta la mandíbula y respira profundo.

—Está bien, comisario, estará usted al tanto de todo. ¿Podemos irnos? —Víctor se muestra irritado.

El comisario no contesta, hace un gesto con la mano señalando la puerta y Víctor se levanta, haciendo que la silla chirríe al arrastrar contra el suelo, y sale del despacho dando un portazo. Ya en la calle, va al coche en busca de su paquete de tabaco, se enciende un cigarro y se apoya en el lateral del vehículo mirando al cielo.

—¡Qué tía más borde!

Noemí

Noemí sale de la comisaría sin poder dejar de recordar a Víctor. Esa cara, esa voz, sus manos, los ojos... y esa preciosa sonrisa. Esa maldita sonrisa que durante tanto tiempo le quitó el sueño, rasgándole el alma poco a poco. No puede creer la mala suerte que ha tenido; desde que se vieron por última vez, rogó al cielo que no volvieran a coincidir nunca. Los dos eran policías, pero no tenían por qué encontrarse de nuevo. Hay tantas comisarías en España, tantos casos por resolver, tantas investigaciones en marcha... y ellos han tenido que ir a parar a la misma.

Se sienta en el coche y, mientras conduce, recuerda aquellos meses en la Academia.

Siempre fue su sueño y el día que llegó a Ávila con su maleta a cuestas sentía que por fin lo había conseguido. Era consciente de que quedaban meses de trabajo y estudio, pero estaba segura de que serían los mejores de su vida, porque estaba muy cerca de convertirse en policía. A la mañana siguiente, se levantó, vistió su uniforme, se recogió el pelo en ese moño que la caracterizaba y fue a desayunar. Era un comedor de esos en los que coges una bandeja y vas pasando por una fila en la que te van sirviendo comida. Noemí sentía un cosquilleo con cada cosa que hacía o decía, aunque simplemente se tratara de pedir un cruasán. Recuerda como levantó la bandeja con ganas para buscar un sitio libre y ¡pumba! ¡Bienvenida de altura!

—¡A ver si miras por dónde vas! —le dijo un chico con un tono de voz de lo más desagradable.

Noemí se agachó a coger lo que se había caído y, con toda la mala leche y el pronto que la caracterizaba, se levantó con la intención de disculparse, pero también de decirle que era un estúpido, que no era para ponerse así.

—Perdona —se fue levantando—, pero no creo que...

Y justo antes de seguir hablando, se topó con él. No sabía qué le pasaba, cómo era posible que un chico le hiciera quedarse sin palabras, y más uno como aquel. Pero se quedó completamente muda, mientras su pecho subía y bajaba a toda velocidad, intentando respirar el aire que parecía se le había negado.

—¿Decías? —preguntó con superioridad el chico.

Noemí seguía muda, la gente pasaba por su lado con bandejas, el ruido de sus compañeros llenaba el comedor y ella sentía que estaba sola en el mundo... Bueno, acompañada de él. Por un momento recapacitó y se sintió estúpida. Su cabeza daba vueltas a toda velocidad, imaginando aquellas escenas que había visto en tantas películas americanas, cuando la jovencita va al instituto y se ríen de ella. Respiró hondo y, ni corta ni perezosa, comenzó a hablar.

—Decía que lo siento, que no te he visto y que tampoco hace falta ponerse así. —Víctor hizo ademán de hablar, pero ella no le dejó—. ¡Y que eres verdaderamente desagradable!

Víctor abrió los ojos sorprendido y, lejos de enfadarse, mostró su perfecta sonrisa.

—¡Menudo genio! —Hizo un gesto imitando que temblaba de miedo—. Me llamo Víctor, encantado de conocerte. —Le mostró su mano para saludarla.

Noemí se quedó callada. No podía entender el comportamiento del chico, primero era un imbécil y luego va y se presenta como si no hubiera pasado nada. Ella siempre había tenido las cosas muy claras y ese tipo de actitudes cambiantes —primero, muy borde; luego, agradable; y cambio de actitud otra vez— no le gustaba para nada.

—Veo que te ha vuelto a comer la lengua el gato. —Víctor le guiñó un ojo. Se notaba que estaba disfrutando con la situación.

Noemí negó con la cabeza y, chocando su hombro con el de Víctor, puso rumbo a un sitio que vio libre junto a dos chicas a las que había conocido la noche anterior.

De vuelta al presente, Noemí llega al gimnasio, deja el coche en el *parking* y, tras ponerse su ropa deportiva, se dirige a la sala donde está el saco. Busca sus guantes y, en cuanto se los pone, lo golpea con toda la fuerza que puede, Nota tensión en todo su cuerpo y quiere, a través de los golpes, deshacerse de ella. Piensa en Víctor; a su mente vienen la conversación que acaban de tener con el comisario, la primera vez que lo vio en el comedor y aquella noche a consecuencia de la cual algo había cambiado dentro de ella.

La ilusión del primer día en la Academia le hizo olvidarse del encontronazo que había tenido por la mañana. Acudió al acto de bienvenida, en el que se sintió muy orgullosa de ser una de las elegidas para formar parte del Cuerpo Nacional de Policía. Miró hacia abajo y sonrió al verse vestida con el uniforme que tanta ilusión le había hecho recibir el día anterior. Pasó el resto de la jornada conociendo cómo sería su día a día los siguientes meses. El ambiente que se respiraba entre los compañeros era de ilusión y ganas de comerse el mundo. Fueron unas horas verdaderamente felices para Noemí, hasta que llegó a la cama y la sonrisa de ese chico apareció en su mente. Había sido poco tiempo, pero estaba segura de que podía recordar, sin temor a equivocarse, cada una de las arruguitas que se formaban alrededor de los labios del chico cuando sonreía, así como el tamaño exacto de ese pequeño hoyuelo en el lado izquierdo. No sabía qué le pasaba, nunca había experimentado esa sensación, pero todo su cuerpo se ponía en alerta al pensar en él, sentía un dolor en el estómago y el corazón le latía con una fuerza desproporcionada.

Noemí sigue golpeando con fuerza el saco, siente como el sudor recorre todo su cuerpo y niega con la cabeza al recordar lo que Víctor le hacía sentir, una sensación que no le gustaba para nada. Otro golpe, más fuerte que el anterior. La adrenalina recorre su cuerpo y se siente liberada cada vez que su puño golpea el saco con desesperación mientras repite en su cabeza que esta vez será diferente.

Víctor

—Buenos días. —Víctor entra en la sala donde la agente Becker debe de llevar un rato trabajando, porque tiene la mesa llena de papeles.

—Buenos días. —Levanta ligeramente la vista por encima de las gafas y al segundo vuelve a fijar sus ojos en los papeles que tiene delante.

Víctor mira el reloj que tiene en su muñeca, dudando si habrá llegado tarde, pero nada que ver. Son diez minutos antes de la hora a la que deberían empezar. Deja su chaqueta en una de las sillas y se sienta apoyando los codos en la mesa.

—No sabía que habían cambiado la hora hoy... Igual debería mirar su reloj, porque no sé si estará adelantado... —bromea.

Noemí vuelve a levantar la vista por encima de las gafas, niega con la cabeza y sigue leyendo sin decir una sola palabra. Víctor se ríe, intentando que ella no se dé cuenta. No puede entender cómo es posible que exista una persona tan seria; parece como si un palo entero atravesara su cuerpo desde los pies a la cabeza para estar totalmente recta todo el tiempo.

—¿Algún avance? —Víctor intenta romper el hielo otra vez. Parece que va a ser verdaderamente difícil trabajar con esta mujer.

—Sí. —Noemí levanta los ojos de la documentación y le tiende varios papeles—. He llamado al oficial general de Ceixa.

—¿Cómo que ha tenido una llamada con Ceixa? —Víctor levanta la voz y empieza a notar como el malhumor comienza a instalarse en él.

—¿Dónde está el problema?

—Pero vamos a ver, ¿a usted qué cojones le pasa? —Se levanta de la silla y el sonido de las patas resuena por toda la sala.

—No le entiendo.

Víctor no soporta la actitud de esta mujer y, sin decir nada más, sale dando un portazo. No puede entender cómo puede ser tan borde, comportarse con él como si le estuviera perdonando la vida y, lo peor de todo, pasar por alto que es una investigación de los dos, que no puede ir por su cuenta.

Cabreado, sale al patio de la comisaría. Está lloviendo y el olor a tierra mojada llena sus fosas nasales. Víctor inhala con ganas, sintiendo como el aire entra en sus pulmones, e intenta calmarse. Pasa un buen rato dándole vueltas a la cabeza sin poder entender el trato de la agente Becker, hasta que decide armarse de paciencia y volver a hablar con ella.

Cuando llega de nuevo a la sala, ella sigue sentada en la misma posición en que la dejó hace un rato y ni se inmuta cuando él entra.

—Vamos a ver, yo no sé qué le pasa conmigo, pero no pienso dejar que su comportamiento de niñaata eche al traste la investigación. —Levanta la voz al ver que ella sigue haciendo caso omiso a sus palabras—. ¿Me está escuchando, agente Becker?

—Sí, lo escucho perfectamente. —Levanta su mirada y, muy seria, sigue hablando—. No tengo ningún problema con usted, no lo conozco de nada. Simplemente, he llegado antes a Comisaría y he empezado a investigar.

—¿Pero vamos a ver! ¡A lo mejor estoy perdiendo la cabeza! Pero ¿no se supone que debería haberme esperado, por lo menos, para hacer la llamada? —Víctor nota como su pecho se hincha y deshinchá con rapidez.

—La verdad es que no lo veo necesario —contesta con autosuficiencia.

—Muy bien, ¡pues hala! Investiguemos al libre albedrío, cada uno por su cuenta... ¿Y, si yo hubiera hecho lo mismo que usted, qué pasaría? ¿Se da cuenta de la imagen que estaríamos dando?

—Bien, veo que prefiere investigar como si fuera un trabajo en grupo de instituto. No hay problema. Lo haremos así.

Víctor no puede creer lo que está escuchando. Niega con la cabeza, se muerde el labio y suspira, intentando no entrar en su juego. Vuelve a sentarse, coge un lápiz y unos folios en blanco y mira a la agente Becker.

—Soy todo oídos.

—Según me ha informado el oficial general de Ceixa, varios agentes han constatado, a raíz de las vigilancias del inmueble, que los principales cabecillas no tienen contacto con los compradores, a no ser que se trate de personas muy allegadas a ellos o que tengan un poder adquisitivo verdaderamente alto... —El relato de la agente Becker se ve interrumpido cuando el comisario Torres entra en la sala.

—Buenos días, agentes.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Cómo llevan la investigación?

Víctor se queda en silencio, esperando que sea la agente Becker la que informe al comisario de su llamada. Los dos se quedan callados mirándose y a la espera de que el otro comience a hablar. El comisario mira a uno, a otro y ninguno de los dos dice nada. Víctor y la agente Becker se retan con la mirada.

—¡Bueno! ¿Me van a contestar o vamos a estar así toda la mañana?

Víctor mira a la agente Becker y le muestra una sonrisa ladeada, retándola a que hable y le explique al comisario que ha hecho una llamada por su cuenta. Nota como ella se pone nerviosa y se mueve en la silla. La agente Becker aprieta los labios, coge aire y dice convencida:

—Hemos tenido una llamada con el oficial general de Ceixa... —Víctor no puede creer lo que está escuchando. ¡Menudo morro! Ha dicho que han tenido una llamada, en plural.

¡Es increíble! Sin embargo, en vez de enfadarse, le hace gracia la situación. Ella mira al comisario, lo mira a él y abre los ojos, haciéndole un gesto para que se calle. Víctor levanta las cejas, animándola a hablar y contarle al comisario la verdad. Está disfrutando de la situación, sobre todo al ver como la agente Becker se pone nerviosa.

—¿Algo que añadir? —pregunta el comisario a Víctor, quien con tanto juegucito de miradas no ha escuchado lo que la agente Becker le ha dicho.

—Nada más, la agente Becker se lo ha explicado todo estupendamente. —Víctor nota como ella le lanza una mirada que lo atraviesa.

—Como ya les dije el otro día, estamos ante una investigación importante. Quiero —aumenta el tono de orden— que trabajen perfectamente coordinados. El agente Martínez tiene experiencia en casos de tráfico de drogas y la agente Becker lleva trabajando varios años en colaboración con la policía alemana. ¡No quiero ni un fallo! ¿Entendido? —Víctor cree que el comisario ha podido darse cuenta de que entre la agente Becker y él no hay una buena relación que se diga.

—Entendido —contestan los dos al unísono.

—Muy bien.

El comisario se gira y los deja en la sala a solas de nuevo. El silencio vuelve a adueñarse de la situación mientras los juegos de miradas retadores vuelven a aparecer. La agente Becker mira a Víctor apretando los dientes, visiblemente cabreada. Víctor aprieta los labios, pero, en su caso,

para evitar la sonrisa, aunque sus ojos lo delatan. Ella niega con la cabeza y suspira.

—Ahora entiendo muchas cosas... —Víctor vuelve a iniciar la conversación, en este caso, con tono de sorna.

—¿El qué entiende?

Víctor se queda callado y asiente con la cabeza, mientras sigue intentando evitar la sonrisa.

—Bueno, yo creo que ya vale de cachondeíto, ¿no?

—Agente Becker —pronuncia despacio el nombre.

—Sí, ¿cuál es el problema?

—Becker... Es usted alemana.

—¿Y se puede saber qué pasa con eso?

—Dicen por ahí que los alemanes son personas muy rectas, disciplinadas y que no disfrutan mucho con las bromas... ¡Oye! ¡Que igual se debe a su extremado compromiso y responsabilidad con el trabajo!

—Es usted... —está a punto de decir algo, pero se queda callada.

—¡Bingo! ¡Lo que le decía! —Víctor deja de hacer esfuerzos por mantenerse serio y muestra su sonrisa perfecta. Está disfrutando con la situación—. Dicen que una broma que aquí sirve para romper el hielo puede ser que a los alemanes les parezca otra cosa y, sin duda, en su caso cumple el estereotipo a la perfección.

—Es usted tan inteligente —pronuncia la última palabra con retintín— que ha dicho la palabra clave. —Se queda callada y le mantiene la mirada a Víctor, retándolo. Él, por su parte, le sigue sonriendo e imita su gesto, haciéndole burla. La agente Becker, al ver que él no dice nada, añade —. Estereotipos. ¿Sabe usted lo que es eso?

—Lo sé, y también sé que los cumple usted a la perfección.

Ella se enfada más y está a punto de contestarle, pero se queda callada, coge los papeles que tiene en la mesa y da por zanjada la conversación. Víctor hace lo mismo o, por lo menos, lo intenta, pero la situación que acaba de pasar le hace tanta gracia que no acaba de concentrarse. Mira los documentos, sube los ojos hacia ella, vuelve la vista a los papeles y otra vez la observa. Tiene la piel muy bonita y sus gestos son tremendamente femeninos, a pesar de vestir con ese traje de chaqueta negro. Víctor pasea la mirada por la agente Becker, observa su pelo tirante recogido en un moño bajo, las gafas de pasta negra ocultando ligeramente esos ojos verdes que lo han atravesado varias veces... Es verdaderamente guapa y todo un reto para él.

Noemí

El mal humor recorre el cuerpo de Noemí, que, furiosa, sale de comisaría deseando dar el día por zanjado. Le encantaría dejar todo atrás, irse a otro lugar, lejos, muy lejos de Víctor. Renunciar a su trabajo, a su sueño, con tal de no volver a verlo en su vida. La rabia se apodera de ella y se siente tremendamente avergonzada al ser consciente de que no ha sido profesional... Jamás le había ocurrido algo igual. A pesar de las situaciones a las que había tenido que enfrentarse, siempre había respirado hondo y las había afrontado con madurez y, sobre todo, sin faltar a su profesionalidad.

—¡Y ahora me he comportado como una estúpida! Todo por culpa del gilipollas este... No ha cambiado absolutamente nada, sigue siendo el mismo engreído...

Después de su primer encontronazo en el comedor de la Academia, Noemí intentaba hacer caso omiso a la presencia de Víctor, pero, cada vez que se cruzaba con él, algo en su interior le hacía ponerse alerta. No sabía qué era, pero sí que no le era indiferente. Pasaron varias semanas en las que lo buscaba con la mirada y siempre lo encontraba charlando animado con compañeros o con chicas que suspiraban por él. Víctor era una de esas personas que tienen don de gentes, que caen bien y que desprende un halo de liderazgo de manera natural, sin forzarlo, sin ni siquiera quererlo ni saberlo.

Noemí estaba cansada de estar siempre detrás, observando sus movimientos desde lejos, desde la intimidad que da el segundo plano, hasta que un día hizo gala de su personalidad y decidió cambiar aquello.

Era una noche de invierno, de esas en que el cielo está raso, con un manto de estrellas decorando un paisaje de cuento. La brisa rozaba ligeramente las mejillas de Noemí mientras daba un paseo respirando el aroma a vegetación. Estaba tranquila, recordando las últimas semanas en la Academia y pensando en su viaje a Berlín para visitar a su tía durante la Navidad, una época que ella odiaba por los recuerdos tan bonitos y tan tristes que le transmitía.

De pronto, su calma se vio interrumpida cuando su corazón empezó a latir más rápido y sus pies pararon en seco. Ahí estaba Víctor, sentado en un banco mirando a ninguna parte. Tenía un abrigo de plumas que le tapaba casi la cara, pero ella lo reconoció a la perfección por lo que le hacía sentir. No sabía cómo era posible haberse encaprichado tanto de una persona a la que casi no conocía y que, la única vez que había hablado con él, había sido un completo gilipollas. Además, el comportamiento de Víctor le recordaba muchísimo a las películas americanas con el chico popular que es el mejor jugador del equipo del instituto, que tiene la novia más guapa y admirada y que, por supuesto, los dos eran elegidos los reyes del baile. Noemí negó con la cabeza y se vio tentada a darse media vuelta y olvidarse de él... Sin embargo, algo la impulsó a seguir caminando. Con cada paso que daba le temblaban un poquito más las piernas, sentía que podía caerse en cualquier momento. Estaba tan nerviosa que un nudo apretaba con fuerza su estómago y la boca se le quedaba seca. Pero daba igual, no era momento para dar marcha atrás. Noemí era una persona decidida y, una vez empezaba algo, nunca lo dejaba a medias.

—Hola —un hilo de voz salió de su garganta cuando llegó junto a Víctor.

—Hola. —Él se mostró indiferente.

Parecía que no se acordaba del encontronazo que había tenido con ella hacía unos meses.

Noemí pensó que era mejor, que así podrían empezar de cero.

—Soy Noemí —le mostró su mano—, encantada.

—Igualmente. —Victor seguía bastante ausente, sin hacer mucho caso a la chica que se había acercado a hablar con él.

—Y ¿qué tal te va? ¿Estás contento?

—Sí, la verdad que esto está bien.

—Sí...

—¡Qué pasa! —Un chico que solía estar mucho tiempo con Víctor se acercó a ellos y le chocó la mano—. ¡No te encontraba, tío! Te estaba buscando porque vamos a ir a tomar algo a un bar nuevo que inauguran.

—¡Vamos! —Victor se levantó de un respingo—. ¡Hasta luego!

—Adiós...

Ella se quedó de pie, sintiéndose la persona más estúpida sobre la faz de la tierra. Él no había mostrado el más mínimo interés en ella y además habían sido, los dos, unos maleducados por no invitarla a ir con ellos. Noemí se dejó caer en el banco y se dio cuenta de que había sido tan insignificante para Víctor que ni siquiera se acordaba del encontronazo que tuvieron aquel día. El viento empezó a soplar con más fuerza, haciendo que se subiera la cremallera del anorak para abrigarse. Metió las manos en los bolsillos, se apoyó en el respaldo del banco, subió las piernas, las cruzó y miró al cielo. Dos estrellas brillaban con más fuerza y una lágrima dibujó la nostalgia en su mejilla.

Los recuerdos han ocupado la mente de Noemí durante todo el camino a su casa. Al llegar, se quita la ropa, se mete bajo la ducha y deja que el agua recorra su cuerpo, queriendo que limpie su alma, que borre su pasado y que pueda seguir siendo la misma mujer fuerte que se prometió un día que sería. Recuerda como hace escasas horas pensó que Víctor se había dado cuenta de quién era al repetir su apellido varias veces. Noemí ha cambiado mucho, personal y físicamente, desde que estuvo en la Academia; ya no es aquella jovencita que tenía signos de acné, ahora se ha convertido en toda una mujer, femenina y segura de sí misma. Sabe que era difícil que la reconociera; sin embargo y sin querer, sintió una leve esperanza de no haber sido la chica insignificante que ella creía y que él, después de tantos años, hubiera sabido quién era. Pero nada más lejos de la realidad. Todos los nervios que había sentido frente a él, a la espera de que de su boca saliera aquel tiempo en la Academia, se esfumaron de un plumazo.

Una vez sale de la ducha, sigue los mismos pasos de cada día. Coloca la ropa del día siguiente en la silla de la habitación, prepara algo de cenar y ve la tele hasta que se va a dormir. Ya son varios años sumados a las mismas costumbres. Trabajo, deporte y casa. Alguna vez, salidas esporádicas con sus compañeros, pero no es lo habitual.

A la mañana siguiente, Noemí se levanta mucho más animada. Parece que después de una noche de sueño reparador las cosas se ven de otro modo y bastante menos graves. Al final, Víctor es una persona que quedó en su pasado. Ella ha cambiado mucho, se ha convertido en una mujer madura, segura de sí misma y una buena profesional. Algo que no piensa poner en duda por una persona que no lo merece.

Al llegar a comisaría, mira su reloj y se da cuenta de que es media hora antes de lo que han quedado, por lo que decide tomar un café con una compañera, que también ha llegado antes. Primer cambio respecto al día anterior. Ha modificado tanto su actitud que ni siquiera se siente nerviosa. Cinco minutos antes de la hora se despide de la otra agente, coge de sus cajones toda la documentación y va hacia la sala. Cuando abre la puerta, ve que Víctor ya está sentado y varios

papeles ocupan toda la mesa.

—Por lo visto, hoy el madrugador ha sido usted.

—Y a usted se le han pegado las sábanas... —Noemí piensa que Víctor ya empieza con sus bromitas. Respira hondo y no deja que le afecten.

—No, no se me han pegado las sábanas —contesta cortante—. Le dije al comisario que trabajaríamos juntos y es lo que estoy haciendo, aunque me temo que no nos ponemos de acuerdo y hoy ha decidido empezar sin mí.

—Se equivoca, agente Becker —pronuncia las palabras calmado—. Por cierto, ¿su nombre es...?

Noemí se queda callada. Deja las cosas en la mesa y se sienta frente a él. Empieza el juego de miradas que inventan un nuevo idioma. Víctor le sonríe y muestra ese hoyuelo que tiene en el lazo izquierdo. Ella le devuelve una sonrisa fingida y respira profundamente.

—Digo yo que si vamos a pasar tanto tiempo juntos lo suyo es que por lo menos sepamos cómo nos llamamos, ¿no le parece? —Noemí sigue sonriendo sin contestar—. Los formalismos están muy bien..., pero ¡tampoco seamos excesivos, hombre!

Silencio de nuevo. Ahora es ella la que se muestra segura y está disfrutando con la situación. Esa es ella, no la de ayer. Víctor levanta las cejas y la cabeza en señal de pregunta. Ella levanta las manos dándose por rendida, sin dejar de sonreír.

—Noemí.

—Víctor.

—¡Muy bien! Ya podemos empezar a trabajar. —Hace un silencio y, despacio, pronuncia ese nombre—. Víctor.

Pasan horas delante de papeles, *pen drives*, informes y miradas acompañadas de silencios, sonrisas ladeadas y gestos que ninguno de los dos consigue interpretar. Parecen dos extraños retándose a ver quién es mejor policía, intentando no exteriorizar el cansancio que ambos van sintiendo después de horas de trabajo. Por supuesto, Noemí sigue firme. A Víctor se le ha escapado algún bostezo que a ella le ha producido verdadera satisfacción, hasta que finalmente y, como no podía ser de otra forma, es él quien se rinde.

—Creo que por hoy es suficiente.

—Podemos terminar de revisar este otro informe y nos vamos, ¿le parece? —Ella sigue en sus trece.

—Puede quedarse revisándolo si le apetece. Yo me voy ya. —Se levanta y, antes de salir, recorre con sus ojos el camino que la camisa hace desde el cuello de Noemí hasta su pecho—. O igual le apetece más venir a tomar una copa conmigo.

Víctor se sienta en la mesa al lado de Noemí y la mira mostrando su sonrisa perfecta. Saca al seductor nato que lleva dentro.

—Tengo planes más interesantes, pero gracias. —Noemí se levanta de la mesa y comienza a recoger la documentación.

—¿Estás segura? —le susurra acercándose a ella.

—Segurísima.

Sale por la puerta a toda velocidad. No puede creer que Víctor acabe de ligar con ella. Nota como su pecho sube y baja, ansiando el aire que le falta.

—¡Maldito imbécil! No me va a poner las cosas nada fáciles...

Víctor

Han pasado varias semanas desde que comenzara la investigación. Víctor y Noemí han trabajado juntos, compartiendo datos y pruebas, haciendo un buen equipo, pero sin cruzar ni un milímetro la línea que separa la vida profesional de la personal.

Después de aquella noche en la que Víctor le tiró los trastos, y de la negativa de ella, él decidió verla solo como a una compañera. Sería mejor no buscarse problemas en el trabajo. Está claro que la agente Becker es dura de pelar, aunque le sigue pareciendo una mujer tremendamente atractiva.

Como cada mañana, llega a comisaría y se dirige a la sala que se ha convertido en su segunda casa. De hecho, podría decirse que es casi su residencia oficial, ya que pasa mucho más tiempo en ella. Mira el reloj y se da cuenta de que llega un pelín tarde. En cuanto abre la puerta, Noemí le echa una mirada fulminante.

—A ver, a ver... No empecemos con malos humos desde primera hora. —Víctor le sonrío para intentar destensar la situación.

—Llega tarde.

—He cogido un poco de atasco porque había un accidente...

—¡Qué original! —Noemí no le deja seguir hablando e ironiza, sin creer lo que acaba de decirle.

—Mira... No empecemos, que últimamente íbamos por muy buen camino.

—Soy una persona a la que le gusta cumplir con sus obligaciones —Noemí habla como si Víctor acabara de cometer el peor de los pecados.

—Población increíblemente recta, que cumple sus obligaciones y horarios...

—¿Ya estamos con más estereotipos?

—¡Es que los cumples todos a la perfección!

—¡Es una falta de respeto! —Noemí se levanta muy cabreada, por la impuntualidad de Víctor y por el tono que está poniendo al burlarse de ella.

—Tranquila. —Víctor levanta sus manos y las mueve de arriba abajo haciéndole señas para que se calme—. ¡Han sido quince minutos! ¡Por Dios!

—Quince minutos en los que podríamos haber avanzado bastante, ahora nos retrasaremos...

—Si un día no sigues los horarios a rajatabla no pasa nada, ¿sabes? —Víctor se acerca a ella y la agarra por los hombros—. La vida es para disfrutarla, equivocarse, llegar tarde a los sitios, olvidarte de hacer la compra, tirarte un café por encima... ¡Y no pasa nada! ¡Eso es la vida!

—Déjate de tonterías. —Noemí se zafa de Víctor, le incomoda estar tan cerca de él.

—La vida es otra cosa. —Él la gira y vuelve a acercarse—. La vida es sonreír.

Noemí se mantiene quieta delante de él y Víctor no se mueve ni un milímetro. Ambos se sostienen la mirada, él le muestra una sonrisa sincera.

—¿Ves? No es tan difícil —baja el tono de voz.

La mira y otra vez vuelve a sorprenderse con esos ojos. Después del tiempo que llevan trabajando juntos, no acaba de acostumbrarse a una mirada que traspasa la piel. Víctor nota como su cuerpo se pone en tensión al tenerla tan cerca, con ese gesto tan serio, tan recta, sin mover un solo músculo de su cara... y tan atractiva.

No sabe cuánto tiempo pasan así, retándose con la mirada, cuando se ven sorprendidos por el comisario, que entra en la sala sin llamar a la puerta. Los dos se separan rápidamente y la

vergüenza se apodera de ellos.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —El tono del comisario no es nada agradable.

—La agente Becker tenía algo en el ojo y estaba intentando quitárselo. —A Víctor le hace gracia la excusa tan absurda que acaba de poner.

—¿Con las gafas puestas? —¡Cualquiera miente a un policía!

—Ya me lo había quitado —añade Noemí, que se siente tremendamente avergonzada.

El comisario niega con la cabeza, suspira y se sienta alrededor de la mesa, esperando que los agentes hagan lo mismo. Una vez imitan su gesto, comienza a relatar con ese tono serio con el que los ha sorprendido.

—He estado leyendo el informe que prepararon ayer y vamos a organizar la detención. Viajarán mañana mismo a Galicia. Tenemos una reunión en dos horas para organizarla.

—Pero... tenemos muchos cabos sueltos... —Víctor no está de acuerdo.

—Está decidido. —El comisario prácticamente no le deja hablar.

—Está bien —añade Noemí, que no suele rechistar la orden de un superior.

Dos horas después, el comisario Octavio Torres habla en la sala en la que se encuentran reunidos Noemí, Víctor y otros seis agentes, dando las instrucciones que deberán seguirse en el operativo.

Víctor está concentrado en las palabras del comisario, pero no acaba de estar de acuerdo en todas sus indicaciones. Por eso, cada dos por tres, le corta y hace que las instrucciones vayan variando en función de lo que él piensa. Al comisario no le gusta que los agentes le hagan cambiar de idea, pero, cuando sabe que tienen razón, las acepta resignándose, respirando profundo e intentando que los demás no noten su malestar.

—Agente Becker, tiene que hablar con Alemania por si hay alguna información nueva de la que no hayamos sido informados antes de poner en marcha el operativo. —Noemí asiente—. Agente Martínez, dentro de una hora tiene una llamada con el oficial general de Ceixa.

—Perdone, me había parecido entender que la operación es nuestra. —Víctor no entiende muy bien el porqué de esa llamada.

—Es nuestra, pero quiero que le informe del operativo, ¿de acuerdo? —Víctor asiente—. Es importante que los agentes de Ceixa estén alerta por si necesitamos refuerzos.

—Está bien.

—En cuanto ambos terminen sus conversaciones —señala con los dedos a Víctor y Noemí—, se reúnen inmediatamente para poner en conocimiento del otro cada palabra de la conversación.

Los agentes se miran y asienten. A Víctor no deja de llamarle la atención el comportamiento de Noemí ante un superior. Se pone tan tiesa que parece una vela... Intenta evitar la sonrisa sacando esos pensamientos de su cabeza. No es el momento, pero no puede dejar de mirarla de reojo; parece que hasta se ha olvidado de pestañear. Debe de tener los ojos tremendamente secos. Niega con la cabeza y vuelve a concentrarse en las palabras del comisario.

Una vez terminan la reunión, el comisario sale de la sala dando un portazo y los agentes se quedan charlando. Víctor ve a Noemí sentada, revisando unos papeles, y no puede evitar acercarse a ella.

—¿No le duele la espalda?

—¿Perdón? —Noemí le lanza una mirada que le atraviesa, mostrándose realmente seria.

—De estar tan recta.

—Déjese de tonterías. —Comienza a recoger los papeles rápidamente y los mete en la carpeta.

Noemí niega con la cabeza y sigue recogiendo sus papeles rápido, cuando un bolígrafo se cae

al suelo. Víctor se agacha a cogerlo y, cuando sube, se queda cerca de sus ojos. Los ha visto tantas veces... tan serios, tan formales siempre, tan imponentes y tan fríos... Es como si hasta su mirada estuviera perfectamente controlada. En ese breve instante, Víctor recuerda aquello que dicen de que la mirada es el espejo del alma y, si es cierto, la agente Becker tiene el alma tan dura como una roca.

Le tiende el bolígrafo y se acerca más a ella, quien sube y baja el pecho más rápido, pero no se separa ni un milímetro. En la sala ya no queda ningún policía y Víctor se ve tentado a besarla, tiene unos labios tan carnosos y tan seductores... Pero recuerda el rechazo de la última vez, la altanería, los malos modales y cada una de las borderías que ha tenido que aguantar haciendo gala de una paciencia infinita...

—Prometo enseñarle a sonreír, agente Becker.

Las palabras salen de la boca de Víctor muy despacio, casi en un susurro, inundando la sala de intenciones. Se incorpora, le sonrío, se da la vuelta y, justo antes de salir de la sala, vuelve a dirigirse a ella.

—Hasta mañana.

Noemí

Inspira y espira concentrándose en su respiración, ansiando llenar su pecho con el aire que le falta. Es una sensación muy agobiante, nota que le duele la cabeza y la rabia se ha apoderado de ella. Además, un nudo en la garganta que le aprieta reflejando el dolor en su estómago le seca la boca. Noemí cierra los ojos sin moverse de donde estaba sentada e intenta tranquilizarse. Respira profundamente y se imagina en lo alto de una colina, con el viento rozando sus mejillas y ese aroma a norte, a montañas, a río, a cielo estrellado... Ese olor que le hace sentirse libre. Respira una vez más profundamente, vuelve a abrir los ojos y se levanta. Coge la carpeta y, decidida, va hacia su taquilla para ponerse ropa deportiva. Mira el reloj y ve que todavía tiene tiempo antes de la conferencia con Alemania.

Andando rápido llega a un parque que hay cerca de la comisaría, se pone los cascos y comienza a correr. Necesita descargar adrenalina si no quiere terminar dándose la vuelta para decirle unas cuantas palabras a Víctor, a ver si así se le quita la chulería.

Noemí está de muy mal humor, pero, sobre todo, está preocupada por lo que viene por delante, porque cada día aguanta menos al imbécil de Víctor. No sabe cómo es posible haber sido tan estúpida durante su año en la Academia. Se enamoró de él sin sentido alguno, como una cría tonta embelesada por una cara bonita. Todavía recuerda cuando volvieron a encontrarse al día siguiente de haberla dejado más plantada que un árbol mientras se iba de cachondeo.

—Hola. —Noemí se acercó a su mesa en el comedor y se sentó enfrente. Víctor levantó la mirada a modo de saludo y siguió con su comida—. ¿Qué tal ayer?

—¿Ayer? —Él parecía no entender a qué se refería.

—¿Qué tal el bar nuevo? ¿Está bien?

—Ah, sí —contestó despreocupado—. Está bastante bien.

—Un día podemos ir a tomar algo...

Noemí se lanzó directa a la piscina, sabiendo que podía darse un golpe de campeonato. Víctor levantó la mirada de su plato, ella se emocionó sintiendo como le temblaban las manos y las piernas. Estaba súper nerviosa y no sabía ni cómo se había atrevido a pedirle una cita. Él mostró sus dientes blancos, perfectos, marcando ese hoyuelo en su mejilla que lo hacía tan atractivo... En ese momento, Noemí supo que había hecho bien.

—Discúlpame, pero no creo que pueda. —Seguía mostrando esa sonrisa perfecta.

—Bueno, bueno... Estoy frente al presidente del gobierno y no me había dado cuenta... —intentó parecer simpática bromeando con él.

—No quiero ser desagradable, de verdad, pero he notado tu interés en mí y prefiero ser sincero y decirte que sería mejor que dejaras de insistir. —El tono de lástima de Víctor se clavó en lo más profundo del alma de Noemí, desgarrándola por dentro poco a poco.

—Bueno... Creo que eso de dejar de insistir... —recalcó las últimas palabras—. Es el primer día que te propongo tomar algo, pero no te preocupes.

—Ahora es cuando dices que solo querías quedar como amigos, ¿no?

Noemí no podía creerse lo que acababa de escuchar. Parecía que él no iba a aceptar quedar por debajo, pero no sabía con quién estaba hablando. Una cosa era que se estuviera enamorando de él en silencio y otra muy diferente, que dejara que la pisaran como si fuera una colilla. Estaba muy equivocado.

—No, no quería que quedáramos solo como amigos. —Cogió aire y añadió—. Me habías parecido un chico interesante y quería tener una cita contigo, pero acabo de darme cuenta de que no eres como yo pensaba.

—¡Vaya!

—Y no sientas pena por mí. —Se levantó—. Tú eres el que te lo pierdes, te lo aseguro.

No había más que hablar y Noemí tampoco se molestó en esperar a que le contestara. En su interior estaba deseando que fuera tras ella, la cogiera del brazo y le pidiera que esperara, le dijera que se había equivocado y que no le entendiera mal, pero eso nunca pasó. Tal como había cogido su bandeja de comida, la dejó y salió del comedor directa a su habitación. Los metros que separaban ambas estancias le parecieron todo un océano a nado sin nada a lo que agarrarse, pero caminó firme, erguida, tragando saliva una y otra vez, obligándose a que nadie percibiera el dolor que estaba sintiendo su alma.

Una vez llegó a la habitación, cerró dando un portazo y se tiró en la cama a llorar a moco tendido. Jamás en toda su vida se había sentido tan humillada, como una auténtica mierda, pisoteada por un gilipollas... Se sentía una hormiguita pequeña a los pies de un elefante gordísimo y enorme. Las lágrimas brotaban de sus ojos, la nariz se le taponaba cada vez más y sentía que le faltaba el aire mientras lloraba hasta quedarse seca.

—¡Cómo he podido ser tan gilipollas! —gritó llena de rabia.

No podía entender cómo había podido cometer un error así, dejarse humillar por un idiota engreído que se creía el centro del universo... Y ella había caído, como una idiota se había enganchedo sin ni siquiera conocerlo.

Noemí tenía una rabia tremenda por sentirse tan mal por una estupidez amorosa, con lo mal que lo había pasado... Había sufrido tanto en su juventud que pensaba que no habría nada que le doliera más que la muerte de sus padres. Y era cierto, aquel sufrimiento se clavó en su alma y jamás podría superarlo, pero era diferente a esto, aunque, sin duda, volvería a humillarse una y mil veces delante de Víctor si eso le trajera de vuelta a sus padres. Eso sí era triste de verdad, eso sí le había roto la vida.

¡Cómo necesitaba en ese momento un abrazo de su madre diciéndole que todo iba a ir bien, que ese estúpido no la merecía! ¡Cómo necesitaba un beso de su padre! De esos que le daba en la frente haciéndole sentir que era una especie de símbolo que la convertía en invencible. ¡Cómo los echaba de menos!

Cuando Noemí tenía tan solo nueve años sus padres habían muerto en un accidente de coche. Todavía recordaba cuando llegó aquella vecina a recogerla del colegio y le dijo que sus padres se habían ido al cielo. Era tan pequeña que no podía entender bien las consecuencias de aquellas palabras; lo único que sabía era que necesitaba un abrazo de sus padres para consolar su pena y que jamás podrían dárselo. Fue su tía Anette quien se encargó de ella, la llevó a Alemania y la cuidó hasta que, con veinte años, decidió volver a España. Estaba muy agradecida a su tía por lo bien que la había cuidado, pero necesitaba sentirse cerca de sus padres y sabía que estando en Madrid lo conseguiría. Sin embargo, su vuelta fue muy dura, porque eso no le hizo calmar su dolor. Lo único que le ayudaba era ir a visitar su tumba, sentarse horas a hablar con ellos y desahogarse.

Para Noemí fue muy difícil vivir sin sus padres, saber que nunca volvería a estar con ellos, que no podría descolgar el teléfono cuando se independizara por echarlos de menos, que su padre no podría llevarla al altar, que su madre no le ayudaría a vestirse el día de su boda, que sus hijos no tendrían abuelos por su parte, que jamás volvería a decir las palabras mamá y papá para llamar a nadie, que nunca más volvería a ser feliz.

Noemí tiene que dejar de correr porque siente que le falta el aire. Se sienta en un banco e intenta relajarse. Recordar a sus padres la entristece y la llena de rabia. No entiende por qué tuvo que pasar por algo así, por qué tuvo esa mala suerte, por qué le tocó a ella siendo tan pequeña...

Niega con la cabeza, mira al cielo y susurra.

—No os preocupéis, estoy bien. —Muestra una tímida sonrisa.

Víctor

—Buenos días —Víctor saluda a Noemí en cuanto ella entra al coche.

—Buenos días. —Se sienta y se pone el cinturón.

Víctor posa los ojos en ella y recorre su cuerpo con la mirada. A pesar del tiempo que hace que se conocen, le siguen llamando la atención sus buenos modales, siempre tan correcta y haciendo gala de esos gestos que desprenden un aura diferente.

—Cuando quieras podemos irnos. —Noemí está exasperada pero intenta mantener la calma.

—Siempre intentan mantener la compostura. —Víctor mete la primera velocidad y arranca.

—¿Perdón?

—Nada, nada. —Se ríe.

—¿Cómo que nada? —Gira la cabeza para mirar a su acompañante.

—Como no está siendo fácil trabajar contigo, me he puesto a leer un libro titulado *Cómo son los alemanes*. —Noemí niega con la cabeza, respira hondo e intenta hacer caso omiso a sus palabras—. Ayer precisamente leí que son personas serias, correctas, con buenos modales y que odian las subidas de tono. —Se calla, gira la cabeza y añade—. Quizá en ese punto tú eres la excepción que confirma la regla.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque intentas mantener la compostura y hablar en un tono serio y calmado, aunque por dentro te mueras de ganas de gritarme con toda la fuerza que te dejen tus pulmones. —Hace un silencio—. Pero creo que lo de odiar las subidas de tono no va contigo...

—Bueno, yo creo que ya vale, ¿no? —le corta.

—Por lo que veo, también tienes mal despertar...

Noemí niega con la cabeza y decide hacer caso omiso a las palabras de Víctor, quien está disfrutando de la situación. La alemana le sigue pareciendo una persona realmente complicada y no puede entender cómo es posible estar tan recta en todo momento. Le debe de doler la espalda una barbaridad...

Conducen rumbo a Galicia, mientras se ponen al día de sus respectivas conversaciones, tanto con la Guardia Civil de Ceixa como con Alemania, pero no hay ninguna novedad que cambie su operativo.

A mitad de camino, deciden cambiar de conductor y aprovechan para tomar un café en una gasolinera de la autovía A-6. Entran al establecimiento y se sientan en los taburetes que están al lado de la barra. Víctor está tranquilo; sin embargo, nota que su acompañante está en tensión constante. En ocasiones le cansa bastante ese comportamiento, porque es realmente complicado no agotarse solo con mirarla...

—¿Qué quieren tomar? —una chica jovencita rubia, con un moño despeinado en lo alto de la cabeza y unos ojos negros como la pizarra, se dirige a ellos.

—Dos cafés, por favor —Noemí no tarda ni un segundo en contestar.

Víctor mira a la camarera y comienza ese juego de sonrisas que tanto le gusta y sabe que le funciona. Combina algunas de lado, otras con los labios cerrados y, si la chica se la devuelve, muestra esa preciosa sonrisa que hace que todo su rostro desborde una sensualidad y picardía irresistible. Parece que a la camarera también le llama la atención y agacha la mirada, tímida, cuando les sirve los dos cafés.

—Es una pena que solo estemos de paso. —Víctor comienza su actuación.

—Sí... —Se ruboriza la jovencita.

—¡Dios mío! —Noemí salta en cuanto la camarera se da la vuelta—. ¡Podría ser tu hermana pequeña! Lo tuyo es demasiado...

—¡Pues lo tuyo ni te cuento! —Bebe el café de un trago, saca dinero de su cartera y se levanta del taburete de mal humor—. ¡Estoy harto de ti! ¿Qué digo «harto»? ¡Hasta los mismísimos huevos!

Noemí se queda completamente muda ante su reacción, algo a lo que no está acostumbrada. Víctor espera una respuesta y, al ver que no la obtiene, se pone más nervioso y sigue su verborrea.

—Que si esto está bien, que si lo otro está mal, que si podría ser tu hermana, que si hay que madrugar por la mañana, que si las ordenes del comisario no se pueden cuestionar, que si esto, que si lo otro y lo de más allá. ¡Estoy hasta las mismísimas narices de aguantar malos modos y seguir intentando ser amable contigo!

Víctor se da media vuelta y sale enfadado y caminando a toda velocidad de la cafetería. Está realmente molesto con Noemí y muy cansado de tener que llevar la investigación con ella. Le encantaría llamar ahora mismo al comisario y decirle que él o ella, pero que juntos no pueden trabajar. Jamás en la vida ha conocido a una persona tan desagradable. Se apoya en el coche y enciende un cigarrillo que aspira con ganas, intentando que calme su enfado. Se acuerda de Israel, su compañero y amigo, que tenía un genio incontrolable cuando se enfadaba... Y sin embargo, él siempre había presumido de su buen carácter, hasta que había llegado alguien que había conseguido sacarlo de sus casillas, ¡y mira que es difícil! Seguramente, algo se le habrá pegado de Israel.

—No sabía que también tenías malos vicios... —Noemí señala el cigarro que sostiene entre sus dedos; parece que no se cansa de molestarlo.

—¿Nos vamos?

Suben al coche y siguen el camino hasta Galicia sin dirigirse ni una sola palabra. Víctor mira por la ventana y ni se molesta en poner sus ojos en Noemí, quien conduce atenta al GPS y a la carretera.

Tres horas después, el cartel de Ceixa les indica que se acercan a su destino. Noemí baja la ventanilla y un aroma a verde y humedad inunda el coche. Los árboles y las praderas ofrecen un aspecto de serenidad que Víctor necesitaba.

Al entrar en Ceixa, las calles están prácticamente vacías. Solo se ve a algún señor mayor paseando con su bastón y la boina tan característica de las zonas del norte. Al entrar en el pueblo, las casas que se ven son bastante sencillas; sin embargo, según se van acercando al casco antiguo, cada vez se ven más señoriales, con fachadas pintadas de blanco, crema, de piedra o ladrillo, pero todas grandes e imponentes. Recorren con el coche toda la zona hasta pasar por delante de la casa que están buscando. Ahí está, tal como la vieron en la foto. Llama especialmente la atención entre las demás porque tiene las ventanas tapadas. Hay una furgoneta grande aparcada delante de una de las ventanas que debe de estar ahí para que no se vea a simple vista lo que pasa entre el vehículo y la ventana.

Aparcan el coche a una distancia prudencial y Víctor comienza a preparar la cámara que tiene que poner en el botón de su cazadora para grabar la compra de droga. Noemí le ayuda a colocarla, pero siguen casi sin hablar, solo lo justo y necesario para poder comunicarse. Una vez terminan, se miran; están bastante cerca. Noemí levanta la cabeza y respira hinchando las venas de su cuello. Víctor le mantiene la mirada unos segundos, levantando la suya también, apretando los dientes para mantener a raya su mal humor. El chico risueño, bromista y dicharachero ha desaparecido por completo.

Víctor sale del coche y camina hasta la casa para ver cómo está el terreno. Mira de reojo la puerta y las ventanas. Efectivamente, hay una que está completamente tapada, pero la otra tiene una madera ligeramente movida; seguramente será por ahí por donde se hacen las ventas. Intenta escuchar, pero no se oye ni un solo ruido dentro. Se acerca un poco más a la puerta y justo aparece un joven por la esquina, por lo que se separa y sigue su camino. Al cruzarse con el chico, nota como se le acerca al oído.

—Si buscas, es aquí.

—Gracias, tío —contesta Víctor.

El chico sigue su camino y a Víctor le llama un poco la atención que una persona se acerque a cualquiera a decirle eso. ¡Como lo hagan con todas las que pasan por la acera...! Aunque es cierto que el chico no tenía muy buena pinta.

Vuelve al coche y le cuenta a Noemí lo que ha sucedido. Ambos pasan varias horas haciendo vigilancia delante de la casa y se dan cuenta de que las únicas personas que pasan por la acera se quedan un rato detrás de la furgoneta y luego siguen su camino. El resto de gente, justo antes de llegar a la fachada, cruza de acera.

Es como si todo el mundo supiera que esa casa es para lo que es y quien no vaya a por droga ni siquiera pasa por delante. Quizá eso haga que tengan más sentido las palabras del chico. También lo pueden tener para captar nuevos compradores, ya que suele hacerse a menudo. Los agentes no tenían conocimiento de ello, pero Víctor y Noemí lo ven pasar varias veces por allí y seguramente será para eso.

Llega la noche y acuden a un hotel a descansar. El resto de compañeros llegará de madrugada para preparar el operativo.

Víctor se ducha y sale a la pequeña terraza de su habitación. Tiene una mesa y una silla de forja negra. La balastrada es de madera y dos geranios rojos ponen el tono de color que contrasta con el verde de Galicia.

Enciende un cigarro y dibuja figuras en el aire con el humo que sale de su boca lentamente, mirando las estrellas. Siente una calma absoluta mientras escucha el piar de los pajarillos. Ya se le ha pasado el mal humor, pero sigue pensando lo mismo de Noemí y deseando que acabe el operativo cuanto antes, que salga todo bien y que no vuelva a cruzarse con ella en la vida.

Noemí

Noemí llega a primera hora de la mañana al cuartel de Ceixa, donde han sido citados para organizar el operativo. En cuanto entra, busca con la mirada a Víctor, pero no lo ve por ninguna parte. No le extrañaría nada que se haya quedado dormido justo un día como este...

Sigue cabreada por la discusión que tuvieron ayer; bueno, más que discusión, fue un monólogo de Víctor en el que le dijo lo malvada que era. Noemí ha pasado las pocas horas que tenían para dormir dándole vueltas a la cabeza, repasando su comportamiento desde que se reencontraron para comprobar si es cierto que ha sido tan desagradable con él. Y sí, aunque le fastidie reconocerlo, ha sido una persona estúpida. Sin embargo, y aunque acepta cómo es la situación, ella es así, no va a cambiar y, sinceramente, la opinión de Víctor ya no le importa lo más mínimo.

—Buenos días —saluda a sus compañeros.

—Buenos días —responden al unísono.

Con aire decidido, saluda al oficial general de Ceixa y coloca la documentación que lleva encima de la mesa, revisa algunos papeles y mira el reloj. Siente emoción y nerviosismo a partes iguales; es una sensación que experimenta cada vez que está tan cerca de pillar a uno de los malos. Después de tantos años, no ha perdido ni una pizca de la pasión que siente por su profesión.

—En cuanto llegue el agente Martínez, comenzamos.

Como si lo hubiera invocado, Víctor aparece por la puerta. Noemí respira profundamente, sube su mentón y estira el cuello todo lo que puede, mostrando ese aire de superioridad tan característico en ella.

—Buenos días —saluda Víctor.

El resto de agentes le contestan, Noemí incluida. Se coloca junto a ella, pero no le dice ni una palabra; sigue teniendo ese gesto de cabreo del día anterior. Noemí no puede creer su comportamiento, el señorito risueño y que sabe disfrutar de la vida ofuscado eternamente... Lo mira y niega con la cabeza mientras sube sus cejas y suspira, deseando que acabe el operativo y dejar de verlo cada día. Noemí está convencida de que, con los años, se ha vuelto más estúpido y engreído todavía. ¡Y mira que era difícil!

Víctor y Noemí comienzan a dar instrucciones a los agentes; a pesar de sus diferencias, ambos se compaginan a la perfección profesionalmente. El operativo está claro: Víctor debe acercarse a la ventana con una cámara botón. Una vez hecha y grabada la venta, los agentes se prepararán para la detención.

—Inspector —Víctor se dirige al oficial general de Ceixa—, ¿por su parte quiere añadir algo?

—Nada.

—Perfecto. Vamos a ello entonces.

—Muchas gracias. —Noemí da por finalizada la reunión.

Son las cuatro de la tarde. Noemí prepara en una de las salas que les han cedido en el cuartel de Ceixa la cámara para colocársela a Víctor, quien sigue con semblante serio y distante. Él se la quita de las manos e introduce la tarjeta de memoria en uno de los laterales, le pone el cable y se quita la camisa.

Noemí se da inmediatamente la vuelta para no verlo desnudo. Se pone muy tensa y mira al

techo, inspirando y espirando para tranquilizarse. A su cabeza viene una y otra vez la imagen de esos pectorales firmes, esos abdominales perfectamente marcados y esas líneas insinuantes en la parte baja de su abdomen. Nota como el corazón le bombea con fuerza, pidiéndole en cada latido darse la vuelta para contemplar esa belleza de la naturaleza.

—¡No te ruborices, mujer! —Víctor rompe el silencio y parece que ha recuperado su tono chistoso de siempre.

Noemí no sabe cómo reaccionar y decide hacer caso omiso de su comentario.

—¿Voy a tener que pedírtelo? ¡Sí eres dura, sí!

Ella se gira y ve como Víctor da vueltas sobre sí mismo para intentar colocarse el cable pegado al cuerpo. Se da la vuelta por un lado, por el otro, pero no consigue pegarlo en la zona baja de la espalda.

—Trae. —Noemí se lo quita de las manos con mal humor.

Él se gira y nota como unas manos frías rozan su piel. Ella analiza su espalda, similar al *David* de Miguel Ángel. Podría escribirse una historia en cada uno de sus músculos. Intenta coger el cable y lo pega a su cuerpo, sintiendo el contacto con él por primera vez, como tanto tiempo imaginó. Y nada, absolutamente nada, es como creía. Es una sensación diferente, es hogar.

Niega con la cabeza, aprieta el cable y se separa rápidamente de él. Se acabó.

—¡Ya está!

—Sé que estoy a salvo —añade chistoso. Noemí pone cara de no entender y él añade—. Digo que, tal como me has apretado el esparadrapo, dudo mucho que se caiga y me descubran. —Le guiña un ojo.

—Parece que ya se nos han pasado los malos humos... —Noemí no ha olvidado el cabreo que se pilló en la gasolinera.

—No soy una persona rencorosa.

—¡Cualquiera lo diría esta mañana!

—¡Mira tú quién va a hablar de amabilidad! —Víctor entra al trapo, pero esta vez no está cabreado.

Noemí vuelve a negar con la cabeza, mirando con los ojos al techo; es un gesto muy característico suyo que expresa cuando cree que el mundo se equivoca. Víctor le muestra esa sonrisa perfecta, con ese hoyuelo... Sigue sin camiseta y no puede evitar fijarse en el contorno de sus brazos, en esos bíceps perfectamente marcados, pero sin ser excesivos. Nota calor, lo mira a los ojos y su color marrón le recuerda a las castañas que comía de pequeña las tardes de invierno junto a sus padres. Siente nostalgia y, al mismo tiempo, se siente en casa como nunca antes le había pasado desde que murieron. Y ahora le pasa con él.

—Te gusta lo que ves, ¿eh? —Víctor la devuelve a la realidad.

—¡No!

Noemí se gira y sale dando un portazo. Corre a la calle, busca la parte de detrás del cuartel y se introduce por un sendero rodeado de árboles. Huele a humedad, a vegetación y un poquito a humo de chimenea. Es un olor muy característico de Galicia. Se aleja caminando deprisa hasta sentarse en una piedra grande que encuentra en medio del camino. Se tapa la cara con las manos, mientras niega con la cabeza y una lágrima resbala por su mejilla...

—¡No! Otra vez no... por favor.

Pocos minutos después, ambos están dentro del coche observando el domicilio. La calle está

tranquila y no hay mucha gente por la zona. Noemí mira el reloj, habla por el *walkie talkie* y asiente con la cabeza a su compañero.

Víctor sale del coche y camina despacio hasta la ventana de la casa, mientras Noemí lo observa desde su posición y siente como se incrementa su ritmo cardíaco, como se acelera su respiración y esa sensación de vivir al límite, de correr delante de un guepardo, saltar de una colina a otra con una caída de miles de metros bajo los pies o conducir a toda velocidad por una carretera llena de curvas. Los expertos dicen que la adrenalina es un medio de supervivencia ante momentos de peligro o estrés; sin embargo, para Noemí, es su manera de sentir que está viva.

Observa como Víctor llega a la ventana de la casa y espera tranquilo, o eso parece, a que desde el otro lado le contesten. De pronto, la puerta se abre e instintivamente lleva su mano hacia la pistola. Más bombeo, más necesidad de respirar para llenar los pulmones de aire. No quita ojo a lo que sucede y la puerta vuelve a cerrarse. Falsa alarma. Víctor guarda algo en el bolsillo del pantalón y se da media vuelta. Parece que todo ha ido bien. Ella espera intranquila en el coche hasta que él, con paso calmado, se va alejando del domicilio.

Era la última prueba que necesitaban. Una vez revisada la grabación, pueden poner en marcha el operativo para detener a Agathon esa misma noche. Lo harán a las cinco de la mañana. Noemí recuerda las indicaciones; el sospechoso estará en su casa, seguramente acompañado de alguna chica, ya que nunca pasa la noche solo, y de su hombre de confianza, que duerme en la habitación contigua a la de Agathon. No debería haber nadie más y, si todo sale bien, será una detención rápida. Y por fin se acabará el ver a Víctor cada día.

—Busco a Jacq's —escucha la voz de Víctor a su espalda.

—¿Qué dices?

—Nada. —Se ríe.

—El que nada no se ahoga.

—¡Anda! ¡Pero no me digas que también haces bromas! Esto sí que no me lo esperaba... Eres toda una caja de sorpresas, *eis frau*.

Noemí tensa su cuerpo al escuchar las últimas palabras de Víctor en alemán. «Mujer de hielo». No puede creer que siga riéndose de ella de esa manera y con esa risilla y esa miradita de no haber roto un plato en su vida, cuando la vajilla de todos los Ikea del mundo se le quedará pequeña.

—*Arschloch!*

—No te entiendo. —Víctor niega con la cabeza, levantando los hombros divertido—. Puedes decirme todo lo que quieras... Imagino que será algo así como «me muerdo por llevarte a la cama y que me susurres en alemán que no pare» —dice en voz baja a su oído.

—Gilipollas.

—Hombre... Hombre... Tampoco hace falta insultar.

—Ahora no te he insultado.

—¡Vale! ¡Ya lo pilló! Arch... no sé qué es... ¡Lo que has dicho antes! Eso significa gilipollas, ¿verdad?

—Chico listo.

—Algún día cambiaré ese adjetivo, *eis frau*. Algún día.

Palabras que suenan a promesa, a compromiso, a un futuro. Una unión de letras que Noemí sabe que no ocurrirá nunca. «Lo lleva crudo», piensa cabreada. Al final, siempre consigue ponerla de mal humor. Niega con la cabeza, respira profundo, pasa las manos por el pelo para que el moño siga perfectamente en su sitio y no le contesta. Intenta olvidarse de que está a su lado y vuelve a repasar mentalmente el operativo. Su trabajo siempre le ha servido de vía de escape; en esta

ocasión, está siendo uno de los motivos de sus quebraderos de cabeza porque, si no fuera por esta maldita investigación, no tendría que estar aguantando las impertinencias de su compañero. Pero, como siempre ha hecho, sigue adelante, intentando sacar de su cabeza lo que no le gusta, centrándose en lo importante.

A las cinco en punto de la mañana, los policías rodean el domicilio de Agathon, cada uno en la posición que se le ha indicado. Dos policías sujetan el ariete y lo impactan con fuerza contra la puerta, consiguiendo que esta se abra de par en par. Seis agentes entran al domicilio al grito de «¡Policía!», mientras otros dos colocan una escalera para subir a la ventana exterior. Otros dos agentes custodian las ventanas de la planta inferior y lo mismo ocurre con las que se encuentran en la parte trasera de la casa.

Los policías ocupan en segundos toda la casa en busca de las personas que deberían estar dentro. Noemí va de un lado a otro, mientras Víctor la cubre. Ahora sí que siente la adrenalina a flor de piel, pero, al mismo tiempo, nerviosismo. Sabe que algo no va bien. Siguen avanzando y... nada. En el domicilio no hay absolutamente nadie.

Victor

—¿Cómo se les ha podido escapar? —Octavio Torres grita y las venas de su cuello se hinchan tanto que parecen a punto de estallar.

—Comisario —intenta hablar Noemí.

—¡Soy el puto hazmerreír de todo el cuartel de Ceixa! ¡Qué cojones! ¡Y de esta comisaría! —Niega con la cabeza, paseando de un lado a otro del despacho, tocándose el pelo, nervioso.

—Disculpe —Victor quiere explicarse.

—¡Les dije que quería estar informado de absolutamente cada paso que dieran en la investigación! —grita con rabia, dejando que la saliva salte de su boca inundando la mesa de pequeñas gotitas.

—Y así ha sido —Noemí habla en un tono serio, levantando su mentón, sabedora de que no han cometido ningún error.

—¿Así ha sido? —Octavio Torres levanta todavía más la voz, encarándose con ella—. ¿Que así ha sido? ¡Se les ha escapado, joder! ¿En serio cree usted, agente Becker, que así ha sido? —refuerza las últimas palabras, acercándose más a ella, mientras Noemí sigue sin mover un solo músculo.

—Bueno, yo creo que ya vale, ¿no le parece? —Victor no puede soportar que se le hable así a una mujer y se levanta arrastrando la silla de malas formas. El ruido retumba en la sala y sirve como una línea invisible que separa el momento de tensión vivido.

El comisario separa su cara de la de Noemí, mira a Victor retándole, él le sostiene la mirada y levanta la cabeza. Octavio Torres respira con mal humor y se sienta en su butaca.

—Bien, soy todo oídos.

—Tenemos sospechas de que nuestro contacto nos la ha jugado. Había asegurado que estaría en el domicilio a esa hora. Los agentes lo vieron entrar durante la vigilancia. —Victor está rabioso y decepcionado consigo mismo.

—Es cierto, durante la vigilancia lo vieron entrar, pero resulta que, también durante la vigilancia —Octavio Torres utiliza un tono medio de sorna—, una persona se acercó al coche de los agentes a preguntar una gilipollez y los dos se centraron en dar las mejores explicaciones del mundo. ¿Sabe, mientras tanto, qué hizo Agathon?

Victor no se lo puede creer. ¡Cómo ha sido tan idiota! Eso es un error de lo más absurdo. ¡Cómo no ha caído en eso! Pero... En el informe no ponía nada.

—Nadie dio ningún chivatazo ni falló nuestro confidente. ¡Simplemente fallaron ustedes! —El comisario hace un esfuerzo sobrehumano para no gritar—. Agathon descubrió que estaba siendo vigilado y nos vaciló.

—De todas formas, la detención era absurda. No teníamos prácticamente pruebas —Victor intenta justificarse.

—En eso tiene razón, pero podríamos haberlo interrogado y confirmar lo que ya sabemos, que lo de Ceixa es solo una pequeñísima parte de todo lo que ese cabrón mueve.

—Podría ser una maniobra de distracción... —Noemí piensa en voz alta.

Victor y Noemí se quedan callados dándoles vueltas a sus cabezas, repasando mentalmente las vigilancias, la grabación de la venta de droga, el operativo... Hasta que el comisario los devuelve al presente.

—Vamos a por ese hijo de puta, ¿entendido? —Vuelve a levantarse de la butaca—. No quiero

ni un solo fallo más.

—Lo siento, comisario, pero, después de lo ocurrido, tengo que presentar mi renuncia a dirigir este caso...

—¡Déjese de gilipolces! —Octavio Torres corta el discurso de Víctor—. ¡No es momento de ponerse digno! Vamos a ir a por ese hijo de puta y lo vamos a coger, ¿entendido?

—Entendido —dice Noemí, que, hasta el momento, se había mantenido prácticamente en silencio.

Octavio Torres y Noemí miran a Víctor, que sigue de pie, nervioso. Esperan una respuesta que no llega. Víctor se siente avergonzado. Ha fallado en algo tan absurdo que no cree que deba seguir con el caso, pero también es cierto que eso no es ser un buen policía. Darse por vencido a la primera de cambio no es su estilo.

—¿Entendido? —repite el comisario.

—Entendido —contesta Víctor.

—Bien. —El comisario se sienta en la butaca, cansado como si acabara de correr una maratón—. Pueden irse.

Víctor sale del despacho del comisario como alma que lleva el diablo. Siente tanta rabia que sería capaz de romper un muro de cemento con varios puñetazos. Sabe que eso sería lo mejor para calmar su sensación de fracaso... Sale de comisaría e inhala el olor a tierra mojada que desprende el día lluvioso. Camina hacia el parque que hay frente a la comisaría dejando que las gotas de agua lo empapen en cuestión de segundos...

—¡Dios! ¡Qué gilipollas he sido! —Se sienta en un banco y agacha la cabeza.

Al momento, nota que alguien se sienta a su lado, pero no dice nada. Víctor no levanta la cabeza, pero percibe los movimientos y no duda de a quién pertenecen. Es tan característica, desprende esa aura de elegancia y rectitud inconfundible.

—Gracias —dice Noemí casi en un susurro.

Víctor levanta la cabeza y la mira sin contestar. Ella también está empapada y las gotas resbalan por su cara. Parece como si ese «gracias» que acaba de decir hubiera roto un poco su rectitud y sus hombros descansan más abajo de lo habitual, aunque su cara sigue tensa. Sin embargo, está preciosa. Esa piel blanca que parece tan suave al contacto de la piel y esos ojos verdes... Víctor respira profundamente.

—No tienes por qué dárme las.

—Sí, sí tengo que hacerlo y no me importa. Gracias, de verdad.

Noemí parece una mujer diferente. El hecho de tener que agradecer que Víctor cortara el ataque del comisario hacia ella hace que se sienta vulnerable y a él le parece alguien diferente a con quien ha compartido las últimas semanas.

—No puedo entender que, con lo que tú eres, permitas que te hable así... ¿No te das cuenta de que con las mujeres sube más el tono todavía?

Ella oculta su mirada avergonzada. Víctor no puede creer lo que tiene ante sus ojos. ¿Dónde está esa mujer de hielo?

—¿Dónde está mi *eis frau*? Tienes tan metida en tu cabeza la idea de que no se le puede contestar a un superior que permites que te hable de esa forma.

—Bueno, vamos a ver, a ti también te ha hablado igual. —Noemí no ha dejado que ese *mi* pase desapercibido... Precisamente por eso vuelve a erguir su espalda y levantar la barbilla.

—Sí, pero yo no me quedo callado. ¿Qué pasa si me sancionan? ¿Se manchará mi expediente? —Se queda en silencio, mirando los ojos verdes de Noemí, y calma su tono—. Créeme, no es tan grave.

—¡Bueno! ¡Para ti nada es grave! ¡Vas por la vida como una apisonadora! —Noemí se levanta, dispuesta a dar por zanjada la conversación.

Víctor imita su gesto y se acerca a ella. Lluve más fuerte, pero a ninguno de los dos parece importarle. Él levanta sus brazos y coge los de ella con suavidad.

—Yo voy por la vida como una apisonadora, sí, puede ser verdad —Víctor susurra muy cerca de los labios de Noemí—. Pero tú igual no eres tan recta como crees. Mírate, estás empapada, se te ha corrido el rímel de los ojos, incluso podría decir que tus músculos no estaban tan tiesos como de costumbre. —Víctor nota como Noemí sube y baja su pecho nerviosa, él siente el calor que desprende su boca, casi la roza acercándose a su oído—. ¿Y sabes qué? ¡Que no ha pasado nada! Y encima estás preciosa.

En cuanto escucha las palabras que le dice, se separa de él como si le diera calambre. Él se ríe ante su incomodidad; ella intenta negar con la cabeza y da media vuelta, dispuesta a marcharse. Víctor la observa mientras ella intenta caminar recta. Le hace gracia.

—Agente Becker —la llama. Ella para en seco, se gira y levanta las cejas—. Debería llover más a menudo.

Horas más tarde, Víctor toma un cóctel en uno de los locales de moda de Madrid. El ambiente es exclusivo, los sofás blancos decoran la sala, hay plantas, todas con sus hojas perfectas sobre macetas también blancas, y una luz tenue morada añade ese toque distinguido. La música está a un volumen lo suficientemente alto para bailar y lo suficientemente bajo para poder mantener una conversación.

No deja de darle vueltas a la cabeza con el tema de la investigación. Sabe que no ha sido un error suyo, pero no puede creerse no haber caído antes en cuál era el motivo por el que Agathon se había escapado. Ni siquiera se le ocurrió indagar más allá, se limitó a pensar en lo básico. ¡Qué gilipollas! Tenía razón Noemí cuando le dijo aquel insulto en alemán. Víctor se acuerda de ella y le hace gracia, tenía el pelo empapado... y las gotas le caían por la cara. Es una mujer tan diferente a las demás... Le encantaría conocer más de ella, navegar en su interior, descubrir que es mucho más de lo que aparenta, pero al mismo tiempo no le apetece nada complicarse la vida. Él no es así. Él pasa del enfado más absoluto a la risa en cuestión de segundos, le gusta disfrutar la vida, reírse, arriesgarse, cometer errores y no arrepentirse de ellos. No podría perder su tiempo ni desgastarse a sí mismo solo por una noche de pasión. Y eso que es un hombre de retos, pero lo de la alemana es demasiado para él.

Niega con la cabeza, le da un sorbo a su cóctel y le sonrío a la camarera, que no ha dejado de mirarlo desde que ha llegado. Víctor ha notado como se contoneaba cuando se movía de un lado a otro de la barra preparando su bebida. Es una mujer muy guapa, pero no tiene chispa. Le gusta ligar y lo tiene fácil porque es un hombre guapo, pero sabe que eso no es lo que las vuelve locas, sino su forma de ser, esa gracia y picardía típica de los actores de comedias románticas americanas. Y eso mismo le pasa a él: puede ver a la mujer más guapa sobre la faz de la tierra y no sentir ni un ápice de interés por ella porque no tiene chispa.

Esa es su palabra estrella. Recuerda como su amigo Israel le decía que sentía algo diferente con Clara, como puso su vida patas arriba y la cambió por completo, pero a mejor, volviendo a hacerle sentir el amor. Víctor nunca se ha enamorado, nunca ha pasado esa línea que te separa de ti mismo para ver por los ojos de otra persona, para convertirte en uno siendo dos.

Le sonrío a la camarera, pero retira rápido la mirada de ella y echa un vistazo al local. Hay

dos formas de saber que le gustas a alguien a través de la mirada. Una de ellas es cuando la otra persona quita la vista rápido hacia abajo en gesto de timidez y la otra es cuando la mantiene fija en ti, queriendo que sus ojos digan lo que su boca no habla. Esas dos no fallan nunca.

Nota como alguien se sienta a su lado, mira disimuladamente y ve a una mujer morena, con unos pendientes grandes plateados, el cuello muy largo y terso. Lleva un vestido morado ajustado que deja libres sus largas piernas por encima de la rodilla. Pide un cóctel y espera paciente a que la camarera se lo sirva. Sin mover su cuerpo, gira el cuello y le dedica una amplia sonrisa a Víctor. Él se la devuelve mostrando su hoyuelo, nota como a ella le hace gracia y sonrío más.

—Hola —le dice ella.

—Hola —contesta él, sabiendo que esa noche no dormirá solo. Ella tiene chispa.

Noemí

Todo se había ido al traste. No solo habían quedado como unos policías nefastos, sino que la investigación y posterior detención fallida se habían filtrado a la prensa. Ahora medio mundo sabe que Agathon se la jugó a la Policía, otra vez. Otra investigación que se suma a la lista de todas aquellas en las que el alemán ha salido indemne.

Noemí empieza a escuchar como al otro lado de la puerta la sala de prensa comienza a llenarse de periodistas. Ya puede imaginar a los técnicos preparando las cámaras, enchufando los micrófonos, haciendo pruebas de sonido... Los periodistas de prensa estarán con sus ordenadores abiertos y alguno con su libreta; todavía queda alguno de aquellos que iban a las ruedas de prensa con bolígrafo y papel, sin tabletas, ordenadores, grabadoras o móviles.

El murmullo, que se cuele a través de las rendijas de la puerta, hace que Noemí sienta sensación de ahogo. Le cuesta respirar, tiene la boca seca y nota como le tiemblan las manos y las piernas. Siente como si estuviera sosteniendo su cuerpo sobre dos finos alambres a punto de doblarse en cualquier momento.

—¿Está preparada? —escucha al comisario.

—Sí, deme un segundo.

Camina hacia el baño, se coloca frente al espejo e intenta relajarse. Cierra los ojos y respira profundamente varias veces. Deja que el aire entre en sus pulmones, pero no consigue tranquilizarse. Está sudando. Abre el grifo y se moja la nuca, siente la responsabilidad de hacerlo bien y estar al nivel que el comisario espera y esa presión no ayuda a relajarse. Respira profundamente dos veces más, levanta su cabeza, se pasa la mano y coloca algún pelo travieso que se ha salido del moño. Vuelve a llenar sus pulmones de aire y sale rumbo a la sala de prensa.

—Estoy lista —le dice al comisario.

—Bien, suerte con las fieras —Octavio Torres se refiere de manera despectiva a la prensa, olvidando lo más básico, que simplemente hacen su trabajo.

Noemí abre la puerta y un silencio sepulcral rompe el jaleo que había anteriormente. Los periodistas se preparan mientras ella se acerca al atril. Tiene miedo de quedarse en blanco, de no saber responder a alguna pregunta o de encontrarse tan mal físicamente que llegue a caerse o desmayarse.

Se coloca detrás del atril, pone los papeles encima y mira al frente. Una luz procedente de una de las cámaras ciega su visión y hace que instintivamente cierre los ojos. Se acuerda de aquello que le decía su tía Anette de imaginar a la gente desnuda, pero no hay manera.

—Buenas tardes —dice en un casi imperceptible tono de voz.

—¡No se escucha! —grita uno de los asistentes.

Coloca los papeles alineando perfectamente cada uno de sus bordes, aprieta el bolígrafo nerviosa, intenta volver a saludar, pero no puede. Está completamente muda. Los periodistas la observan inquietos. Intenta enviar la orden a su cerebro, pero no responde, no puede hablar, se ha quedado completamente paralizada.

Tiene que salir de ahí como sea. No puede hacerlo, no puede, no deja de pensar en ello, en que el mundo la está engullendo y no sabe cómo salir a flote. Le gustaría que fuera diferente, echarle valor, puede hacerlo, sabe que es capaz de eso y de todo lo que se le ponga por delante. Intenta volver a hablar, pero las palabras siguen sin salir.

—¡Agente! —grita otro de los periodistas para captar su atención.

Noemí siente como se le humedecen las manos y un fuerte dolor se instala en lo alto de su estómago. Se muerde el labio, nerviosa; no sabe cuánto tiempo lleva ahí parada.

—Buenas tardes a todos. —Víctor se coloca a su lado y saluda a los asistentes—. Disculpen un segundo. —Se gira hacia Noemí y susurra—. Yo me encargo.

Noemí no dice ni una palabra. Con la boca entreabierta, asiente con la cabeza y, nerviosa, se da media vuelta y se va de la sala.

—Perdonen la demora, la agente Becker va a tener que ausentarse... —Noemí escucha a lo lejos como Víctor se disculpa y sigue hablando, imagina que dando la información sobre la investigación, pero ella no escucha nada.

Traspasa la puerta y teme encontrarse con la regañina del comisario. Sin embargo, no está por ninguna parte. Lo agradece y, sin detenerse ni un solo segundo más, sale de comisaría dejando atrás uno de los mayores momentos de ridículo de su vida.

Llega al gimnasio, se quita el traje de chaqueta azul marino y lo cuelga junto a la camisa blanca, estirado para que no se arrugue. Se pone unas mallas y una camiseta negras, se deshace el moño y se recoge el pelo en una coleta alta.

Minutos después, descarga toda la rabia que acumula en su interior. Un golpe, otro, siente como el saco de boxeo viene encima de ella y, antes de darle, lo golpea con fuerza, sintiendo como cada impacto es un instante de liberación. El sudor recorre su piel tersa y el pelo empieza a mojarse.

Tras más de media hora de golpes, Noemí está agotada, pero no quiere parar. Esa es su manera de enfrentar la vida, devolviéndole los golpes que le ha ido dando, con la diferencia de que en su caso se los da a un ser inerte, que ni siente ni padece. ¡Cuántas veces ha querido sentirse así! Aunque ya es un poco parecida. Lo único que le hace sentir viva es su trabajo y ahora no sabe cómo va a volver a mirar a sus compañeros y, sobre todo, al comisario, después del ridículo en la sala de prensa. Solo al volver a pasarse esa imagen por su cabeza comienza a sentir su respiración asfixiada y su pulso agitado. Abre ligeramente la boca para inhalar aire y le da otro golpe más fuerte al saco, que, en su retorno, está a punto de tirarla al suelo.

Se aparta a un lado. Tiene esa sensación de riesgo que le hace liberar adrenalina. El deporte es su forma de evadirse de la realidad, pero también la manera con la que ha conseguido saber que hay que vencer obstáculos y superarse día a día, ya que para conseguir algo hay que sufrir y trabajarlo. El deporte es espíritu de entrega y la negativa a rendirse.

Así ha sido como Noemí se ha motivado durante los últimos años y le ha hecho crecerse ante las adversidades, sabiendo que para conseguir lo que uno desea hay que pelearlo, esforzarse y entregarse al máximo, aunque ello conlleve un sacrificio.

Las duchas están repletas de gente. A pesar de ello, espera paciente en el vestuario hasta que queda una libre. Al salir del gimnasio, nota como su cuerpo se pone en tensión y sus pies dan marcha atrás. Vuelve a cruzar la puerta sin ni siquiera girarse para volver a entrar al gimnasio. Acaba de ver a Víctor en la acera de enfrente; está parado hablando con alguien. No puede creer su mala suerte. Ella, que va a un gimnasio lejos de la comisaría para no encontrarse con nadie, y este hombre aparece en cualquier lado.

—¡Mierda!

Espera paciente a que Víctor termine la conversación. Es una calle estrecha y sabe que, si sale, es fácil que la vea. Pero los minutos pasan y parece que no acaban. Noemí hace gala de uno de sus mayores defectos, la falta de paciencia, y sale pegada a la pared del gimnasio andando a toda prisa. Lleva la cabeza baja, intentando que no le vea la cara. Intenta esquivar a alguien que se topa frente a ella y que parece no querer dejarle el paso. Para un lado, para otro, parece un

jueguito. Noemí se cabrea, se para e increpa a su obstáculo.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —Justo cuando sube la cabeza y ve de quién se trata entiende el bailecito—. Bueno, lo que me faltaba.

—En la rueda de prensa parecía que te alegrabas más de verme que ahora.

—Tengo prisa. —Noemí hace caso omiso a las palabras de Víctor y reinicia la marcha, sintiendo como Víctor camina tras ella.

No entiende a qué viene esto ahora. Intenta caminar más rápido, todo lo que sus piernas dan de sí, pero no consigue dejar a Víctor atrás. Se está poniendo de muy mal humor porque no le hace ninguna gracia que se cachondee de ella.

—¿Qué haces? —Noemí decide parar en seco y terminar con esta persecución absurda.

—Creo que tienes algo que decirme.

—No te entiendo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Piénsalo bien. —Los labios de Víctor dejan paso a una sonrisa blanca que marca ese pequeño hoyuelo.

—No sé de qué hablas y tengo prisa. ¿Podrías dejarme en paz? —El cabreo de Noemí aumenta por momentos.

—Te creía más inteligente, *eis frau*.

—Y yo a ti te creía menos pesado. Me tienes un poco harta —el tono de Noemí es realmente desagradable.

—Tú sí que me tienes hartado a mí. —Víctor cambia de humor, parece que se ha cansado de aguantar los malos modos de su compañera—. Te he salvado el culo esta tarde y ni me das las gracias. Pero no solo con eso, encima intento ser amable contigo...

—Si a ser amable le llamas cachondearte de mí... creo que en nuestros diccionarios no coinciden las definiciones de los términos...

—¡No me he cachondeado de ti! Eso es lo que intentas aparentar, la pobrecita de la que se ríen, cuando lo único que te pasa es que eres una orgullosa que no sabe reconocer cuando alguien hace algo por ella —levanta la voz.

—Yo no soy ninguna pobrecita. ¡No tienes ni idea de mí ni de mi vida! ¿Acaso crees que me conoces de algo? —Noemí no puede contener las lágrimas.

—No, no te conozco de nada y tampoco quiero hacerlo.

Víctor se da media vuelta y, como alma que lleva el diablo, se va, dejando a Noemí hecha un mar de lágrimas. Se limpia con rabia; la gente ha visto la escena, pero le da igual. Por un momento, deja de pensar en las apariencias, en estar perfecta y dar la mejor imagen. Su pecho se hincha y deshinch, sabe que debería darse media vuelta y dar por zanjado el tema, pero una fuerza que no puede contener hace que salga corriendo detrás de Víctor. Sabe que se va a equivocar, que va a recordar este momento y se va a arrepentir, que jamás ha ido detrás de nadie, pero en la vida siempre tiene que haber una primera vez para todo.

Victor

Victor camina a toda prisa, negando con la cabeza una y otra vez. No puede entender como alguien a quien ha ayudado puede ser tan desagradable. Lo tiene claro, no volverá a echarle una mano en su vida, ni mucho menos a ser amable con ella e intentar sacarle una sonrisa. A partir de ahora, se limitará a hablar con ella lo necesario para la investigación. Se acabó.

Él es una persona que no suele cabrearse, se toma la vida de una forma alegre y da la importancia justa a los problemas, huye de los dramas y mucho más de la gente negativa. Y, sin duda, Noemí es la negatividad personificada.

—¡Espera! —escucha la voz de Noemí a su espalda.

Victor hace caso omiso y sigue su camino sin detener sus pies. Sabe que, si se gira para hablar con ella, va a ser muy desagradable, porque ya está hasta las narices de tantas malas formas cuando él lo único que ha hecho ha sido portarse bien con ella. Tiene la cabeza llena de ideas que van de un lado a otro llenando su alma de malos pensamientos. Y los odia, odia con todo su ser no aprovechar la vida al máximo.

—¿Puedes esperar un segundo? —Noemí corre y se coloca frente a él. Tiene la respiración agitada de la carrera.

—No. —Victor se zafa de ella y sigue su camino.

—Vale, si es lo que quieres, podemos echar una carrera —Noemí bromea y Victor se sorprende. Cree que es la primera vez en su vida que escucha un chascarrillo en boca de la alemana.

—¡Esto sí que no me lo esperaba! —Victor para en seco—. ¡O, bueno, puede que sea la segunda vez que te veo bromear! ¡Mira a ver si tienes fiebre!

—¿Y qué esperabas?

—Que me dieras las gracias. Un simple «gracias». Mira, puedes repetir conmigo, no es tan difícil. Gra...

—Cias —continúa Noemí la palabra—, pero no te consiento que me digas que voy por ahí intentando dar pena o parecer pobrecita o no sé qué has dicho —Noemí levanta el tono.

—Y yo a ti no te consiento que me digas que no me consientes... ¡¿Te das cuenta de tu soberbia?! —

—No tienes ni idea de cómo soy.

—¿En serio crees que no sé cómo eres? ¿Crees que eres tan diferente? ¿O eres una mujer como cualquier otra? ¿Qué te gustaría ser? O mejor dicho, ¿qué te han enseñado que tienes que ser?

Noemí se queda callada, traga saliva e intenta contener las lágrimas.

—Yo te puedo decir cómo quieres ser. Quieres ser una mujer recta, todo tiene que ser perfecto, no puedes levantar la voz más de la cuenta, no puedes equivocarte, no puedes despeinarte, no puedes alterarte, no puedes llegar tarde al trabajo, ¡ni mucho menos hacer bromas! Eres la persona más fría que he conocido en mi vida... —Victor ve como las lágrimas de Noemí resbalan por sus mejillas enrojecidas por el frío—. Y dentro guardas muchísimo calor. Te gustaría ser todo eso, pero son todo apariencias.

Victor se acerca a ella. Está preciosa. Ve esos ojos verdes llenos de lágrimas y acaricia suavemente su mejilla con el dedo pulgar, limpiando el agua salada que corre por la cara más bonita que ha visto en su vida. Ver a Noemí tan vulnerable le parte el alma. Estaba muy cabreado

con ella, pero él es capaz de ver más allá, de entrar en esos ojos y llegar a su corazón, de descubrir que Noemí es mucho más.

—Eres una mujer que lucha por lo que quiere, fuerte, valiente y decidida. Pero también eres una mujer vulnerable, con sus miedos, como cualquier persona. No sonrías nunca y estoy seguro de que, en el fondo de tu corazón, desearías reír a carcajadas y disfrutar de la vida.

Se acerca más a ella, le acaricia la cara con las dos manos y acerca su boca a los labios carnosos de Noemí, quien sube y baja su pecho acelerado. Víctor está tan cerca de ella que nota el calor que desprende su cuerpo.

—Estás temblando. —Víctor acaricia con delicadeza el rostro de Noemí—. No tengas miedo. No le tengas miedo a sentir. Déjame enseñarte a sonreír. ¿Recuerdas que te lo prometí?

Noemí asiente con la cabeza y Víctor siente como su alma le pide que no la abandone, que le devuelva la vida. No sabe qué le habrá pasado para haberse convertido en una mujer tan dura, pero sabe que en el fondo guarda una persona deseosa de vivir y no hay nada que quiera más en este mundo que regalarle la vida.

Se acerca un poco más a ella y la mira a los ojos, se pierde en el verde esmeralda de su mirada y siente calor. Es preciosa, es la mujer más bonita que ha visto en su vida. Víctor se inclina hacia ella y posa sus labios sobre los de Noemí. Siente su contacto acariciando su boca despacio, pero sin detenerse, sintiendo como ella se deja llevar. Víctor nota una explosión en su pecho y una sensación de hormigueo recorriendo su cuerpo. Noemí acaricia los labios de Víctor con ternura, hasta que se separa de ellos, lo mira tímidamente y se acurruca en su pecho. Sabe que no es el momento de decir nada y se limita a abrazarla con fuerza para que nunca más vuelva a sentir miedo de la vida.

Minutos después, Noemí se separa de él y muestra una tímida sonrisa. Él se la devuelve con ternura y le coge la mano.

—Ven.

Víctor tira de Noemí y camina hacia un lugar que quiere enseñarle. Ella sigue sus pasos serena. Es la primera vez en su vida que la ve ilusionada y le encantan los gestos que desprende su rostro. Es muy diferente a como quiere aparentar y a Víctor le despierta ternura. Después de caminar pocos metros, llegan al coche de Víctor.

—Sube. —Vuelve el Víctor galán.

—¿A dónde vamos? —Ella desconfía.

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa. —Cada uno está a un lado del coche, mirándose por encima.

—No me gustan las sorpresas. —Noemí se pone seria.

—Olvidate de lo que te gusta y lo que no —ella pone un gesto de no estar muy convencida de su propuesta— por unas horas.

Noemí levanta los hombros, aprieta la boca mostrando una tímida sonrisa y abre la puerta del coche rumbo a quién sabe dónde. Víctor conduce por las calles de Madrid emocionado, con ganas de llegar al sitio que quiere enseñarle. No piensa en lo que acaba de ocurrir, no se le pasa por la cabeza si será un error liarse con una compañera, ni las consecuencias que puede traer. Así es él, vive la vida cada minuto, disfrutando de ella sin pensar en lo que ocurrirá mañana. Precisamente no tener miedo de las consecuencias de sus actos le ha traído más de un problema, pero, para su filosofía de vida, ha estado totalmente compensado si se ha vivido el momento.

—¿Me llevas de compras? —pregunta Noemí, sorprendida y un tanto decepcionada, al ver que se dirigen al Centro Comercial Plaza Norte 2.

Víctor se queda en silencio y muestra una sonrisa traviesa. Ella sigue mirando por la

ventanilla, expectante, y a él le hace mucha gracia la situación. Le encanta hacerse el interesante. Coge una rotonda y accede a un camino de tierra que queda a la derecha, pasan cerca de un río y a pocos metros se detienen.

—¿Aquí? —Noemí mira de un lado a otro sin entender nada.

—Aquí.

—Pero... si no hay nada...

—No todo es lo que parece y las primeras impresiones fallan muy a menudo. —Otra sonrisa traviesa a la que ella vuelve a responder levantando los hombros.

Salen del coche y Víctor coge la mano de Noemí para caminar junto a ella encima de un montículo de tierra. Están en medio de un campo teñido de amarillo, hay algún que otro abeto y huele a paja seca. De pronto, se escucha un ruido muy fuerte, como si algo se acercara a ellos con rapidez. Ella da un respingo asustada, Víctor la abraza por detrás y sube su dedo índice señalando el despegue de un avión. Ella mira como poco a poco va subiendo y cogiendo altura. Es muy emocionante sentirlos tan cerca de ellos, con el ruido azotando su adrenalina. Víctor aprieta más fuerte a Noemí, que sigue con la vista el despegue del avión.

—¡Es alucinante! —Noemí está emocionada.

—Mira, puedes ver perfectamente como el avión se prepara en la pista de salida —Víctor susurra en el oído de Noemí relatando lo que va haciendo otro avión—, empieza a rodar y, poco a poco... —le da un beso suave en la mejilla—, levanta el vuelo...

El sol está cayendo y el cielo se tiñe de naranja, ofreciendo un atardecer de ensueño. Pasan casi media hora en la misma posición, mirando al frente sin despegar la vista de los aviones e imaginando cuál será el destino de cada uno y los motivos por los que viajarán sus pasajeros. Tantas historias y vidas diferentes unidas en un mismo vuelo.

—¡Casi no pasa tiempo entre que despegan un avión y otro! ¡No sabía que Barajas tenía tantísimo tráfico! —Noemí está tan emocionada con lo que acaba de vivir como una niña pequeña con sus regalos de cumpleaños.

—Mira. —Se ha hecho casi de noche y Víctor le enseña como los aviones encienden sus luces y se ve como vuelan despegando destellos de luz.

Ella observa embelesada la imagen que tiene ante sí. Al momento, se gira y mira a Víctor a los ojos, le sonrío y se acerca dándole pequeños besos en la comisura de los labios. Víctor siente como todo su cuerpo reacciona ante la cercanía de Noemí y quiere más. Sin embargo, ella se separa y él, que está ansioso por volver a besarla, la acerca apretando la mano que tiene en la parte baja de su espalda. El ruido de los aviones los envuelve y Víctor vuelve a besarla, más despacio que la primera vez, deleitándose en cada una de las sensaciones que le producen los labios de Noemí, que responde a su contacto queriendo más.

Se besan, se miran y vuelven a besarse. Víctor rodea a Noemí con todo su cuerpo, protegiéndola del frío que empieza a notarse con la caída del sol.

—Deberíamos irnos. —Noemí rompe el momento.

—Sí, por una vez te voy a dar la razón.

Bajan del montículo cogidos de la mano y, antes de llegar al coche, Víctor saca el último cigarrillo que le queda y tira la cajetilla al suelo.

—¿En serio vas a hacer esa guarrada? —Noemí alucina con el gesto.

—¿Has visto cómo está esto? —Víctor señala la basura que hay por el suelo.

—¿Y como no es suficiente tú vas a tirar más? Hay que respetar el medioambiente, es un regalo de la naturaleza —dice seria.

Víctor intenta evitar la carcajada.

—Lo digo en serio —añade cruzándose de brazos.

—Jamás tires un papel al suelo, un chicle, arranques un arbusto o pises el césped donde no está permitido. Hay que respetar la naturaleza y reciclar. —Parece como si estuviera recitando un libro.

—¿Ya estamos otra vez con los estereotipos?

—Eres lista. —Le guiña un ojo.

—No todo es lo que parece —dice ella repitiendo las palabras que ha dicho Víctor hace un rato.

Noemí

Al llegar a casa cierra la puerta y se queda apoyada en ella, acariciando los labios que hace unos minutos besaba Víctor. Noemí mira al techo, sigue tocando su boca y repasa todo lo que ha sucedido. Quiere recordarlo para volver a vivirlo y no olvidarlo nunca.

Lo que ha pasado hace unos minutos ha sido de película. Víctor no encontraba sitio cerca de la puerta y dejó el coche a varios metros del portal. En cuanto aparcó, Noemí salió diciéndole un simple «hasta luego», pero él fue tras ella.

—¿No crees que la tarde de hoy se merece otra despedida?

Noemí le sonrió tímidamente, pero se quedó inmóvil.

—Te acompaño —añadió él, mostrando esa sonrisa traviesa.

Los dos caminaron hacia el portal, hablando de temas banales. Era como si el regreso en el coche los hubiera devuelto a la realidad. Noemí se sentía más cohibida y un tanto perturbada por lo que acababa de pasar; incluso podría decirse que estaba incómoda. Víctor, sin embargo, seguía en su papel de amable caballero rompiendo los silencios incómodos.

—Aquí es —le dijo Noemí en cuanto llegaron al portal.

—Ha sido un placer —contestó él guiñando un ojo.

—Nos vemos en comisaría. —Estaba nerviosa y no sabía cómo actuar.

—Ven aquí. —Víctor la acercó a él, le pasó la mano por detrás del cuello y, mirándola a esos ojos verdes, le dio un beso lento y calmado. Ella contestó al contacto con sus labios y volvió a ser la mujer despreocupada de antes—. Nos vemos en comisaría —añadió al terminar el beso.

Noemí se giró y entró al portal, dando por terminada la tarde más romántica que había pasado en su vida. Había estado con otros hombres, pero nunca había llegado a sentir amor por ellos. A su corazón le daba miedo pasarlo mal y, antes de llegar a engancharse más, terminaba con relaciones que podían tener un futuro. Aunque también pensaba que, si fuera amor de verdad, al final no las habría cortado. En realidad, en eso se parecía bastante a Víctor.

La mezcla de sentimientos que recorre el cuerpo de Noemí es como una olla exprés a punto de explotar. Lo que no sabe es si explotará de amor o de rabia y arrepentimiento. En el momento en que comenzó la investigación y escuchó su nombre, quiso huir de él, no pudo y ahora acababa de cavar su propia tumba.

Creía que lo que sentía por él era repugnancia, rechazo y ganas de huir para no recordar aquellos meses en la Academia. Sin embargo, no hay nada que le produzca más rechazo que darse cuenta de que ese sentimiento sigue vivo dentro de ella. Más vivo que nunca.

Al recordar lo que ha ocurrido, siente como si pudiera volar, como si las sensaciones que despierta Víctor en ella le hicieran ser otra persona, más viva, más sonriente, al fin y al cabo, más feliz. Sin embargo, los recuerdos amargos de su época en la Academia le hacen darse cabezazos contra la pared.

—¡Dios mío! —Se ha dejado caer y está sentada delante de la puerta—. ¡Qué miedo me da esto...!

Después de las primeras semanas en las que aceptó que era invisible para Víctor, llegó

aquel fatídico viernes. Muchos de sus compañeros solían viajar el fin de semana a sus casas para ver a su familia; sin embargo, ella solía quedarse en la Academia, a excepción de alguno que había salido para conocer alguna ciudad.

Ese fin de semana había decidido quedarse en la Academia estudiando. Se acercaba el final y quería sacar buenas notas para poder elegir destino, aunque no lo tenía decidido. Pero siempre le gustaba ser la mejor, dar lo máximo de sí misma. El viernes, cuando estaba comiendo, Víctor se sentó junto a ella. Todavía recuerda la extrañeza que sintió, ya que no mantenían ningún contacto, única y exclusivamente aquello que tocaba por alguna actividad compartida. Por parte de Noemí, para olvidarse de él; por parte de Víctor, porque le era indiferente.

—Hola —le dijo, mostrando su sonrisa de anuncio.

—Hola —Noemí contestó con brusquedad.

—Hacia tiempo que no charlábamos.

—Sí...

—¿Qué haces este finde? ¿Te quedas o sales? —Noemí seguía sin entender la amabilidad de Víctor.

—Me quedo, quiero estudiar.

—Yo también. ¡Menudo rollo de finde, eh! Podíamos hacer que fuera un poco más divertido.

—Noemí reconoció ese tono adulador típico de telenovela.

Noemí dejó escapar un sonido de su garganta, asintiendo, con la única intención de darle largas, que volviera a verla como todos aquellos meses y se olvidara de ella. Siguió comiendo, haciendo caso omiso de su presencia, aunque mantenía una lucha interna para que su corazón no se saliera del pecho.

—Te extrañará mi propuesta porque no hemos tenido mucha relación en estos meses

—Noemí levantó la cejas sin entender nada, pero Víctor siguió su discurso—, pero nunca es tarde si la dicha es buena.

—No es que me extrañe, es que no la entiendo para nada. Te agradezco mucho la intención, pero tengo mucho que estudiar. —Se levantó de la mesa, cogiendo su bandeja.

—¡Espera! —Víctor fue tras ella—. Solo una hora. Sesenta minutos y te demostraré que no soy ese tío engreído que piensas.

—Una hora. —Se dio por vencida.

—A las nueve en el gimnasio.

—¿En el gimnasio? —Noemí abrió los ojos.

Él asintió y su rostro dejó paso a unos dientes perfectamente alineados escoltados por ese hoyuelo en el lado izquierdo de su boca. Ella suspiró y le mostró una sonrisa ladeada, dando por zanjada una conversación que abría una nueva ilusión en Noemí.

Recuerda como llegó a su habitación hecha un manojo de nervios. Sentía que le temblaban las piernas y no sabía si sería capaz de mantener la calma esa noche. ¡Dios mío! Era una cita. ¡Con Víctor! Cuando creía que su corazón había empezado a calmarse ante su presencia, le había jugado una mala pasada. Todas las noches que pasó en vela convenciéndose de que era un completo imbécil se habían ido al traste en cuestión de segundos.

Noemí estaba ilusionada y eufórica. Estuvo probándose ropa, aunque en la Academia no tenía mucha, y finalmente optó por unos pantalones negros pitillo ajustados, una camisa blanca calada y unos botines marrones que resaltaban su figura. Se soltó el pelo y se hizo algunas ondas, se maquilló con tonos oscuros, haciendo que sus ojos verdes se vieran mucho más intensos, un poquito de colorete marrón y brillo de labios.

Miró el reloj. Eran las ocho y media y ya estaba lista. Un nudo se había apoderado de su estómago gritándole que, posiblemente, era una de las personas más nerviosas en ese momento sobre la faz de la tierra. La ilusión le había hecho olvidarse de los desplantes que había tenido Víctor con ella en ocasiones anteriores y en ese momento solo pensaba en disfrutar; en conocerlo y darle una oportunidad. Al final, los malotes siempre tienen buen corazón y su apariencia es solo eso. Estaba convencida de que Víctor guardaba mucho en su interior y parecía que era hora de que ella lo conociera.

Tardó un poco en llegar al gimnasio, para no parecer impaciente. A las nueve y diez entró por la puerta y vio que al fondo había una mesa redonda con dos sillas, dos platos en la mesa, copas, cubiertos, servilletas y un par de velas de color dorado. Noemí sintió que le flaqueaban las piernas y las manos comenzaron a sudarle. No se podía creer el detalle tan bonito que estaba teniendo Víctor con ella. Había creado una atmósfera perfecta para una cita inolvidable. En ese momento, estaba segura de que se había equivocado con él y dio las gracias a su yo del pasado por haber aceptado la propuesta.

Decidida, fue hacia la mesa y encontró un sobre que ponía su nombre. Lo cogió y leyó. Estaba firmado por Víctor y le proponía un juego divertido. Tenía que quedarse en ropa interior, ponía que quería conocerla de verdad, sin esconderse bajo prendas que no dicen nada. La carta era muy poética y estaba firmada con un «Confía en mí». Noemí sintió más nervios, pero ahora mezclados con un toque de adrenalina, de arriesgarse y disfrutar. Dudó unos minutos, volvió a leer la carta y empezó a despojarse de toda su ropa. La dejó en una de las sillas, perfectamente doblada, y se sentó en la otra a esperar a su cita. Había una botella de vino y se echó una copa. Se sentía sexy y saboreaba el vino disfrutando de esa locura que había decidido cometer, pero los minutos pasaban y Víctor no aparecía, Noemí miraba el reloj y nada, la puerta no se abría.

Así, hasta que escuchó a dos personas detrás de unas colchonetas.

—Te lo dije —era la voz de Víctor en susurros. Ella se quedó quieta escuchando.

—No me lo puedo creer, con una de las tías más difíciles de toda la Academia —respondió otro.

—Te dije que haría lo que le dijera y ahí la tienes. —Se reía intentando no hacer ruido, pero Noemí lo estaba escuchando todo.

—¡Vale, tío! Eres un crack. Has ganado la apuesta.

Noemí tragó saliva intentando contener las lágrimas. Trató de mantenerse digna y comenzó a vestirse con rapidez. Sabía que estaba siendo observada y antes de salir bebió un trago de vino, intentando aparentar indiferencia, aunque por dentro se le estaba desgarrando el alma.

Una vez salió del gimnasio, corrió a su habitación y, al llegar, se tiró encima de la cama a llorar desconsoladamente. ¡Qué gilipollas había sido! ¿Cómo había podido caer? Ella, que siempre había puesto una barrera para que no le hicieran daño, y él la había saltado como si fuera del tamaño de un pequeño escalón. La humillación que acababa de sentir le hizo tomar una decisión rotunda. Se acabó. No pasaría ni un día más ahí.

No durmió en toda la noche, pasó las horas recordando la conversación en el comedor, la carta, su espera en el gimnasio... ¡Qué ridícula había sido! Se odiaba a sí misma por haber caído en la trampa y haber confiado en él. En cuanto amaneció, metió su ropa en la maleta y salió de la habitación, dejando atrás el mayor sueño de su vida.

Caminó decidida hacia la puerta, ya daría las explicaciones necesarias cuando la llamaran para saber por qué no estaba el domingo de vuelta. Y justo cuando estaba a punto de atravesar la salida, recordó aquellas palabras que le había dicho su padre de pequeña: «Vas a llegar a

donde te propongas porque eres una campeona y una luchadora. Y nosotros siempre te vamos a apoyar porque no habrá más orgullo para nosotros que saber que eres feliz. No permitas que nadie corte tus alas, mi pequeña».

Una lágrima recorrió su mejilla, respiró hondo, miró al cielo y dio media vuelta. Volvió a la Academia, a luchar por su sueño, para dedicárselo a sus padres y, sobre todo, para no permitir que una persona como Víctor cortara sus alas.

Víctor

—No estamos hablando de un, permítanme la palabra, «simple» —hizo con sus manos el gesto de entrecomillar— traficante de drogas. Agathon va mucho más allá. Acabo de recibir un informe en el que se detalla que es miembro de un grupo criminal con ámbito de actuación a gran escala, inmerso tanto en actividades relacionadas con el tráfico de drogas como tráfico de armas y blanqueo de capitales.

— Toda una joyita... —comenta Víctor.

—Además —continúa Octavio Torres, haciendo caso omiso del comentario de Víctor—, mantiene negocios con líderes corruptos de otros países, con ex agentes secretos y con la mafia que lidera el tráfico de drogas en el sur de Europa.

Víctor escucha atento las palabras del comisario, quien los ha llamado para que acudieran de inmediato a la comisaría. Parece ser que el tema se va a complicar más de lo previsto, y lo que parecía un grano de arena va a ser todo un desierto.

—Tenemos que volver a empezar de cero. La policía alemana intentó rastrear sus cuentas, pero lo tiene todo bien atado. Utiliza una tarjeta de crédito en España contratada a miles de kilómetros de aquí, en Rietumu Banka, en Letonia. Las últimas operaciones lo sitúan en Mallorca; por lo tanto, tenemos que seguir por ahí.

—Agentes Becker y Martínez, seguirán al mando de la operación. Quiero que se organicen seguimientos para dar con el paradero de Agathon. ¿Entendido?

—Entendido, comisario —Noemí alza la voz, firme.

Víctor asiente con la cabeza.

—¡A trabajar! —El comisario da por zanjada la conversación.

Víctor mira a Noemí y le dedica una sonrisa. Está realmente guapa, a pesar de ese *look* de señorita Rottenmeier. Le apetece volver a trabajar con ella. Las primeras semanas fueron bastante desagradables debido a su comportamiento; sin embargo, sabe que todo ha cambiado, desde ayer. Además, hoy tiene una sorpresa que hará que se derrita por él.

Los dos se quedan en la sala leyendo el informe. Noemí hace algunas anotaciones. Víctor, cuando lo termina, la mira y se ríe, pensando lo aplicada que es. La observa tranquilo, hasta que ella se gira y lo ve mirándola. Víctor percibe cómo se tensa. Él le hace un gesto moviendo su mano de la sien hacia fuera, como un saludo informal. Ella intenta contener la sonrisa y se gira para seguir leyendo el informe. Víctor sabe que está disimulando y, sin dudarlo, se levanta y se dirige hacia ella.

—Hola —le dice, seductor, apoyando las palmas de sus manos encima de la mesa. Tiene la cara muy cerca de la de Noemí, que, al levantar la vista del informe, está a punto de rozar su frente.

—Hola —contesta tímida.

—Parece que vamos a tener bastante trabajo con ese cabrón...

—Sí, eso parece. Tenemos que organizar bien el seguimiento, esta vez no se nos puede escapar. He pensado que podemos... —Noemí comienza a hablar exponiendo las ideas que tiene en mente para llevar a cabo la investigación.

—Espera, espera. No se puede trabajar con el estómago vacío.

—Normalmente, cuando tengo que trabajar, no pienso en comer. —Noemí vuelve a su tono serio—. Lo primero es lo primero.

—Efectivamente, lo primero es lo primero. —Víctor se acerca a ella y la coge de la mano para que se levante.

Ella suspira, tuerce el gesto y, finalmente, encoge los hombros, dándose por vencida, y se levanta.

—Un buen alemán sueña con la comida, disfruta con cualquier manjar en cualquier sitio. Si quieres convencer a un alemán sobre algo y sentarte a negociar, no existe mejor lugar que un buen restaurante.

—Ya estamos con los estereotipos...

—Aquí al lado hay un sitio donde hacen unos *pretzels* buenísimos. —Sonríe sin mostrar los dientes, extendiendo los labios y dejando que sus ojos vivarachos acompañen el gesto.

No percibe respuesta en el rostro de Noemí, pero sabe que el detalle de la comida alemana no ha pasado desapercibido.

Llegan al restaurante, que está cerca de la Puerta del Sol, dando un paseo. Hace buen día y da gusto recorrer las calles de Madrid viendo el ir y venir de una ciudad que no para nunca. Víctor y Noemí charlan de temas sin importancia, comentan algunos locales que conocen por la zona, batallitas vividas con amigos, algún recuerdo bonito y poco más. Víctor está sonriente e intenta que Noemí se una a su estado de ánimo, pero parece que no va a ser fácil. La nota tensa y un pelín distante; de hecho, en una ocasión están a punto de rozar sus manos, Víctor se ve tentado a cogérsela, pero prefiere dar un paso atrás y no agobiarla.

El restaurante es un lugar señorial, con las paredes pintadas de caoba y los techos blancos con dibujos cuadrados de moldura. Las sillas son de madera, con el asiento de terciopelo marrón, las mesas están vestidas con manteles blancos que llegan casi al suelo y presididas por un centro con claveles rojos. Se ven las vigas de madera, mientras unas lamparitas sencillas pero elegantes inundan toda la estancia con su tenue luz.

—Buenas tardes, ¿tienen reserva? —pregunta un camarero en cuanto atraviesan la puerta.

—Buenas tardes, sí, a nombre de Víctor Martínez —responde él, dibujando una media sonrisa en su rostro.

—De acuerdo. —El camarero busca en su agenda el nombre.

—Seguridad no te falta —le susurra Noemí al oído al darse cuenta de que Víctor contaba con su «sí» para comer con él.

—Pueden pasar por aquí. —De manera muy educada, el camarero hace un gesto con el brazo para que los comensales lo sigan hasta el lugar asignado para ellos.

Una vez en la mesa, ambos miran a su alrededor, el local no está muy lleno y simplemente se percibe un ligero murmullo. Víctor está en su salsa; es un conquistador nato y disfruta de estas ocasiones.

—¡Cómo se nota que estamos en un local alemán! —Víctor habla bajito, acercándose a Noemí —. Imagina la escena y, sobre todo, el ruido, si estuviéramos en un bar de tapas.

Le sonrío intentando parecer divertido, siguiendo ese juego con Alemania que cree que a Noemí no le molesta. Se acerca un poco más a ella y con la mano levanta suavemente su mentón, la mira a los ojos y la nota nerviosa e incómoda. Se acerca un poco más, pero percibe como Noemí retira la cara y él se da por vencido. No entiende a qué viene esta actitud.

—Pero, ahora que lo pienso, cuando vais a cervecerías, sí habláis más alto, ¡sobre todo para brindar, eh! —Le guiña un ojo.

—Los alemanes somos educados, no monjitas de la caridad —responde, cortante.

—¡Madre mía! Hablas y sentencias. —Coge la servilleta y se la pone encima de las piernas—. Está bien.

—Tenemos que ver mañana a primera hora el tema de la investigación.

—Disfruta de la comida, mañana será otro día.

—Ya has escuchado al comisario, tenemos que tomárnoslo en serio.

—Siempre me he tomado mi trabajo en serio.

—Lo sé, lo sé —reclama Noemí, tratando de bajar un poco el tono.

El camarero interrumpe la conversación para tomar nota. Noemí pasa toda la comida intentando hablar de la investigación, tanto como Víctor intentando desviar el tema, hasta que, finalmente, se da por vencido y anotan datos importantes en agendas que llevan los dos.

Les sirven los postres y Víctor vuelve a intentar un acercamiento. Mueve su silla más cerca de la de ella y gira su cara suavemente con la mano. La mira a los ojos y le sonríe, intentando descongelar su corazón. Ella muestra una tímida sonrisa, Víctor percibe que quiere olvidarse del mundo, como hizo mientras los aviones sobrevolaban por encima de ellos, pero hay algo que no se lo permite y quiere saber qué es.

—¿Qué pasa, *eis frau*? —El tono de Víctor es cariñoso y comprensivo.

—Tengo que irme. —Noemí fija su atención en una vela de color dorado que hay encima de la mesa y que, instintivamente, la lleva a aquella tarde en el gimnasio de la Academia.

Víctor hace el mismo gesto y la coge por el brazo.

—¡Espera!

—Tengo que irme —vuelve a decir y agita su brazo con mala leche para que Víctor la suelte.

Él la deja marchar mientras ve como sale a toda velocidad del restaurante. No entiende absolutamente nada. La verdad. Se sienta y coge la copa de vino. Da un trago.

—Las mujeres siguen siendo todo un misterio...

Noemí

Después de aquella broma pesada, Noemí no volvió a dirigirle la palabra nunca más. Él a ella, tampoco; quizá por estar avergonzado o quizá, y es lo más posible, por pura indiferencia.

Los últimos meses después de aquel episodio no fueron fáciles para Noemí, pero, cada vez que dudaba, volvía a recordar las palabras de su padre y seguía adelante. Decía que solo hace daño quien puede y no quien quiere. Ese dicho tan popular que, como tantos otros, se equivoca de principio a fin. El ser humano debería tener la capacidad de decidir sobre sus pensamientos, al igual que lo hace sobre sus actos, pero, si obligarse a pensar de cierta forma es complicado, ni que decir tiene hacerlo con los sentimientos.

Golpea el saco con fuerza, siente el sudor recorriendo su cuerpo como ríos de fuego. Se siente frustrada, confusa y triste. El día que salió de la Academia se prometió olvidar a Víctor y así fue. No volvió a pensar en él, una persona así no merecía la pena y Noemí era alguien inteligente. Aunque su corazón le hubiera jugado una mala pasada, todo tenía un límite. Se había terminado. Hasta ahora.

Vuelve a golpear el saco. Tiene miedo de que aquello se vuelva a repetir y que lo que ha vivido hace escasas horas sea otra apuesta o una simple conquista más. Pero ¿cómo no tener miedo cuando su corazón late así junto a él?! ¿Cómo no tener miedo si se ha enamorado de un imbécil que una vez la humilló?!

Recuerda los besos, las caricias, cada mirada, el contacto de su piel y la respuesta de su cuerpo pidiendo más. Hay amores que creemos que están muertos y ni nos acordamos de ellos, hasta que, con el paso del tiempo, un golpe del destino y un pequeño toquecito en el corazón hace que se despierte con ellos y vuelva a latir con mucha más fuerza que en el pasado.

A la mañana siguiente, se levanta más tranquila pero igualmente confusa. No sabe qué hacer con toda esa historia. Le encantaría dejarse llevar, probar cómo sería una relación con él.

—¡Pero qué tonta estoy! —dice en alto mientras termina de vestirse—. La palabra «relación» no creo que exista en su diccionario...

Tiene miedo de volver a sufrir, de que se ría de ella otra vez. Además, no puede entender cómo es posible que no se acuerde de ella. Igual sí sabe quién es y por eso mismo se está comportando así, para rematar lo que hizo años atrás.

Sigue dándole vueltas a la cabeza sin parar, está agobiada y nota una bola apretando su garganta. Le da mucha rabia que una situación de amoríos le esté creando esta angustia. Ella es fuerte y está muy por encima de estas niñatadas. O eso quiere pensar.

Se coloca frente al espejo y con un peine recoge el pelo en un moño bajo. Una vez termina, se moja las manos y las pasa por el pelo para dejarlo bien fijado. Se pone las gafas y se mira al espejo. Esa es ella, una mujer segura de sí misma, y así va a comportarse. Respira profundo, se muerde los labios y se jura no dejar que nadie le haga daño. El sonido del teléfono la saca de sus pensamientos.

—Buenos días, mi niña, ¿cómo estás? Hace días que no sé nada de ti —su tía Anette habla tan cariñosa como siempre.

—Bien, ¿y tú cómo estás?

—Bien, hija, pero cuéntame tú, me has tenido preocupada.

—¿Por qué, tía Anette? Ya sabes cómo es mi trabajo, he estado bastante liada, pero no me olvido ni un segundo de la mujer más bonita del mundo. —Noemí admira y le tiene mucho cariño

a su tía, que nunca la ha dejado sola.

—Lo sé, lo sé... ¡Siempre con el trabajo!

—Tía... No empieces...

—No empiezo, te lo prometo, solo quería preguntarte cuándo tienes vacaciones. Hace meses que no nos vemos.

—Es verdad. —Noemí se siente culpable, quizá debería estar más pendiente de su tía—. Ahora mismo estamos con una investigación muy importante, pero, en cuanto la concluyamos, veo cómo puedo hacer para ir a verte unos días, ¿vale?

—Vaaaaaaaale —se resigna.

—¡Prometido!

—Tranquila, mi niña.

—Tengo que dejarte, tía Anette.

—Trabajo... ¿verdad?

—Sí... —Noemí se promete llamar a su tía más a menudo cuando tenga ratos largos para hablar con ella.

—Un beso muy grande.

—Otro más para ti. Te quiero.

Al llegar a la comisaría, va directa a buscar a Víctor. Lo encuentra rápidamente en la sala que han compartido las últimas semanas. Está concentrado en una documentación y no escucha como la puerta se abre. Noemí se queda un segundo parada cogiendo aire y saca del bolsillo de su pantalón un billete de veinte euros.

—Buenos días. —Víctor levanta la vista de los papeles en cuanto escucha su voz.

—Buenos días. —Le sonrío.

Noemí piensa que este chico no se da nunca por vencido. Es tan innata esa capacidad conquistadora...

—Toma. —Le deja los veinte euros encima de la mesa.

—¿Qué es esto?

—La mitad de la comida de ayer. Si fue más, dime y voy a la taquilla a por la cartera.

—¡No hace falta! Era una invitación. —Se levanta y se acerca a ella—. Pero déjame que te pregunte algo y, por favor, no salgas corriendo.

Noemí levanta los ojos ante su comentario. No le hace ninguna gracia que le recuerde la escenita del restaurante. Precisamente porque no es una mujer pasional y esos actos no son propios en ella.

—Dime. —Noemí tiene el corazón a mil por hora, pero intenta transmitir tranquilidad e indiferencia.

—¿Por qué te fuiste así? No, más bien, ¿por qué te comportaste ayer así?

—¿Así... cómo? —disimula.

—¡Venga! Los dos sabemos de lo que estamos hablando. —Se acerca a ella un poco más y la coge por los brazos—. Después de lo del otro día...

—De eso precisamente quería hablarte. —Da un paso atrás para separarse de él; sabe que, si sigue notando su contacto, no podrá decirle lo que tiene pensado—. Lo del otro día fue un error. Creo que deberíamos olvidarlo.

—¿De verdad quieres olvidarlo? —Vuelve a acercarse a ella.

—Decías que me conocías bien... No creo que deba repetírtelo.

—Por eso mismo no creo tus palabras, ¿no ves que tu cuerpo dice otra cosa? —Vuelve a acercarse a ella y, cuando está a punto de besarla, escucha como alguien gira el pomo de la puerta.

Víctor

Víctor se separa inmediatamente de Noemí al escuchar como la puerta se abre. La sensación de adrenalina recorre su cuerpo cuando ve entrar al comisario. Ha faltado poco para que Octavio Torres los pillara besándose, eso siempre y cuando Noemí no lo hubiera rechazado.

—Buenos días.

—Buenos días —contestan al unísono.

Víctor mira a Noemí, que se ha puesto muy nerviosa, y le hace gracia la situación, ve como se pone recta intentando tranquilizarse y le guiña un ojo. Ella pone cara de desaprobación y eso le hace más gracia todavía.

—Por favor, necesito que vengan a mi despacho —pide el comisario.

Ambos asienten con la cabeza, Víctor recoge los documentos que tenía en la mesa y siguen al comisario. Octavio Torres no está de buen humor y no se molesta en disimularlo. Se acomoda en su butaca y el sonido de la dificultad de su respiración retumba en la estancia. Víctor y Noemí se sientan al otro lado de la mesa; él, despreocupado; Noemí, tensa ante la presencia de un superior.

—No soy imbécil y veo que entre ustedes hay mucha... —se queda pensativo— ¿química?

Noemí y Víctor permanecen en silencio y, justo cuando ella está a punto de hablar, el comisario hace un gesto con la mano pidiendo que se calle y continúa hablando.

—Me da igual lo que hagan por las noches, pero aquí se viene a trabajar. ¡Esto no es una discoteca!

—Disculpe, comisario, pero se equivoca —Noemí mide sus palabras al milímetro. Seguramente es la primera vez que le lleva la contraria a un superior y no debe de ser fácil para ella, pero su profesionalidad está por encima.

—No, no me equivoco, agente Becker. Pero no es mi problema, ya le digo que pueden irse a la cama con quien les dé la gana.

—No le consiento... —Víctor se incorpora de mal humor ante la falta de respeto del comisario.

—Usted a mí no me consiente ni me deja de consentir nada —sube el tono de voz— y ya vale de gilipolleces. Espero que tengan algo nuevo sobre Agathon porque son ustedes los encargados de la investigación, no yo.

—Agathon está utilizando ocho teléfonos distintos y acabamos de recibir la autorización para pincharlos —contesta Víctor, respirando profundo para intentar contener las ganas de levantarse y plantarle un puñetazo en toda la cara.

—Muy bien —asiente.

—También nos han confirmado desde Alemania la dirección de su casa en Mallorca. Justo antes de que entrara en la sala, estábamos organizando el viaje para colocar micrófonos en el domicilio.

Víctor se sorprende de lo que está contando Noemí, porque él no tenía ni idea. Pero entre los dos se han coordinado bien para dejarle claro al comisario que no son jovencitos de institutos enredados en amoríos. Aunque a Víctor le encante imaginarlo.

—Está bien. —El comisario se tranquiliza—. Quería comentarles también que se va a incorporar una agente. —Escuchan como alguien llama a la puerta—. Justo debe de ser ella. Adelante.

Al otro lado de la puerta aparece una mujer morena, alta, delgada, con los ojos marrones y el

pelo suelto, con la raya al medio y la melena cayendo por debajo de los hombros. Viste con traje de chaqueta azul marino y camisa blanca.

—Buenos días. —Entra en la sala decidida.

—Buenos días. —Víctor y Noemí se levantan para recibirla y le estrechan la mano.

—Les presento a la agente Claudia Serra, tiene amplia experiencia en investigación de tráfico de armas y va a ser de gran ayuda.

—No se moleste —Víctor se dirige a ella en tono educado aunque dubitativo—, pero ¿vamos a dirigir la investigación entre los tres? —le pregunta al comisario extrañado.

—No, la investigación seguirá a su cargo, pero quiero que cuenten con la agente Serra para todo lo que les pueda ayudar respecto al tráfico de armas.

—Por supuesto, bienvenida —contesta Noemí mostrándole una tímida sonrisa.

—Me alegra escuchar que trabajaremos juntos. —Víctor se ha despreocupado al saber que no se va a meter más de lo que ellos quieran en la investigación y ahora muestra ese tono seductor tan característico.

—Será un placer —responde ella mostrando una sonrisa de oreja a oreja que a Víctor le parece realmente atractiva.

—Bien, ¡a trabajar entonces!

El comisario da por zanjada la conversación y la agente Serra les da su número de teléfono para mantenerse en contacto. Los tres se emplazan a una reunión para poner al tanto a la recién llegada de sus investigaciones.

Una vez salen del despacho del comisario, Víctor y Noemí caminan juntos en dirección a la sala en la que estaban. Él se acerca ligeramente a ella y, mirando hacia adelante, comienza a hablarle en susurros.

—Hemos dejado algo pendiente —dice refiriéndose al beso que han estado a punto de darse.

—Mejor —contesta ella, cortante.

—Te reto. —Se para y se pone delante de ella.

—¿Me retas? —Noemí levanta las cejas sorprendida.

—Eso he dicho.

—¿Y se puede saber a qué?

—Alemania es el paraíso de la cerveza. —Noemí se queja con un gesto, pero Víctor le hace otro para que le deje seguir hablando—. Un alemán puede volverte loco hablando de cerveza, ya que tienen el récord mundial en dictados de cerveza por minuto.

—Parece que has ido a Google y has sacado un listado de estereotipos alemanes...

—Efectivamente —le guiña un ojo—, y también he leído que un alemán nunca rechaza la invitación a una cerveza porque está mal visto.

—Muy listo, sí, señor. Solo has fallado en una cosa.

—Soy todo oídos.

—Los estereotipos son percepciones exageradas y simplificadas.

Víctor abre una puerta que está a su derecha y coge a Noemí del brazo para que entre con él. Es una sala con una luz tenue donde suelen visualizar pruebas de vídeo. La luz está apagada y solo se ven pequeñas motitas de polvo cayendo por las rendijas de los estores. Víctor cierra la puerta y apoya a Noemí en ella, echa el pestillo y se acerca a sus labios. Nota el calor que desprenden y todo su cuerpo responde. Tiene ganas de más, de mucho más, de perderse en ella y saciar su boca hasta quedarse sin aliento.

—¿Cumples todas las reglas a la perfección y ahora quieres saltarte las típicas de los alemanes? —Se acerca más a sus labios y nota como el pecho de ella sube y baja excitado—.

Estaba deseando tenerte así... A esto me refería... —le acaricia el rostro con la palma de la mano y pasea sus dedos por encima de los labios— cuando te decía que tu cuerpo me dice otra cosa. Creo que soy más alemán que tú... Yo no puedo rechazar una buena cerveza fresquita... Sin embargo, ahora hay algo que me apetece muchísimo más... —Siente como la temperatura de su cuerpo sube y un cosquilleo en su zona genital le pide que lo haga ya.

Víctor nota la respiración entrecortada de Noemí, que abre ligeramente la boca ansiando ese beso que no acaba de llegar. Él se acerca más a ella y comienza a rozar sus labios con los suyos, sintiendo como arden ante el contacto, como se acarician, como piden más, como todos sus sentidos están puestos en ese beso.

Noemí

No sabe si puede pararlo, si debe e, incluso, y lo peor, si quiere hacerlo. Hace escasos minutos estaba con Víctor apoyada sobre la puerta de la sala mientras su rostro se iluminaba con algún reflejo proveniente de los agujeros que quedaban en la persiana. Ese contacto, esa cercanía, esa manera de sentirse atrapada bajo la musculatura de su cuerpo le atrae tanto que una fuerza superior a ella le impide ponerle freno.

Siente que está perdiendo el control de sí misma y es algo que no le agrada, pero a la vez le hace sentirse viva, con ganas de comerse el mundo, de olvidarse de lo que le hace daño y atreverse a disfrutar. Sin embargo, le da miedo y se pregunta si sería igual si la persona de la que se ha enamorado no fuera Víctor.

Mira el reloj; en cinco minutos ha quedado con él y con la agente Serra para continuar con la investigación y no sabe si podrá hacerlo, si podrá dejar de mirar ese maldito hoyuelo y si su cabeza conseguirá dejar de recordar cada beso. Con solo pensarlo, su cuerpo se pone en tensión y su piel se eriza. Siente un cosquilleo en el estómago y una tímida sonrisa se dibuja en su rostro.

—Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad y la gente cambia... —se repite una y otra vez bajito, con la única intención de atreverse a vivir.

Justo cuando está llegando a la sala donde han quedado, ve a través del cristal como Víctor sonríe a Claudia y esta le devuelve el gesto, se toca el pelo y gira la cabeza. Un calor muy intenso recorre el cuerpo de Noemí, que siente que su pecho está atado con una cuerda imposible de romper y que es capaz de llegar a quitarle la respiración. No le gusta nada lo que está viendo porque sabe perfectamente lo que significa.

Mira a Claudia y la ve tan perfecta, con esa sonrisa de película y tan sensual... Se parece muchísimo a Sandra Bullock. Sabe que antes le ha seguido el juegucito a Víctor quizá para marcar su terreno, para que no fijara los ojos en la otra agente. Pero eso le ha llevado a sentir otra vez esa necesidad de él. Niega con la cabeza y respira profundamente.

—Buenas tardes. —Entra.

—Buenas tardes. —Parece que hasta se han puesto de acuerdo para contestar, y eso enerva más a Noemí todavía.

—¿Te encuentras bien? —Claudia se interesa por ella.

—Perfectamente —vuelve a aparecer ese tono cortante.

Pasan varias horas estudiando documentación, se centran especialmente en poner a Claudia al día de sus investigaciones, y ella aporta datos importantes de su experiencia sobre el tráfico de armas. Organizan el viaje a Mallorca. Saldrán mañana mismo y lo harán solo Noemí y Víctor, Claudia no viajará con ellos.

—Seguiré avanzando desde aquí con la información que me habéis dado y cualquier cosa... os aviso de inmediato —añade.

Noemí se fija en ella, es una mujer muy profesional, pero que no deja de tener encanto a pesar de estar hablando de armas, drogas y secuestros. Nota como Víctor la observa ensimismado cuando les explica algo nuevo y eso le da una rabia que la recome por dentro.

—De acuerdo, seguimos en contacto entonces. Que tengáis buen viaje —termina la frase con una sonrisa amplia que muestra su dentadura blanca perfecta.

—Gracias —Noemí responde amable pero sin sonreír.

—Ha sido un placer. —Víctor se acerca a ella y le tiende la mano seductor.

Noemí observa la escena y ve como ella se la estrecha y vuelve a hacer gala de esa sonrisa. Asiente con la cabeza y se va, dejando a Noemí y Víctor solos, en silencio, sumidos en sus pensamientos mientras ordenan en carpetas la documentación con la que han estado trabajando.

—Teníamos algo pendiente, ¿no? —Víctor se acerca a Noemí y recorre con su mano la espalda de ella.

—No.

—Bueno... ¡Ya estamos otra vez! —Niega con la cabeza y, cabreado, sale dando un portazo.

Acostumbrada a la insistencia de Víctor, a Noemí le molesta que se vaya sin más, pero, claro, ahora ya tiene una nueva conquista, no va a molestarse en complicarse la vida. Tarda un segundo en darse cuenta.

—¡Qué mierda! ¡Qué ganas tengo de que acabe todo esto! No lo aguanto más. —Se deja caer en una silla y, justo cuando una lágrima está a punto de asomar, pasa la mano con rabia por su mejilla.

Se levanta, se estira la camisa, yergue su cuello y, con un profundo suspiro, pone rumbo a su casa, deseando que sea mañana, seguir con la investigación y terminarla para que acabe esta locura.

Minutos después, sube las escaleras que llevan a su casa, un poco más tranquila. Mira hacia el suelo, pensativa, hasta que ve a alguien sentado en el último escalón. Sube la vista a través de su cuerpo y lo ve. Ahí está Víctor, mirándola de esa manera que atraviesa su alma. Es el hombre más atractivo y masculino sobre la faz de la tierra, está segura de ello. La escena que tiene delante es propia de un catálogo de El Corte Inglés: sentado, con las piernas entreabiertas, los vaqueros desgastados, una camiseta blanca que marca su torso, una sudadera con gorro gris y esa cazadora de cuero negra... Sube un poco más la vista y se fija en su hoyuelo, en las pequeñas arruguitas que forma a su alrededor con esa media sonrisa y en esos ojos con mirada intensa...

—Hola, *eis frau*. —Su tono es sereno, le pide calma.

—No sé qué haces aquí. —Noemí piensa en la escenita que ha visto con Claudia para llenarse de rabia de nuevo y tener el valor que necesita para pedirle que se vaya.

—Necesitamos hablar y creo que en comisaría no te sientes a gusto...

—¡Hombre! Como comprenderás, voy a trabajar, no a hacer tonterías. —Sigue subiendo peldaños e intenta esquivar a Víctor.

—¿Para ti esto es una tontería? —Se levanta y se pone frente a ella.

—¿Y para ti? —Noemí sube el tono y se enfrenta a él, retándole con la mirada—. ¿Qué es esto para ti?

Víctor se queda callado. Ella niega con la cabeza y lo deja detrás cuando nota como su mano la coge por el brazo y la gira.

—*Eis frau* —vuelve a repetir en ese tono que se clava en lo más profundo de Noemí.

—¡Déjate de gilipolleces! ¡Estoy harta del *eis frau*, de los estereotipos, de que me busques cuando te estoy rechazando —sube el tono de voz.

—No me estás rechazando, por eso te busco. —Él se altera también.

—Por favor, no grites, no quiero molestar a los vecinos.

—Siempre igual, siempre perfecta, no quieres molestar a los vecinos... ¡Madre mía! ¡No pasa nada! ¿Acaso gritas en el rellano todos los días? —levanta más el tono de voz.

—¡No! Ni pienso hacerlo hoy —ella habla en susurros—, más que nada porque a nadie le interesa mi vida.

—¿Seguro? —baja el tono y se calma—. Estoy seguro de que muchos de tus vecinos se morirían por un enfrentamiento acalorado conmigo. —Se acerca a ella despacio—. Que termine

con un beso apasionado —le habla muy cerca de los labios.

—Vete. —Noemí nota como su cuerpo vuelve a jugarle una mala pasada y tiene que luchar contra él para no dejarse llevar.

—No quiero irme y tú tampoco quieres que me vaya.

Víctor le quita a Noemí las llaves de las manos y abre rápidamente la puerta. La coge de la mano y entra con ella. Ella sigue sus pasos y, cuando cierra la puerta, se suelta de su mano.

—Mira, esto, sea lo que sea esta barbaridad, se acabó. —Estira el cuello y pasa las manos por el pelo, comprobando que cada uno esté en su lugar.

—No te entiendo... ¡Te juro que es imposible! En mi vida he conocido a una mujer como tú...

—¡Pues eso sí que es difícil! —Se encara—. ¿Con cuántas has estado?

—¿Acaso eso te importa mucho?

—¡Me importa que me metas en una sala, cierres la puerta, me beses como si no hubiera un mañana y a los diez minutos estés ligando con otra! —La rabia recorre todo su cuerpo.

—¿En serio? —Víctor se ríe.

Noemí niega con la cabeza al ver la gracia que le hace el tema. No puede creer que sea así. Se dirige a la puerta de nuevo y la abre, invitándole a irse. Él va rápido hacia ella, pero, en vez de cruzar el umbral, la cierra con fuerza, se gira y coge a Noemí por la cintura para acercarla a él.

—¿Has dicho que beso como si no hubiera un mañana? —Se acerca a sus labios y Noemí siente como empiezan a quemar.

—Por favor, vete —pide ella en tono de súplica.

—Antes tengo que decirte un par de cosas. La primera es que no he ligado con Claudia. No tiene... ¡chispa! Y la segunda es que he estado con varias mujeres, no te lo voy a negar, pero ahora estoy contigo, con la más difícil de todas y es aquí donde quiero estar.

Coge las manos de Noemí y las besa despacio, sin dejar de mirar esos ojos verdes. Ella se acerca más a él y le da pequeños besos en la mejilla, acercándose a su oído.

—¿Por qué nunca me haces caso? —le dice muy bajito, mientras él besa el lóbulo de su oreja lentamente—. Te he pedido que te fueras.

—No me voy a ir.

Víctor pasa sus manos por detrás del cuello de Noemí. Con el dedo pulgar le acaricia la mejilla y, poco a poco, se va acercando a sus labios hasta posarlos en los de ella. Moviéndolos despacio, disfrutando del beso, saboreando ese instante que Noemí pide que sea eterno, que se quede en ella para siempre, como esas sensaciones que no queremos olvidar, como esos sueños que intentamos revivir, como ese sentimiento que se agarra en lo más profundo de nuestro pecho.

De la boca desciende a su cuello, dejando suaves besos sobre su piel, mientras Noemí cierra los ojos y se pierde en el calor que despierta Víctor en todo su cuerpo. Debe de ser algo parecido a volar, a que alguien corte tus cadenas y te invite a vivir.

Ella pasa la mano por el cuello de él, lo besa con calma y a la vez con ansia, con necesidad de más. Víctor desabrocha despacio uno a uno los botones de su camisa, mirando con dulzura los ojos verdes más bonitos que ha visto en su vida. Ella le quita la cazadora y baja poco a poco la cremallera de la sudadera sin dejar de mirarlo. Deja que sus manos sigan y le quita la camiseta poco a poco, sin dejar de mirarlo, analizando cada uno de los centímetros de su piel que van quedando desnudos. Acaricia con sus dedos el torso de Víctor, tiene pequeñas elevaciones, como un desierto en el que empieza a sentir mucha sed, muchas ganas de él y, sin pausa, lo besa con deseo y determinación, como nunca antes ha besado a nadie.

Él le devuelve el beso y con rapidez la despoja de los pantalones. Ella hace lo mismo y, a los pocos segundos, Víctor la coge con fuerza por los muslos, Noemí nota como sus brazos se hinchan

y ella los aprieta con desesperación, mientras siente el frío de la pared en su espalda.

Su cuerpo es una explosión de sensaciones. Las físicas son extremas; las emocionales, intensas. Se pierde en cada caricia, en el contacto con su piel, en cada embestida, en cada jadeo a su oído, en el sabor dulce del sexo.

Víctor

Suena el despertador y Víctor va abandonando poco a poco el sueño. Se gira a un lado de la cama, estira las piernas y nota el frío de las sábanas. Si Noemí se hubiera quedado a dormir con él, seguramente el amanecer habría sido bastante diferente. Una mueca de pillería se instala en su rostro.

Después de acostarse, Noemí le pidió a Víctor que se marchara. Él aceptó su petición resignado pero sin insistir. Sabe que a la alemana le cuesta abrirse y lo de esa noche ya había sido demasiado para ella. ¡Y para él! Hacía tiempo que no estaba con una mujer tan, tan... Víctor no sabe ni cómo describirla. Noemí es hermética y al mismo tiempo le parece un libro abierto con miles de páginas por leer, para viajar por ellas y experimentar sensaciones diferentes. Es una mujer preciosa, tan segura de sí misma y tan insegura al mismo tiempo. Con tantas ganas de comerse el mundo y siendo tan poco consciente de ello.

Víctor sigue en la cama pensando en ella, en que ha tenido que sufrir mucho para comportarse así. Le gustaría tanto entrar dentro de su cabeza y entender qué le ha hecho llegar a ser tan dura...

El despertador vuelve a la carga, recordándole que es hora de despertarse. Mira el reloj, tiene que darse prisa si no quiere perder el vuelo. Se levanta de un respingo y, con ganas, se mete en la ducha. Siente la adrenalina a mil por hora al centrarse en su viaje a Mallorca. Sabe que es la oportunidad de detener a Agathon y esta vez no se les puede escapar.

Al terminar el baño, se anuda una toalla a la cintura y pasea su torso desnudo por toda la casa. Se prepara un café y vuelve a pensar en ella. En esos ojos verdes, en ese comportamiento frío cuando a él le hace sentir tanto calor. Coge el móvil y le escribe un Whatsapp.

«Buenos días, eis frau. ¿Preparada para nuestras primeras vacaciones juntos? ;-))».

Enviar. Sabe que es muy probable que no le conteste... Pero no le preocupa, sabe cómo es ella y cómo es él. ¡Cuanto más difícil, más interesante!

Una hora después, llega al aeropuerto tirando de una maleta pequeña. Viste unos vaqueros desgastados, una sudadera negra y su inseparable cazadora de cuero. Por supuesto, las gafas de aviador le ponen la guinda al *look* de chico malo y atractivo hasta decir basta. Busca el control de seguridad, que es donde ha quedado con Noemí, mira su reloj —va un poco justo— y teme que, cuando llegue, ella le eche un buen rapapolvo. Camina por la Terminal 1 mirando los carteles cuando, de pronto, se da un tremendo golpe con alguien.

—¡Perdón! —Una chica jovencita con el pelo rubio rizado y los labios pintados de rojo lo mira desde el suelo.

—¡No! ¡Perdona tú! —Víctor se agacha para ayudarle a levantarse—. Voy mirando los carteles y no te había visto.

—No te preocupes, aquí vamos todos con mucha prisa. —Le sonrío, mostrando una dentadura perfecta.

—Y la vida es demasiado bonita para vivirla tan deprisa, ¿verdad?

—¡Y tanto! Soy Valentina —Le muestra la mano para saludarlo.

—Víctor. —Se la estrecha—. Si no tuviera que volar ahora mismo, te invitaría a un café, pero me temo que no puedo pararme más.

—No te preocupes. Si la vida nos vuelve a juntar, ya no tendré que hacerme la encontradiza.
—Y, ni corta ni perezosa, le guiña un ojo, dejándolo petrificado.

¡Había caído en la trampa como un tonto! Mira que él había hecho lo del «choque fortuito» alguna que otra vez... Y ahora se la habían colado. Niega con la cabeza riéndose y ve un reloj que marca las diez de la mañana. ¡Mierda! Coge su maleta y camina a toda velocidad hasta que por fin llega al control de seguridad. ¡Ha sido fácil! ¡Menos mal que no es la Terminal 4!

Ahí está Noemí, moviendo la pierna, intranquila. Seguro que está de los nervios por la hora que es. Víctor se acerca a ella y le da un beso suave en la mejilla.

—Buenos días, preciosa. —Le sonrío.

—Buenos días —contesta ella, mostrándose tímida.

—¡Bueno! Nos vamos, ¿no?

—Sí...

—¡Ya! ¡Ya lo sé! ¡Es tarde! No perdamos más tiempo entonces. —Le pasa una mano por encima de los hombros y entra junto a ella por los pasillitos que los llevan hacia el control.

Una vez sentados en el avión, Víctor ve por el rabillo del ojo que Noemí lo está mirando disimuladamente mientras aprieta su cinturón y prueba varias veces para asegurarse de que está bien puesto. Víctor tiene pánico a volar y cada vez que lo hace lo pasa realmente mal, pero hoy no es día de demostrarlo. Tiene que ser valiente y fuerte, sino perdería todo su *sex appeal*. Pero desde que ha puesto el pie en el avión un ligero nerviosismo se ha apoderado de él.

—¡Listo! —Intenta parecer despreocupado.

—Si tuviéramos un accidente de avión, créeme que el cinturón no te iba a salvar la vida, así que no te preocupes por apretarlo tanto. —A Víctor le encantaría que eso fuera una broma para reírse de él, pero no, el tono de Noemí no es de cachondeo, ella es así...

—Hay algo bonito en todo esto... Si morimos, lo haremos juntos y cogidos de la mano. —Le tiende la palma de la mano.

Ella la coge y le muestra una tímida sonrisa.

El avión comienza a moverse y Víctor apoya la cabeza en el asiento. Mira al frente y respira profundamente. Conoce a la perfección los consejos para superar la aerofobia y los repite en su cabeza. Tomárselo con calma, acomodarse y pensar en algo bonito. A su cabeza vienen imágenes de la noche que ha pasado con Noemí y una sonrisa se dibuja en su rostro al pensar en ella, en esa forma de ser que le atrae como un imán, en sus labios recorriendo su cuerpo, en esa mirada intensa clavándose en él. ¿Cómo es posible que, mostrándose tan tímida hoy, ayer fuera tan segura de sí misma? ¡Es una mujer muy compleja!

El avión acelera la velocidad por la pista y Víctor sabe que le queda muy poco para alzar el vuelo. Es el momento en el que peor lo pasa... Dios mío, el avión empieza a elevarse y Víctor nota esa sensación que sube por la boca de su estómago a la misma velocidad que asciende el avión. El pánico se apodera de él, creyendo que se va a caer en cualquier momento. ¿Cómo es posible que un cacharro tan pesado pueda volar? Cierra los ojos y tensa todo su cuerpo cuando nota que una mano aprieta con fuerza la suya. Un escalofrío lo recorre desde los pies hasta el último pelo de su cabeza. Le devuelve el gesto y nota esa sensación otra vez. Es diferente.

Dos horas después, salen del aeropuerto de Palma de Mallorca y el olor a mar inunda sus fosas nasales. Víctor inspira, llenando sus pulmones mientras la brisa marina roza su rostro.

—Podría quedarme a vivir aquí.

Noemí

Víctor conduce el Citroën C4 negro que han alquilado a título personal. Las órdenes son claras: Agathon tiene contactos en cualquier parte de Mallorca y nadie, absolutamente nadie, puede saber que son policías. Al llegar al hotel se registraron como si fueran una pareja de enamorados dispuesta a pasar unos días de amor en el paraíso. A Víctor le extrañó que Noemí no pusiera pegatas... Sin embargo, rápidamente cayó en la cuenta de que era una orden y eso para ella es indiscutible.

Noemí se mueve intranquila en el asiento de copiloto con esa pinta extraña que a Víctor le hace tanta gracia.

—¡Estás estupenda! —bromea.

—No me hace gracia... En mi vida me he puesto así... ¡No sé ni lo que parezco!

—Una agente inmobiliaria, lo que tienes que parecer.

—Sí... Pero con un cartel en la frente de «busco sexo».

—Ya sabemos cómo es Agathon... Pero tranquila —Víctor posa su mano en la pierna de Noemí—, yo estaré aquí atento a todo.

Noemí mira al frente y suspira, negando con la cabeza. Lleva un traje de falda y americana azul clarito acompañado de un bolso y zapatos de tacón de aguja de color beis. Lo que sería muy recatado si la falda le dejara respirar, su corte estuviera más cerca de las rodillas que de los muslos y no le acompañara una camisita de tirantes lencera que asoma por debajo de la solapa de la americana de forma nada sutil. Y eso no es nada si lo comparamos con el maquillaje, los ojos ahumados en tonos marrones bastante oscuros y los labios de un rojo sugerente. Sin olvidar las gafas de sol de tamaño XXL que le confieren un aspecto más elegante.

Entre la parte occidental de Mallorca y junto a la sierra de Tramontana se encuentra Calviá, la localidad en la que Agathon tiene su mansión, desde la que dirige todas sus operaciones. Un lugar de ensueño bañado por playas de arena blanca con agua cristalina y una gratificante sensación de calma, presidida por la firmeza rocosa de la sierra.

Víctor y Noemí pasan por delante del puerto, que está atestado de yates y embarcaciones de lujo. Ella inspira y por un momento olvida lo que han ido a hacer allí. La brisa del mar entra en el coche y acaricia su rostro, produciéndole bienestar, inventando un viaje diferente junto a la persona con la que soñó tantas veces.

—Te dije que me quedaría a vivir aquí... No me equivocaba. —Víctor rompe sus pensamientos.

—No sé si con tu sueldo podrías permitírtelo... —Otra de sus perlitas sin tono de burla por ningún lado.

—¡De verdad que cuando hablas sube el pan! ¿Tienes preparada una lista de comentarios desagradables para soltar en cuanto encuentras oportunidad o de verdad te sale solo?

Noemí sube los ojos y niega con la cabeza, haciendo caso omiso del comentario.

—¡No! Es que te juro que es algo extraordinario. ¡Tienes un don! ¿No has pensado en ir a algún programa o presentarte al Récord Guinness?

Ella lo mira, le sonríe falsamente apretando sus labios y sigue sin decir nada. Aunque por dentro tiene unas ganas tremendas de decirle que él es la persona que le hace tener esa capacidad extraordinaria.

—Debe de ser ahí. —Noemí mira los papeles que lleva encima de las piernas y señala una

valla que queda a pocos metros de donde están.

La casa no se ve. Son varios metros de un muro con pequeñas trazas marrones, como si estuviera construido con láminas finas, unas encima de otras, con diferentes tonos de marrón y ocre formando una construcción que, a pesar de las mansiones que han visto hasta llegar a esta, destaca entre las demás. Una gran puerta, también marrón, es el acceso a la mansión. Noemí siente un cosquilleo nervioso en su estómago.

—Ha llegado la hora. —Se mueve inquieta en el asiento.

El coche se detiene unos metros atrás para que las cámaras, que recorren la valla, no puedan captarlo. Víctor se gira y la mira con esos ojos y esa sonrisa tranquilizadora que le hace parecer al mundo que nada es lo suficientemente grave como para no sonreír. A Noemí le gusta tanto esa facilidad para ser feliz que lo admira. Recorre su rostro con la mirada y se olvida de dónde están, se acerca a él y despacio besa sus labios, sintiendo el calor que le traspasa hasta llegar a acariciar todo su cuerpo, dándole pequeños toquitos a su corazón. Se separa y mira sus ojos, esos que le hacen sentir en casa. No sabe si será la luz de Mallorca, pero lo ve más guapo que nunca, tan moreno, tan masculino, tan Víctor....

—Tranquila, todo va a ir bien.

Víctor pasa una mano por detrás de la cabeza de Noemí, acariciando su pelo hasta situarla en su nuca. Le vuelve a sonreír y muestra ese hoyuelo.

—No me voy a mover de aquí, a la mínima muestra de que te ha descubierto me das la señal y entro a por tí.

—Esto es una locura... Por mucho que entraras a por mí tendrá mil hombres armados ahí dentro... No sé qué íbamos a hacer tú y yo solos...

—¡Somos polis! —Le guiña un ojo—. De todas formas, no va a ser necesario. Eres la mejor y no te va a descubrir. —Le da un beso suave en los labios.

—Allá voy. —Respira profundamente y sale del coche.

Se estira el traje y, con paso decidido, se va acercando a la puerta, sintiendo la presión de las cámaras que, imagina, ya habrán captado su presencia.

Al llegar a la puerta llama a un telefonillo, que, por supuesto, también tiene una cámara, y espera paciente a que alguien responda.

—¿Sí?

—Buenos días, soy Angélica Goldem, vengo de la agencia inmobiliaria.

—Un momento, por favor.

Noemí escucha como cuelgan el telefonillo e intenta mostrarse tranquila y paciente para que sus nervios no le jueguen una mala pasada. Seguramente, estará siendo observada al milímetro. Escucha que descuelgan el telefonillo de nuevo.

—Disculpe.

—¿Sí?

—Disculpe —repite—, pero no tengo constancia de su visita. Tendrá que volver otro día. —El hombre que le habla al otro lado muestra un tono cortante.

—Sí, lo sé. Me comentaron en la agencia que no habían avisado de mi visita, pero que al decir mi nombre no habría problema porque el dueño sabe quién soy. —Sabe la tremenda tontería que significa lo que está diciendo, pero tiene que intentarlo.

—Un segundo. —Vuelve a colgar.

Está siendo complicado entrar en la casa... Pero es normal, ¡a quién se le va a ocurrir dejar entrar a alguien así porque sí a ese lugar! El ruidito al otro lado del telefonillo le avisa de que el hombre ha vuelto.

—Lo siento mucho, señora, pero no va a poder ser. Tendrán que informar de su visita la próxima vez y no habrá problema para que pueda recibirla.

—¡Vaya! Espero que no le cause ningún problema no haberme dejado pasar, como le decía, el dueño sabe quién soy y...

De pronto un gran Porsche negro llega a la puerta. Noemí se gira y lo ve al volante, es inconfundible. Rubio, glamuroso... Es Agathon, que baja la ventanilla visiblemente interesado en la mujer que hay en su puerta. Noemí no desaprovecha la oportunidad y, antes de que él le diga nada, se acerca moviendo sus caderas hacia el coche. Lo tiene delante de ella y siente la adrenalina recorriendo todo su cuerpo. Está nerviosa, pero hace acopio de su valentía y, ni corta ni perezosa, le habla con tranquilidad.

—Buenos días. —Muestra una sonrisa de lado a lado, insinuante.

—Buenos días, ¿hay algún problema? —Agathon no confía y prefiere ser cauto.

—¡No, ninguno! Vengo de la agencia inmobiliaria y parece ser que, si no se solicita una visita, no pueden atenderme. Me habían dicho que el dueño —Noemí disimula haciendo que no sabe quién es él— no pondría problema al decirle quién soy, ya que le han hablado en la agencia de mí.

Sabe que es un órdago tremendo... ¡pero tiene que jugarlo! Ya ha habido una llamada previa para informar de su visita, toda la operación está perfectamente calculada. Sin embargo, Agathon no es tonto y podría no fiarse.

—¿Cuál es su nombre?

—Angélica Goldem, encantada de saludarle. —Noemí muestra su mano y espera paciente a que Agathon se la estreche. Sonríe y se mantiene erguida.

—Por favor, no sigamos hablando en la calle... Suba.

Noemí asiente satisfecha y, con paso firme, rodea el coche hasta sentarse en el asiento del copiloto. Nota como su falda se sube un poco más y aprieta sus muslos. Agathon también lo nota y, de reojo, posa su vista en sus piernas. Noemí se siente incómoda, pero aguanta el envite. Está claro que, si le va a abrir las puertas de su casa, no ha sido por su interés en lo que pueda contarle como agente inmobiliaria.

Agathon acciona un mando y la gran puerta se desliza a un lado, dejando paso a una entrada franqueada por guardias de seguridad. Recorren unos pocos metros y ante ella ve una construcción majestuosa de color blanco, con ventanas rectangulares y líneas rectas. Nunca en toda su vida había visto una casa así y no puede evitar pensar en la cantidad de delitos que ha cometido y sigue cometiendo para vivir a todo lujo.

Aparca en un lateral y se quita las gafas de sol, dejando al descubierto unos ojos azules, parecidos al turquesa que baña las playas de Calviá. Es un hombre muy corpulento, el traje le aprieta bastante en los brazos, que deben de estar trabajados a conciencia.

—Por favor, acompáñeme.

Noemí sabe perfectamente que su papel de ejecutiva *sexy* ha sido lo que le ha abierto las puertas con Agathon, a ver cómo hace ahora para colocar los micros...

Juntos, entran en la casa, que tiene un recibidor abierto frente al que hay unas escaleras con una barandilla blanca. No puede ver mucho más porque directamente la conduce hacia la izquierda, donde hay un gran salón con un enorme sofá blanco, una mesa de cristal en el medio, cortinas blancas y una franja luminosa morada encima de las grandes cristaleras que dan paso a un jardín presidido por una piscina que no alcanza a ver al completo. Un aroma a perfume caro inunda la sala, algo que no había notado cuando estaba en el coche con él. Probablemente será un ambientador carísimo.

—Tiene una casa preciosa.

—Muchas gracias.

Agathon se acerca al mueble bar y sirve dos vasos con hielo. Abre un armarito de cristal y saca una botella que Noemí reconoce perfectamente; Jägermeister, una de las bebidas preferidas de los alemanes.

Victor

Victor escucha desde el coche la conversación y percibe el tono de seducción que Agathon interpreta desde que Noemí subió al coche. Está nervioso, saca un cigarrillo, que encuentra en el bolsillo interno de la cazadora. Hace días que no fuma; había decidido dejarlo, pero está tan nervioso que necesita calmar la ansiedad. Acciona el mechero del coche y enciende el cigarro aspirando con ansia, hasta llenar sus pulmones de humo. La tos le recuerda que se supone que ya no es fumador.

—¡Mierda! Si por esto lo dejé... ¡Qué puto asco!

Inmediatamente tira el cigarrillo por la ventana.

—Venga, siéntese a mi lado. —Escucha la invitación lejana de Agathon.

Pasan los segundos sin que ninguno de los dos diga nada, pero el sonido de los tacones confirma sus temores. Al momento, vuelve a escuchar la voz del traficante, pero, en este caso, mucho más cerca.

—Y dígame, ¿de qué agencia venía?

—Goldem.

—Por lo que imagino, es suya.

—De mis padres. —Victor percibe el tono serio y cortante de Noemí, aunque nota cierta amabilidad que no suele mostrar con él.

No le gusta nada lo que está escuchando, pero sabe que debe ser coherente, ya que Noemí se estará comportando así para mantener a Agathon a raya, intentar que confíe en ella y sacar toda la información posible.

—Por lo que veo, usted también es un hombre de negocios. —Ahora ha cambiado el tono y hace gala de un interés visible en la cuenta corriente de su acompañante.

—Bueno... Podría decirse así...

—Bien, ese es el motivo por el que estoy aquí. No somos una agencia inmobiliaria al uso, en nuestro caso contactamos con propietarios de grandes mansiones para ofrecerles hacer negocio con ellas.

—Muy interesante.

—Me alegra que se lo parezca. De esa manera, puedo explicarle los detalles de nuestra forma de trabajar...

Victor deja escapar una tímida sonrisa.

—¡Es buena! ¡Es muy buena, joder!

Al escuchar su propia voz, se da cuenta de que no debería hablar en alto. Pero es que le encanta la forma que tiene Noemí de trabajar. Es segura de sí misma y tiene una imaginación desbordante. Seguramente, el tío ese le estará dando un asco de mucho cuidado y está aguantando, haciendo caso omiso a sus insinuaciones, pero dejando una pequeña puerta abierta para que él se vaya confiando poco a poco.

—Sintiéndolo mucho, señorita —Agathon resalta la última palabra—, no tengo intención de poner a la venta mi casa.

—Me gustaría poder explicarle las ventajas...

—Seguro que son muy interesantes, pero soy un hombre de opiniones firmes.

—¡Por supuesto! ¡No dudo de ello! Simplemente, permítame darle algunos detalles...

—Señorita, no insista. Como le decía, soy un hombre de opiniones firmes —dice con tono

autoritario. Parece que no está por la labor de escuchar sermones comerciales.

—Bueno... En ese caso —Víctor escucha movimiento, quizá Noemí se ha levantado—, no tengo nada más que hacer aquí.

Justo en ese preciso instante suena el teléfono móvil. Víctor da gracias a esa coincidencia, quizá Agathon se despiste y Noemí podrá hacer su trabajo y colocar los micrófonos.

—Deme un segundo —escucha como se disculpa.

Pasan los minutos y no vuelve a oír nada. ¿Qué estará pasando ahí dentro? De pronto, a sus oídos llega el sonido de los tacones como música celestial. Es la señal que necesitaba para saber que Noemí está bien. Camina rápido, como de un lado para otro, debe de estar aprovechando para hacer el trabajo.

—¿Señora? —La voz de una mujer suena cortante.

—¿Sí...? —Noemí está nerviosa, se nota en su tono.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Me he perdido. —Ahora la voz es de niña tonta—. Estaba buscando el baño y, al abrir esta puerta y ver la librería..., ¿no he podido evitar acercarme a echar un vistazo!

—Entonces no se ha perdido. —La mujer no suena convencida.

—Sí, ya le he dicho que iba buscando el baño. —Vuelve la Noemí convincente y segura de sí misma—. Pero no se preocupe, ya me voy.

Otra vez esos pasos, ahora firmes y seguros. Uno detrás de otro. Víctor está seguro de que ha entrado a su despacho. ¿Le habrá dado tiempo a colocar los micros? Mira el reloj, Noemí ya lleva más de cuarenta minutos dentro de la casa.

—Discúlpeme, señorita, era una llamada importante —se escucha a Agathon.

—No se preocupe, he aprovechado para ir al baño. De todas formas, ya me voy.

—¿No le gustaría quedarse un rato más? —Víctor escucha la voz de Agathon, demasiado cerca, y comienza a incomodarse.

—Ya me ha comentado que no le interesa vender su casa, no tengo más que hacer aquí.

—Bueno, si usted quiere... —Víctor nota como la rabia sube desde su estómago hasta provocarle un gran dolor de cabeza—, podría quedarse un rato y conocernos un poco mejor.

—Lo siento, pero tengo que irme. Encantada de conocerlo, ha sido un placer.

Y sin dejar que el traficante conteste, escucha los pasos de los tacones firmes. ¡Qué hijo de puta! Víctor se altera, se pone muy nervioso, está deseando que Noemí salga de esa casa y que no le pase nada. Siente pavor, un pánico atroz a que le haga algo y se atreva a tocarla. Y algo más. Quizá una cierta sensación de pertenencia. Y no sabe qué le produce más rabia: el hecho de que alguien la toque o la maldita realidad, lo desconocido, eso que algunos llaman celos.

Los minutos pasan despacio. Víctor no sabe cuántos metros hay entre la casa y la valla, pero le parecen demasiados; ya debería haber salido. Si en diez minutos no está fuera, entrará a buscarla. Sabe que se cargará el operativo, pero le da exactamente igual. No puede dejarla ahí.

No quita la vista de encima de la puerta y, por fin, ve como se gira ligeramente. Espera impaciente y un soplo de aire llena su corazón cuando la ve salir. Lo hace serena, decidida y como toda una profesional. Nadie en su sano juicio podría imaginar que es policía. Una tímida sonrisa se dibuja en el rostro de Víctor al sentirse orgulloso de ella.

—¡Vámonos de aquí! —Noemí sube al coche.

—¡Y tanto que nos vamos! —Víctor está enfadado con ella, no le gusta que se haya arriesgado tanto.

Nota que Noemí no quiere comentar lo que ha ocurrido ahí dentro. A pesar de todo, una duda ronda su cabeza y le quema en la boca.

—Sí, he puesto los micros —dice Noemí, como si pudiera leerle la mente.

—Pero te has arriesgado demasiado, ¡joder! ¡Casi te pilla la señora esa! —Sube el tono de voz—. ¿Sabes lo que podría hacer contigo ese tío si llega a descubrirte?

—¿Tú qué crees? —responde Noemí, que no soporta que se cuestione su trabajo.

Víctor niega, sacudiendo la cabeza, y no le contesta. Conduce con rabia, dando volantazos bruscos con un claro objetivo. Respira profundamente, intentando tranquilizarse, mientras recuerda lo que ha pasado dentro de esa casa. ¡O lo que él ha escuchado! Porque no sabe hasta qué punto el cabrón ese se ha acercado a Noemí. Calor, mucho calor, le arde el pecho y siente que va a explotarle.

Al llegar al hotel, aparca en el lugar asignado a su vehículo, tira de freno de mano, se gira hacia Noemí y la mira muy fijamente.

—¡Vamos!

—A mí no me des órdenes —contesta ella, saliendo del coche de mal humor.

Víctor aprieta los puños, le encantaría cogerla como un saco de patatas mientras ella patalea pidiendo que la baje, pero sabe que no deben llamar la atención, aunque, oye, eso podría ser una escena de lo más normal en una pareja de enamorados. A pesar del cabreo, se ríe de su ocurrencia.

Se acerca a ella, la mira muy fijamente y siente un cosquilleo que recorre la punta de sus dedos hasta llegar al estómago. Esos ojos verdes con motitas más oscuras lo retan y a él le tienta más y más. Su cuerpo le pide que responda a esa necesidad de hacerla suya, como si se tratara de marcar un territorio. No le gusta tener esos pensamientos, él no es así, no le gusta pensar que nadie es propiedad de nadie, no quiere compromisos y mucho menos cortar las alas de nadie. Pero con Noemí es diferente, es como si quisiera volar con ella. Pero los dos solos. Sin nadie más.

La coge de la mano y entra con ella en el hotel. Noemí da un golpe seco intentando soltarse, pero Víctor la aprieta con más fuerza.

—¡Vas a hacerme daño! —susurra.

—¡Pues no te resistas!

—Buenas tardes —el recepcionista los saluda servicial.

—Buenas tardes —contestan ambos al unísono, poniendo una sonrisa perfectamente ensayada.

Víctor acciona varias veces el botón del ascensor, pero parece que se empeña en no bajar. Sigue apretando a Noemí por la muñeca con fuerza porque no se fía de ella y sabe que en cualquier momento se la puede jugar. Mira de nuevo el luminoso que está encima del ascensor y nada, parece que ahora vuelve a subir. Resopla y sube los hombros. No le queda más remedio. Tira del brazo de Noemí y sube con ella las escaleras.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunta en cuanto entran en la habitación.

Víctor la coge de la cintura y se acerca a Noemí apretando su cuerpo contra la puerta que acaban de cerrar. Pasa las dos manos por el cuello de ella y le acaricia los labios con el pulgar.

—Tú. Me pasas tú.

La luz tenue de la habitación confiere intimidad, las cortinas oscuras están corridas y solo un pequeño rayo de sol les da vida a las motas de polvo que danzan calmadas. Víctor se acerca más a Noemí y comienza a sentir el calor que producen sus labios, nota el pecho de ella hinchándose y deshinchándose, pidiendo más, y su boca se abre ligeramente, pidiendo el beso que no llega. Están tan juntos que ni un soplo de aire podría pasar entre sus cuerpos, que, llevados por un impulso, se pegan más al otro, exponiendo su necesidad de sentirse. Hasta que llega el beso, calmado, con deseo pero sin prisas. Saboreando cada milímetro de sus labios, mientras ese cosquilleo que recorre sus brazos se hace más intenso. Baja sus manos a los botones de la americana y los

desabrocha despacio, uno a uno, hasta llegar al borde de la falda. Saca la blusa y sube de nuevo, acariciando el contorno de Noemí. Le quita la americana y baja lentamente los tirantes de la blusa, besando sus hombros. Huele tan bien... Le hace sentir tan a gusto, tan en paz... Ella imita su gesto y desabrocha los botones de la camisa de Víctor lentamente, dejando que sus manos acaricien su torso desnudo. Él se estremece al sentirlo. La coge firme por la cintura y la lleva a la cama, hasta dejarla encima de ella con delicadeza. Le quita el resto de ropa y pasea sus labios por todo su cuerpo, besando cada centímetro de su piel mientras ella se contrae. Enlazan sus manos y extienden los brazos hacia arriba, se dejan llevar y se funden uno en el otro. Ella, más enamorada de él que nunca. Él, con miedo, mucho miedo.

Noemí

Se había olvidado de cómo su corazón explotaba al estar cerca de Víctor. Si cuando estaba en la Academia sentía vibraciones, lo de ahora es como si estuviera encerrado en una caja luchando por salir, por explotar, por llenar todo de ese amor que llevaba guardando tanto tiempo.

Se había negado a ello, se había jurado no volver a enamorarse o, por lo menos, no de él. Sabe que Víctor es un ligón y para él habrá sido una más. Sin embargo, para ella, nunca habrá nada igual. Acaban de hacer el amor de una forma muy diferente al otro día; esta vez ha sido más pausado, quizá, incluso lo ha notado más sincero y por eso se ha dejado llevar. Sabe que se arrepentirá y que es posible que Víctor se la juegue, pero ya vale de obligarse a no vivir. Es como si él hubiera hecho clic en un botón que ella había sellado para no volver a sentir, para no volver a sufrir.

Se ha quedado dormido a su lado y lo mira recordando las noches que pasó imaginando algo así. Tiene el torso desnudo y la sábana blanca cubre su entrepierna. Está moreno y tiene los músculos definidos; en su rostro hay serenidad. Es el hombre más guapo sobre la faz de la tierra, pero no solo eso. Hay tanto dentro de él... Noemí ha conocido a un Víctor que nunca había imaginado. Le da miedo confiarse, pero es diferente, es maduro y todavía mucho más interesante que hace años.

Noemí le acaricia con una mano la barba, que empieza a salir, y nota cosquillas en los dedos. Después los pasea por el torso desnudo y apoya la cabeza en el hueco que hay entre el hombro y el costado.

—Otra vez a tu lado...

Se queda pensativa acompasando su respiración con la de él. Le relaja sentirse protegida, en ese preciso instante, en su momento, aunque no dure más que unos minutos. Hacía tanto tiempo que no se sentía parte de algo, de alguien...

Nota como Víctor comienza a moverse y tranquilamente se va desperezando.

—Hola —le dice en cuanto abre los ojos.

—Hola.

Noemí se incorpora y se tapa con la sábana para cubrir su pecho desnudo, dejando los hombros al aire.

—Deberíamos irnos.

—¿Y si no lo hacemos?

Ella levanta las cejas.

—¿Qué te parece si nos quedamos hasta mañana?

—No creo que sea buena idea, ya hemos puesto los micros... —Se incomoda.

—¿Y qué? En comisaría no saben nada, no nos ha dado tiempo de avisar... —Una sonrisa pícaro se dibuja en el rostro de Víctor.

Noemí se sonroja y agacha la cabeza. Le pone muy nerviosa hablar de ese tipo de cosas tan alegremente. Es cierto que acaban de acostarse y en el momento sexual no es para nada una mujer tímida, pero después es otra cosa.

—¡Solo hoy! —Víctor se levanta y se acerca a ella, pasa la mano por detrás de su cuello y le da un ligero beso en la comisura de los labios.

Ella siente todo su cuerpo en tensión y ese calor que le abrasa por dentro.

—No deberíamos... —consigue decir en susurros.

—¡Odio el verbo deber! —Se separa, se sienta en la cama mientras se pone los calzoncillos y se levanta.

Noemí intenta no fijarse en esas líneas que trazan el cuerpo de Víctor, esa tabletita de chocolate, los brazos prominentes, los pectorales marcados... ¡Dios mío! ¡No!

—¡Mira dónde estamos! —Abre las cortinas y deja los brazos en cruz mirando al frente.

Ella aprovecha para ponerse la ropa interior sin dejar de darle vueltas a su cabeza. Sabe que por el trabajo no hay problema; lo que realmente le preocupa es dejarse llevar demasiado y que luego no haya vuelta atrás, aunque quizá ya no la haya...

—Vale —dice tímidamente.

—¿Vale? —Se gira emocionado y la mira sorprendido—. ¿Has dicho «vale»?

Salta por encima de la cama y se acerca a ella.

—¿En serio has dicho «vale»?

—Sí. —Muestra una tímida sonrisa.

—Eres preciosa. —Víctor aparta con suavidad el flequillo de los ojos de Noemí.

Y otra vez comienza esa tortura que eriza todo su cuerpo, las caricias, los besos, la calidez de su boca, el contacto con su piel y su corazón, ¡Dios mío! Vibrando como nunca antes, latiendo con su nombre.

Salen de la habitación del hotel después de haberse duchado y puesto ropa más cómoda. Noemí lleva un vestido blanco sencillo que le llega casi hasta los pies, en los que se ha puesto unas sandalias planas marrones. Se ha dejado el pelo suelto y ya no queda ni una gota del maquillaje de hace unas horas. Víctor sale con unas bermudas caqui y una camiseta negra. Está guapísimo con ese aire tan juvenil. En cuanto llegan a la puerta del hotel se paran.

—¿Y ahora qué? —pregunta Noemí.

Víctor sonríe y le coge la mano. Noemí se estremece al sentir el contacto, un gesto tan cotidiano y que a ella le parece la maravilla más absoluta, pasear a su lado como una pareja, disfrutando de sus vacaciones como si fueran para siempre, sin distancias, sin miedos, sin pasos atrás.

Está atardeciendo y el cielo se tiñe de tonos anaranjados que rasgan la serenidad del azul. Noemí se acuerda de aquella tarde cerca del aeropuerto de Madrid, aquel día donde empezó todo, donde terminó su calma y la revolución llegó a su vida. Huele a mar y una brisa suave hace que sienta un escalofrío, pero no le disgusta, es placentero.

Caminan charlando sobre temas triviales por el paseo marítimo, él le da un beso de vez en cuando y ella se deja llevar. Se acabó pensar, eso lo tiene claro. Igual que tiene fuerza para decir que no, la tiene para arriesgarse. Cuando te enamoras de verdad, lo haces para siempre, y ella sabe que lo hizo hace años y ahora lo siente más que nunca. A pesar del tiempo, a pesar de aquellos desprecios, a pesar de él y de ella misma.

Llegan al final del paseo y Víctor le propone bajar a la playa a sentarse para ver el atardecer. Ya no hay prácticamente nadie y a Noemí le parece una idea estupenda. Se sientan en la arena, sonríe, respira, inspira y vive, como hacía tanto tiempo que no hacía.

—Cuando era pequeño me encantaba ir a la playa con mis padres... —Víctor habla y a Noemí se le encoge el corazón al recordar sus vacaciones con los suyos. Otra época, aquella en la que eran tan felices, en la que la vida no le había golpeado con toda su rabia.

Traga saliva e intenta sacar de su cabeza los pensamientos tristes, los recuerdos bonitos.

Ahora no.

—Corría como un loco de un lado a otro buscando «cosas raras». —Entrecomilla con sus manos.

—Ya tenías vena de policía.

—Eso me decían mis padres —sonríe al recordarlo—, pero vamos.... ¡Lo que es la imaginación de un niño! Un día encontré lo que a mí me parecía una navaja, fui corriendo hacia ellos y les dije que había que llamar a la policía...

Mientras sigue hablando mira al mar y Noemí observa el contorno de su cara. Nunca lo había visto así, sin esa máscara de tipo duro. Ahora parece tan sencillo al recordar su infancia...

—¿Y finalmente? —dice ella interesada.

—¡Era una lima de uñas! Mis padres se asustaron muchísimo porque me tenían dicho que no cogiera nada del suelo, se acercaron a ver qué era y, cuando lo vieron, se echaron a reír como locos. ¡Yo no entendía nada! ¡Cómo era posible que se estuvieran partiendo de risa con algo tan grave!

Noemí comienza a reírse con las expresiones de Víctor, con las ocurrencias de un niño que ya tenía ganas de salvar al mundo de los malos. Él se gira mientras ella sigue riendo con ganas y le sonríe.

—A ti también te hace gracia, por lo que veo.

Se pone serio y Noemí intenta evitar la risa, pero eso le hace más gracia todavía y vuelve a reír a carcajadas.

—Me encanta el sonido de tu risa —acompaña esa frase con la sonrisa que deja paso a su hoyuelo y esos ojos negros...

Noemí deja de reírse y se esconde, tímida, mirando hacia abajo.

—Te lo prometí, ¿lo recuerdas? —pregunta él.

—¿El qué?

—Enseñarte a sonreír. —Se acerca a ella, acaricia su mejilla lentamente y la besa despacio.

Lo sabía, sabía que no había vuelta atrás. Hay una frase que dice que te quedes con quien te bese el alma, que la piel la puede besar cualquiera. ¡Y qué razón tenía! ¡Cómo era posible tocar su corazón, acariciarlo, hacer que sintiera ganas de explotar, de latir como un caballo desbocado! Cómo era posible besarle el alma...

—Gracias —deja que esa palabra llene el ambiente. Necesitaba hacerlo y es exactamente lo que siente en ese momento.

—¿Gracias? Esto es parecido a cuando te dicen «te quiero» y contestas con un «gracias». — Noemí se tensa al escuchar esas dos palabras juntas en la boca de Víctor.

—No, no es lo mismo. —Ella también le sonríe—. Gracias, de verdad. Algún día lo entenderás.

Y era verdad. No le daba las gracias por un minuto de carcajadas, le daba las gracias por haber roto esa barrera que llevaba tanto tiempo construida en su corazón, por hacer que sus cuerdas vocales no tuvieran miedo de pronunciar un «gracias», por dejar que las carcajadas inundaran ese pequeño espacio entre los dos, pero, sobre todo, por hacerle sentir algo tan bonito. Por ese instante, durara lo que durase, por ellos.

Victor

Dos días después, Víctor entra en comisaría.

—Buenos días —el comisario lo saluda al tiempo que pasa por delante de su despacho, haciendo que se pare.

—Buenos días. —Retrocede y se asoma a su puerta.

—¿Tiene un minuto?

—Los que quiera. —Sonríe.

—He estado leyendo el informe sobre su viaje a Mallorca...

—Disculpe, deberíamos llamar a la agente Becker. —Al pronunciar las últimas palabras, nota como su entropierna recuerda las últimas horas que ha pasado con ella.

—No es necesario.

—Creo que sí... —No le parece bien que sigan sin ella. Al fin y al cabo, fue quien asumió los riesgos.

—Simplemente quería felicitarles, fue un buen trabajo. —Víctor asiente, dándose por vencido —. Ahora quiero que empiecen ya mismo con las escuchas.

—A eso iba cuando me ha llamado —le cabrea que piense que no sabe hacer bien su trabajo.

—Muy bien. ¡Adelante! —sentencia.

Antes de salir, Víctor ve que tiene encima de la mesa un panfleto de una corrida de toros. Niega con la cabeza. Le produce tanta repulsa la gente que apoya eso que ellos llaman arte... cuando lo único que están haciendo es asesinar animales. Octavio Torres es un hombre de la España profunda y no se podía esperar otra cosa de él. A pesar de eso, a Víctor le sigue sorprendiendo que en el siglo veintiuno haya gente así.

Sale del despacho y busca a Noemí. Está deseando verla. Ha disfrutado de los dos días que han pasado juntos. Al final no es tan recta como quiere aparentar y a él le encanta haberle quitado esa máscara de mujer de hielo. Su *eis frau*. Mueve la cabeza sorprendido al referirse así a ella. ¿Cómo que «su»? Niega. Y se ríe por su ocurrencia.

Se acerca a la sala y la ve a través de las cristaleras. Ahí está la agente Becker, con su pelo recogido al milímetro, esas gafas de pasta y la pose tiesa. Recta como un palo de una fregona. Se ríe. La recuerda en la playa, con el pelo al viento, dejando esos preciosos ojos verdes despejados de barreras, con un aura diferente, sin tanta seriedad. La verdad que parece una mujer completamente distinta.

—Buenos días, agente Becker —dice en cuanto entra en la sala, guiñándole un ojo.

—Buenos días, agente Martínez —contesta ella, siguiéndole el juego.

—Me alegra saber que, aunque vuelva mi —se sorprende de nuevo ante esa palabra que ha salido de su cabeza, niega y continúa— *eis frau*, sigue dentro la chica de ayer.

—No sabes la cantidad de veces que bailé esa canción en las fiestas de mi pueblo. — Recuerda su cuerpo balanceándose de un lado a otro al ritmo de la melodía de Nacha Pop.

—Quiero que seas siempre la chica de ayer, aunque te acuestes a mi lado sin saber por qué — parafrasea la canción.

—No tienes remedio...

Víctor se acerca a ella para darle un beso y Noemí se separa de inmediato, torciendo su gesto.

—¿Qué haces?

Él no entiende a qué viene esa reacción tan brusca. Su mirada es tan dura que, si tuviera un

gran poder, sería activar con ella un ataque de cuchillos hacia su pecho.

—Ni se te ocurra. —Sube el cuello—. ¡Aquí no! —explica al ver la cara de contradicción de Víctor.

—Ams... Ya entiendo... En el trabajo hay que guardar unas formas. Toda la razón, *eis frau*. Pero te advierto una cosa —se acerca a su oído—: luego me tomaré la revancha y te daré todos los besos que tenga que guardarme aquí.

Ella sigue manteniendo su pose tiesa, pero él ve como un lado de sus labios se estira mostrando una tímida sonrisa. Esa es la chica de ayer. Un escalofrío recorre su cuerpo y esa sensación extraña vuelve a él. Necesidad de ella. De estar a su lado, de notar su calor, de sentir sus labios, su cuerpo, de tocar su corazón para descongelarlo poquito a poco.

Después de pasar todo el día con las escuchas, relevan el turno a sus compañeros y deciden salir a tomar algo.

—Es pronto para irnos a casa. —Noemí deja boquiabierto a Víctor al ser ella la que propone otra cita.

—¡Y tanto! ¿Dónde te apetece ir?

—Mmm. —Noemí se queda callada; no suele salir mucho y no conoce los sitios de moda—. ¡Elige tú!

Víctor le tiende la mano y Noemí se aferra a ella. Como a un clavo ardiendo, como a una brasa que le quema desde la mano hasta lo más profundo del alma. También como un mástil firme, pero que le ayuda a bailar al viento como una bandera.

Deciden sentarse en la terraza de un bar del centro de Madrid. Es un lugar sencillez, con mesas y sillas de mimbre. Piden dos cervezas y charlan tranquilamente de temas sin importancia. Víctor suelta de vez en cuando ocurrencias que desatan las carcajadas de Noemí, que disfruta sin miedos. A él le encanta verla así, tan risueña y despreocupada, simplemente viviendo.

—Me quedaría aquí toda la vida. —Se acerca a ella y mira esos ojos verdes intensos, llenos de vida.

Víctor dice frases que son toda una declaración de intenciones, pero no se para a pensar en las consecuencias, en lo que pueden significar para la otra persona. Él está acostumbrado a decir lo primero que se le pasa por la cabeza en cada momento porque lo siente así. Pero efectivamente, por eso, porque lo siente ante la emoción de la situación y él es transparente. Y ahora mismo es lo que siente, está tan a gusto con ella...

De pronto, nota como se ensombrece su rostro y teme haber metido la pata.

—¿Qué pasa, preciosa?

—Nada.

—Me gustaría tanto entrar aquí dentro. —Le toca con el dedo índice el lugar donde está el corazón.

Ella baja la mirada y ensombrece más su rostro.

—¿Qué pasa? ¿Por qué le tienes tanto miedo a ser feliz?

Nota como Noemí se pone tensa con su pregunta y su pecho se hincha y deshincha con rapidez, buscando aire.

—Mis padres murieron cuando era pequeña. —Traga saliva para intentar quitar el nudo que le aprieta en la garganta—. Fue horrible...

—Lo siento muchísimo. —Y de verdad lo siente, le está doliendo como nunca ver a Noemí

con los ojos tan tristes.

—En mi vida he sufrido un dolor igual... Levantarme cada mañana era un suplicio, recordar los momentos felices cuando no imaginábamos que algo así iba a acabar con nuestras vidas, porque la mía también se fue con ellos... Dejé de ser una niña y me convertí en una adulta de la noche a la mañana, llena de dolor y también de rabia. Rabia y mucho odio al mundo. No entendía por qué me tenía que pasar eso a mí...

—Mi chica... —Víctor se acerca a ella y la abraza, dejando que su cuerpo calme tanto dolor.

—No sé cómo conseguí salir adelante... Fue un esfuerzo tan grande... Pero mi tía Anette no dejó que me hundiera, ella me recordaba siempre a mis padres y lo importante que sería para ellos verme feliz, sonriendo y tan llena de vida como había estado siempre. Mi vida cambió tanto... Primero estuve en un internado en Alemania hasta que mi tía pudo hacerse cargo de mí. Y luego volví a España. Sabía que sería difícil, pero necesitaba estar aquí para sentirme cerca de ellos... —No puede contener más tiempo las lágrimas y deja que caigan por sus mejillas.

Víctor vuelve a abrazarla fuerte. Es tan triste lo que acaba de contarle... Y a pesar de que dice que lo ha superado, él está seguro de que no es así. Todavía hay tanta amargura en sus ojos...

—Lo siento, siento haberme puesto así. —Noemí se avergüenza por su estado y se limpia las lágrimas.

—Nunca pidas perdón por expresar lo que sientes. —Le sonrío sincero y quizá con un amor que no había sentido en toda su vida—. Poquito a poco me voy acercando. —Le toca de nuevo el pecho en el lugar donde está el corazón.

Noemí

Y tanto que se había acercado a su corazón, pero no un poquito. Del todo, de hecho. Era suyo, completamente.

Dicen que solo se debe ir atrás para coger impulso y eso le había pasado a Noemí. Había vuelto años atrás, a la Academia, a un amor que creía olvidado y lo había hecho precisamente para coger carrerilla, velocidad, para lanzarse al vacío. Sin embargo, y a pesar de su manera de ser y pensar, no tiene miedo. Siente que en esa caída al vacío está volando, con las alas abiertas, con libertad y sin cadenas que le opriman el pecho.

Noemí había decidido poner un poco de cordura a sus últimas semanas e ir a visitar a su tía Anette a Berlín. Llegar a esa ciudad le causaba un cóctel de sensaciones complicado de asimilar. Por un lado, se sentía feliz y con muchas ganas de ver a la única persona de su familia y que había cuidado tanto de ella, pero, por otro lado, le traía unos recuerdos horribles.

Al salir del aeropuerto de Berlín-Tegel, un escalofrío recorre su cuerpo. Es cierto que hace más frío que en Madrid, pero no tiene nada que ver con la temperatura. Recuerda cuando llegó aquella tarde gris, dejando atrás una vida feliz con sus padres, con la cabeza llena de recuerdos tristes y dolorosos, el funeral, la gente mirándola con pena y cerrar aquella puerta, esa que había sido la entrada a los momentos más felices de su vida. Le tocaba empezar de cero y, a pesar de ser solo una niña, era consciente de todo lo que aquello implicaba.

Noemí respira profundamente e intenta no recordar aquellos días en los que su corazón se había parado. Coge aire profundamente y, con la entereza que la caracteriza, traga saliva y se dispone a buscar un taxi que la lleve al centro.

Veinte minutos después, está delante de la que fue su casa durante tanto tiempo. Su tía Anette vive en una edificación antigua que las nuevas construcciones han respetado. Es una hilera de casitas justo enfrente de un pequeño parque, fachadas rosa palo, verde clarito y beis, sobre todo este último. Cada una de las viviendas tiene sus escaleritas para acceder a ella y grandes ventanales. Son construcciones señoriales pero con un encanto especial que las hace parecer acogedoras.

Antes de subir las escaleras, tía Anette sale por la puerta con los brazos abiertos y una sonrisa que ilumina su rostro de lado a lado. Con esos dientes blancos tan perfectos, un toquecito de color rosa en los labios, la tez blanca y los ojos verdes. Lleva unos pantalones beis, una camiseta azul marino, una chaqueta marrón oscuro y un pañuelo también azul con florecitas al cuello. Sigue luciendo su media melena, pero ahora está más canosa que la última vez.

Una ráfaga de tristeza y añoranza atraviesa a Noemí al verla bajar por las escaleras y notar como sus arrugas se han acrecentado. En pocos segundos, siente el calor del abrazo que le da la persona que tanto ha luchado por su bienestar y se siente en casa. Se acurruca en los brazos de su tía y vuelve a ser esa niña que necesitaba tanto cariño. Sigue desprendiendo ese olor tan característico a galletas de mantequilla recién hechas.

—¡Qué ganas tenía de verte, mi niña! —La abraza un poquito más fuerte.

—Y yo a ti, tía. —Noemí le sonrío.

—Pasa, entra en casa.

Después de pasar lo que quedaba de tarde poniéndose al día, tía Anette prepara la cena y Noemí le ayuda a cortar las verduras.

—Hija. —Anette llama la atención de Noemí, que está tan metida en sus pensamientos que no escucha—. ¡Hija! —insiste levantando la voz.

—Dime, tía.

—¡Estás en las nubes! ¿En qué estabas pensando tan abstraída?

—En nada, tía, cosas sin importancia.

—¿Alguna investigación de esas de las que nunca me quieres contar nada?

—No...

—¿Qué pasa, hija? —Anette deja lo que está haciendo y se acerca a su sobrina—. Estás diferente.

—¿Yo? —disimula.

—Sí, hija, tú. —Anette le sonrío, le quita el cuchillo de las manos y le gira la cara para que la mire a los ojos—. Ven. —Se sienta junto a ella en unas sillas de madera blanca que hay en la cocina, alrededor de una pequeña mesa—. Sabes que puedes contarme cualquier cosa que te preocupe.

—Ya...

—Cuando los problemas se comparten y se exteriorizan, pierden importancia. —La voz de su tía Anette, tan llena de sabiduría, le transmite serenidad.

—Hay alguien, tía... ¡Y tengo tanto miedo!

—Amar no puede ser temeroso, hija. El amor es el sentimiento más bonito que existe, pero para que sea así hay que disfrutarlo y tiene que producirnos felicidad, calma, alegría, confianza... No miedo.

—Es tan complicado... —Niega con la cabeza.

—Seguro que no es tanto, ¡a ver, cuéntame!

Y así, dejando que las palabras fluyan y los oídos de su tía sean el mejor lugar para recogerlas, Noemí pasa un buen rato contándole a su tía lo que está pasando con Víctor. A ella le sorprende, porque es la primera vez que le habla de alguien y le da mucha alegría que intente ser feliz y salga de ese sufrimiento en el que está metida desde que murieron sus padres.

—¿Por qué no me contaste todo lo que pasó en la Academia, mi niña?

Noemí levanta los hombros y suspira.

—Yo también me enamoré como una loca, ¿sabes?

—Pero bueno, tía, no sabía yo eso...

—Todos tenemos nuestros secretos. —Muestra esa sonrisa tan sincera que la caracteriza.

—Me enamoré tanto que habría sido capaz de cualquier cosa por salvar lo nuestro, pero el miedo me paralizó. No era una historia fácil y menos en nuestros tiempos... —Noemí ve por primera vez una expresión en la mirada de su tía que no conocía; es nostalgia—. Estuvimos a punto de dejarlo todo por el otro, pero no me atreví. Creí que no era lo correcto y pensé con la cabeza en vez de dejarme llevar por el corazón. Cuando me di cuenta, era demasiado tarde...

No hace falta que le diga más. Noemí sabe a qué se refiere su tía con ese «era demasiado tarde», porque ha visto esa mirada muchas veces cuando murieron sus padres.

—Nunca he vuelto a enamorarme porque el corazón solo le pertenece a uno, hija.

—Ya, tía, pero ¿y si le pertenece al equivocado...?

—Si es el equivocado, no le pertenecerá, eso te lo dirá la vida. —La abraza y Noemí se acurruca en esa cercanía.

Se acuerda de los estereotipos y no puede entender cómo es posible que digan que los

alemanes son fríos. Todo aquel que piense eso debería probar un abrazo de esta maravillosa mujer.

—Déjate llevar, pasará lo que tenga que pasar. No pierdas la oportunidad de ser feliz por el miedo al dolor. Tú no eres una mujer de miedos.

—Gracias, tía. —Vuelve a acurrucarse en sus brazos—. *Ich liebe dich.*

—*Ich liebe dich mein Mädchen.* —«Te quiero, mi niña», le contesta su tía.

En lo que resta de fin de semana no vuelven a hablar de Víctor, pero su tía le dice varias frases que Noemí sabe que se refieren a él. Hasta la despedida en el aeropuerto.

—Vuelve pronto.

—Lo haré, tía. —Se abraza a ella—. Te lo prometo.

Y sabe que es verdad. La ha visto mayor que la última vez y quiere disfrutar de ella todo lo que pueda. Le está costando despedirse, nota un nudo en la garganta que evita que una lágrima se derrame por su mejilla. No quiere que su tía la vea triste, aunque la conoce y sabe que en cuanto se giren se echarán a llorar.

Y así es, a los pocos minutos cruza el cordón de seguridad limpiándose las lágrimas que se agolpan en sus ojos. Mira hacia atrás y ve como su tía, de espaldas, acerca una mano a sus ojos. Noemí muestra una sonrisa de cariño y en ese preciso instante se da cuenta de la suerte que ha tenido. La vida le quitó lo que más quería, pero también le dio lo que más quiere ahora. Y tener a esa mujer a su lado es una de las mayores suertes.

Una vez en el avión, recuerda la conversación que tuvo con su tía sobre Víctor. También le viene a la mente esa frase que él le dijo la última vez que estuvieron juntos: «Me quedaría aquí toda la vida». Sin duda, era una declaración de intenciones. Toda la vida es para siempre.

Víctor

Se mira en el espejo y coloca bien el cuello de su camisa. Coge el frasco de su perfume preferido y se impregna en su olor. Ha elegido unos pantalones azul marino y una camisa blanca. Sobriedad. Cuando se arregla le gusta ir elegante; en su vida se imaginaria con prendas modernas o de colorines. Sin embargo, nunca ha dado la impresión de ser un hombre mayor.

Al volver a casa, se cruzó con un viejo amigo que hacía tiempo que no veía y le invitó a una fiesta de antiguos alumnos del instituto. En cuanto se lo propuso, le pareció una idea estupenda; no habían podido contactar con él. Víctor ha cambiado varias veces de número de teléfono, pero la suerte hizo que se encontraran justo ese día.

Le hace ilusión ver cómo habían cambiado sus compañeros, aunque por la edad que tiene se imagina que la mayoría estarán casados, con hijos o esperándolos. Él no tiene nada que ver con eso. Soltero, sin pareja y con ganas de disfrutar de la vida. Pero le da igual, nunca le ha importado no seguir las reglas que impone la sociedad.

Una hora después entra en el hotel, situado en el centro de Madrid, donde es la fiesta. La recepción es señorial, con el suelo de mármol y las paredes de color morado oscuro. La luz es tenue y una gran figura de metal preside una zona rodeada de sofás, también oscuros. Enseguida aparece un chico joven vestido con traje para recibirlo.

—Buenas noches.

—Buenas noches, vengo a la fiesta de antiguos alumnos.

—Venga por aquí.

El chico lo guía a través de un pasillo, Víctor no escucha nada de jaleo y piensa que es raro hacer una fiesta un domingo. Seguramente habrá poca gente. Al final del largo pasillo, llegan a unas puertas que el chico abre con ambos brazos.

—Adelante —le dice, servicial.

—Muchas gracias.

Entra en la sala. Tiene las paredes blancas, con imágenes de la ciudad de Madrid en blanco y negro en muchas de ellas. Hay mesas altas, y una luz tenue de color morado ilumina la sala. Suena una melodía tranquila, en volumen bajo para que los asistentes puedan hablar. Le sorprende ver que hay bastante gente y, como se imaginaba, de un solo vistazo ve a cinco mujeres embarazadas. Lleva los ojos al techo y suspira. Se ríe.

Pocos minutos después, se ha convertido en el centro de atención de prácticamente toda la fiesta. Ese encanto, esa naturalidad, esa capacidad de liderazgo y ese físico que hace que muchas de las mujeres de la fiesta, incluso las embarazadas, se fijen en su atractivo. Él lo nota y se encuentra en su salsa. Es Víctor en estado puro.

Sin embargo, una hora después, la mayoría comienza a hablar de sus hijos, de los problemas que tienen en el cole, otros que han sido más adelantados hablan ya de la adolescencia complicada de los suyos, las embarazadas comentan sus miedos ante el parto y todo lo que va a venir... Y a Víctor le aburre demasiado. Durante la conversación anterior no habían hablado de eso, pero muchos estaban todo el rato intentando sacar el tema. Es increíble como el mundo se reduce a eso... Y él no quiere algo así en su vida, lo tiene claro.

Aunque tampoco cree que todo el mundo sea así. Se acuerda de su amigo Israel. Lo echa mucho de menos desde que se fue con Clara. Lo pasaron fatal para estar juntos, una historia de esas complicadas, pero lucharon por ella y ahora son felices. Tienen hijos, pero ambos siguen

disfrutando de la vida y, sobre todo, de ellos dos solos.

Aburrido, se sienta en la barra y pide una copa. La última y se va a casa. Mañana tiene que madrugar y aquí el tema está para tirarse por un puente del aburrimiento.

—Demasiado intenso, ¿verdad? —Una voz femenina habla a su lado.

Víctor se gira y ve a una chica joven que se sienta en el taburete de al lado. Es morena, con el pelo muy largo y bastante exuberante. Intenta que no se le note, pero su vista baja instintivamente hacia el escote. Nota como su cuerpo reacciona. Ella se da cuenta y le sonrío. Tiene los ojos grandes y de color negro muy intenso.

—Demasiado —Víctor contesta a la pregunta.

—Creía que iba a ser divertido, por eso me apunté. Y también te digo que, antes de salir de casa, pensé que por la edad que tenemos todos estarían hablando de hijos y me dio mucha pereza, pero ya estaba arreglada... —Víctor piensa que está muy bien arreglada y muestra su hoyuelo travieso— y decidí venir.

—Me ha pasado lo mismo... Soy Víctor. —Le da dos besos e inhala el olor a perfume.

—Yo soy Julia.

Se queda callado, intentando recordar a alguna Julia, pero no hay manera. Ella, como si leyera su pensamiento, le explica.

—Es normal que no te acuerdes de mí. Llegué en el último curso, casi al final del año. Y fui poco a clase, la verdad.

—Lo importante es que nos hemos conocido igualmente, ¿te apetece tomar una copa? —Víctor despliega toda su galantería.

—Un *gin-tonic*, por favor.

Víctor llama la atención del camarero y pide la copa para su acompañante, que luce un vestido azul que deja poco a la imaginación.

—Imagino que ni hijos, ni marido, ni novio... —Directo al grano.

—Imaginas bien.

—Una pena para los que se lo hayan perdido. —Piropeo a la vista.

—Una suerte para los que puedan disfrutarlo ahora. —Ella tampoco se queda corta.

Después de esa copa, vinieron otras dos. Sus excompañeros se fueron marchando y, al final, se quedaron solos en la sala. La conversación fluía y las declaraciones de intenciones iban aumentando al ritmo que sus copas bajaban.

—Un domingo... ¿A quién se le ocurre hacer una fiesta así los domingos? —Dicharachera, su acompañante se había hecho la misma pregunta que él.

—No me extraña que ya no quede nadie...

—¡Tendrán que ir a cambiar pañales!

—¡Por los pañales de los demás! —Víctor levanta la copa y la choca con la de Julia.

—Disculpen, vamos a cerrar —el chico que lo había recibido les pidió amablemente que se fueran.

Un rato después, Víctor está en la cama con Julia apoyada en su pecho. Al salir del local tenían ganas de seguir la fiesta, pero no había muchas opciones por la zona, así que, finalmente, él le propuso tomar la última en su casa. Así fue, tomaron la última copa rápidamente, ya que ambos sabían a lo que iban y llegó ese beso esperado, seguido de caricias provocativas y sexo desenfadado.

—Voy a darme una ducha, ¿te apetece? —propone Víctor, juguetón.

—Sí, voy en un segundo.

Víctor se levanta y se va al baño. Mientras tanto, Julia va a la cocina a beber un vaso de agua,

cuando escucha el timbre. Duda qué hacer, pero, como Víctor está en la ducha, finalmente, se toma la libertad de abrir la puerta.

Noemí

Había pasado. Su miedo se había materializado. Justo ahora, cuando estaba convencida de seguir adelante y no mirar atrás. Olvidar los temores que paralizaban su corazón cuando estaba latiendo con más ganas.

Otra vez. Era como si un puñal afilado se hubiera clavado con determinación en lo más profundo de su alma y la estuviera rasgando poquito a poco, haciendo que su dolor se intensificara y prolongara. Como aquel día. Como cuando hace años creía que iba a tener una cita con él y había sido una apuesta ridícula.

Ya había pasado por ello una vez. Sin embargo, en lugar de conocer el sufrimiento y hacerlo más llevadero, había sido mucho peor. Esta vez ya había un algo, que no sabía definir, pero había besos, miradas, caricias, paseos de la mano... Algo que para él había sido un lígüe más y para ella... ¡Ay, para ella!

Noemí baja las escaleras corriendo a toda velocidad, sintiendo como el corazón se le sale por la boca y las piernas están a punto de fallarle. Deja que su mano se deslice con rapidez por la barandilla. Ya solo le queda un piso más. Necesita salir de ese sitio y, a pesar de estar bajando, cada escalón se le está haciendo una montaña.

Cuando llega a la calle, toma una bocanada de aire con necesidad, buscando que sus pulmones le devuelvan la capacidad de respirar que ese instante le ha quitado. Ahí estaba esa chica con un pelo negro larguísimo, vestida con una camisa de hombre y sus también larguísimas piernas al aire... ¡Cómo era posible que le hubiera ocurrido algo tan peliculero!

Después de la conversación que había tenido con su tía Anette y, tras darle vueltas al tema durante todo el viaje en avión, había decidido arriesgarse con Víctor, dejarse llevar e intentar ser feliz. Por eso, había ido a su casa desde el aeropuerto. No quería esperar hasta el día siguiente porque sabía que igual se arrepentía.

Lo tenía decidido. Lo había repasado varias veces en su cabeza. Llegaría a su casa, llamaría al timbre y, cuando le abriera la puerta, le daría un beso de esos que le producían calambres. Después le diría las palabras que había memorizado: «Yo también me quedaría a tu lado toda la vida». Era la forma que había elegido para declararse y hacerle ver que estaba al cien por cien, que se había acabado esa *eis frau*...

Siente una punzada en el pecho. ¿Cómo podía haberse cargado todo lo que habían vivido en las últimas semanas solo por un polvo? ¿O acaso no era solo un polvo? En realidad, no sabía nada. Esa chica podía llevar con Víctor el mismo tiempo que ella o incluso más...

Niega con la cabeza y se siente estúpida. Se muerde el labio inferior para intentar evitar las lágrimas. Siente tanta rabia que le encantaría volver a subir al piso y decirle que es un gilipollas, un inmaduro, un insensato y un verdadero cabrón. Le encantaría cerrar sus puños y darle con fuerza para soltar toda la rabia que siente.

—Disculpe, señora —una voz dulce llama su atención.

—Hola, pequeña. —Una niña con dos trenzas pelirrojas la mira desde abajo con los ojos azules muy abiertos.

—¿Está usted bien?

—Sí, bonita.

—No lo creo, señora. Le sube y le baja el pecho muy rápido y le tiemblan un poco las manos.

—Estoy bien. —Le llama la atención que la niña haya sido tan observadora. Intenta

recomponerse—. ¿Y tú? ¿Estás aquí sola?

—¡No! Mi papá está allí. —Señala un banco donde un hombre bastante joven no le quita ojo.

—¿Y no le importa que hables con desconocidos? —Sale ese tono de mujer fría. No entiende que la niña se esté metiendo así en su vida y el padre ni se inmute.

—¡No! Porque ha sido él quien me ha mandado para saber si estaba bien.

Noemí abre los ojos, sorprendida. Mira al hombre y le muestra una tímida sonrisa mientras levanta el pulgar de su mano derecha.

—Dile que estoy bien.

—¿Quiere un caramelo? —La niña abre la mano, que le brilla del azúcar de las golosinas y caramelos que sujeta.

—No, gracias. Tengo que irme.

—Hasta otro día, señora.

La niña se queda en el sitio mirando como Noemí se da media vuelta y se va. Camina con determinación hacia su casa. No está muy cerca, pero le vendrá bien dar un paseo. ¿Será posible que ese hombre use a su hija para ligar? Niega con la cabeza, suspirando; igual era cierto que estaba preocupado. Da igual, le da exactamente igual.

Victor

Como otra mañana más, Víctor se levanta puntual, se ducha y, con una toalla anudada a la cintura, toma café sentado en un taburete de la cocina mientras revisa las últimas noticias en el iPad.

Lee que en Italia se ha desarrollado una importante operación antidroga y le viene a la cabeza la investigación que se traen entre manos. Parecía que con las escuchas iban a avanzar rápidamente y no está siendo así. Se teme que, en cualquier momento, el comisario le eche otro rapapolvo.

Se levanta nervioso y le da vueltas a la cabeza. Hay algo que se les tiene que escapar, alguna prueba más que lo incrimine. En pocas investigaciones ha estado colgando tanto de un hilo y esta no puede ser la primera. Pasa la mano por la cabeza, nervioso, y niega una y otra vez, sacudiéndola de lado a lado.

Coge el teléfono y marca el número de Noemí. Pi, pi, pi. Esos interminables sonidos de espera que no llevan a ninguna respuesta. Marca el número de la agente Serra, pero tampoco obtiene respuesta.

—¡Mierda!

Deja el móvil en la mesa y va al dormitorio para vestirse. ¡Mira que es raro que un policía no conteste al teléfono! Ellos, que están siempre alerta... ¡Y justo hoy le ha pasado con las dos! Quiere darse prisa para llegar a comisaría, seguir con las escuchas y volver a repasar toda la documentación.

Justo cuando está a punto de salir por la puerta, suena su móvil.

—Buenos días —escucha la voz de la agente Serra al otro lado del teléfono.

—Buenos días, agente. Necesito que nos reunamos lo antes posible para repasar toda la documentación.

—Está bien, esta misma tarde podemos reunirnos.

—Esta misma tarde es tarde —recalca la última palabra.

—Lo siento, pero antes me es imposible —Claudia levanta el tono de voz, imponiéndose.

—Está bien —Víctor resopla y cuelga el teléfono.

Media hora después, entra en comisaría y busca con la mirada a Noemí, pero no la ve por ninguna parte. Parece que hoy le va a salir todo al revés. Va directo a la sala donde se están llevando a cabo las escuchas y los agentes le dicen que no ha llegado todavía. Víctor mira el reloj. Qué raro que no llegue puntual la señorita perfecta. Se ríe al pensar en ella. Tiene ganas de verla.

—Vengo en cinco minutos —le dice al agente que aprieta los cascos a sus orejas para escuchar bien.

Él le contesta asintiendo con la cabeza. Víctor sale y busca de nuevo a Noemí. La ve salir del baño. Hoy está especialmente guapa; sigue con ese moño tirante, pero quizá se ha puesto brillo en los labios o un poco de colorete... No sabe qué es, pero está como un tren.

Se acerca a ella y, cuando va llegando a su encuentro, le guiña un ojo.

—Buenos días, agente Becker. —Sale ese Víctor ligón.

—Buenos días —responde ella cortante.

—Te estaba buscando y creía que se te habían pegado las sábanas... ¡Pero ya veo que no hay

un solo día que falles a la puntualidad de tus citas!

—¿Qué querías? —Noemí omite sus comentarios.

—Ven un segundo, por favor.

Víctor la coge por el brazo; ella intenta zafarse, pero la aprieta con firmeza y no quiere hacer un numerito en medio de la comisaría. Entran en la sala en la que ya habían estado aquel día, Víctor cierra la puerta y baja los estores. Ella está de pie, inmóvil en el centro de la sala, deseando salir corriendo.

—Estás preciosa. —Se acerca a ella y pasa una mano por su mejilla.

Noemí retira la cara y le lanza una mirada helada.

—¿Qué te pasa, mi chica? —Coloca las manos en las caderas de Noemí y las acerca a su cuerpo.

—Déjame. —Ella vuelve a quitarse.

—Ya sé que estamos en comisaría, pero aquí no nos ve nadie... Tenía ganas de verte. —Y es cierto, lo siente así.

—Tengo que irme. —Noemí sigue mostrándose fría, como si las palabras de Víctor no produjeran ningún efecto en ella.

—No te entiendo, ¿qué narices te pasa?

Ella da un paso atrás sin decir ni una palabra. Él insiste.

—Después de lo del otro día en el bar... Pensaba que algo estaba cambiando.

—Tengo que irme —contesta ella, luchando para mantener sus lágrimas a raya.

—Pero ¿qué te pasa? No hay quien te entienda, ¡de verdad! Te juro que lo he intentando por activa y por pasiva, pero sigues siendo esa mujer de hielo que no expresa lo que siente, fría, con esa mirada que me hiela el alma... Pensaba que ese corazoncito estaba empezando a descongelarse..., pero veo que no.

Y sin decir ni una palabra más, deja a Noemí dentro de la sala y se va dando un portazo, cabreado con el mundo, pero, sobre todo, con ella, por ser así. Sin ni siquiera pararse a pensar un segundo que, quizá, el culpable es él.

Noemí

Noemí se queda en silencio. El golpe de la puerta al cerrarse retumba en su cabeza, con la que niega de un lado a otro. Se deja caer en una silla, se quita las gafas y se pasa la mano por la frente. Está aturdida y no entiende cómo puede ser tan cínico. ¿Y qué se supone que debe hacer ella ahora? ¿Reclamarle? No, no puede decirle nada porque no son nada. Pero ¿qué debería haber pasado para ser algo? ¿Se tendrían que pedir salir como cuando eran adolescentes? ¿En qué momento se decide si se es pareja? ¿Y cuándo se activa el botón que pide guardar fidelidad?

Para Noemí no es una decisión que se toma en un momento concreto y se firma en un papel, es un sentimiento de respeto.

—¡Dios mío, qué cínico! —Siente rabia.

De pronto, se abre la puerta y coge desprevenida a Noemí, que siente como el corazón se le va a salir del pecho pensando que Víctor vuelve a la carga.

—Perdona, creía que no había nadie. —Claudia muestra esa sonrisa que a Noemí no le gusta un pelo.

—No te preocupes, ya me iba. —Se levanta.

—¿Estás bien?

Noemí abre los ojos y mira a Claudia, altiva. Si cree que puede ir de amiguita, lo lleva claro. No le gusta que la gente se meta en la vida de los demás y odia que pregunten si estás bien cuando es evidente que no. Prefiere cortar de raíz y, sin decir ni una sola palabra, se va, dejando a Claudia a la espera de una respuesta.

Necesita descargar la rabia que siente y no hay mejor manera de hacerlo que con el saco de boxeo. En cuanto puede, sale de comisaría y va al gimnasio. Uno, dos, tres, cuatro golpes y así sin parar, mientras el sudor brota de su cuerpo y le hace sentir bien, pidiéndole más para que todo lo que siente se vaya con esos golpes.

Parece ser que Víctor no se aprendió bien todos los estereotipos. También se dice que un alemán no elegirá la manera rebuscada de decirte las cosas, ya que no utilizan indirectas y no piensan que su opinión pueda hacer daño. Si piensan algo, te lo van a decir y no tiene por qué sentarte mal; al fin y al cabo, y esta es la parte más importante de dicho estereotipo, los alemanes valoran la sinceridad por encima de todo. Y nunca perdonan una mentira.

Pero otra vez vuelve esa duda a la cabeza de Noemí: ¿acaso Víctor le ha mentado?

Victor

Está tocado. Se ha quedado con una sensación desagradable después de su encuentro con Noemí. Nunca se había encontrado con una mujer tan fría. Hay algo en ella que le desconcierta; por un lado, tiene esa parte sensible, cariñosa, incluso divertida. Y, por otro, esa necesidad de rodearse con un muro de hierro del mundo, temerosa y, a la vez, poderosa y altiva.

Podría dejarlo pasar, como ha hecho tantas veces cuando se ha complicado. Recuerda a aquella chica con la que estuvo hace unos años. Tenía marido y dos hijos, a simple vista, una vida perfecta, de esas que inculcan desde pequeños, siguiendo cada una de las líneas invisibles que impone la sociedad. Sin embargo, era infeliz y buscaba fuera de casa darle emoción a su vida. Lo que para ella se traducían en sexo unos días, otros cariño, otros se presentaba arrepentida y le decía que nunca más, pero al siguiente volvía a llamarlo... A Víctor le hicieron falta dos veces más para terminar con aquella locura. Él no estaba hecho para complicaciones.

Sin embargo, Noemí le parece todo un reto, aunque es cierto que ese aire de superioridad y cabreo constante hace unas semanas le ponía a mil y ahora está empezando a cansarle. Niega con la cabeza y evita pensar en ella. Ya le está dando demasiadas vueltas.

Mira el reloj, nervioso; es la una. Ha pasado toda la mañana repasando la documentación de la investigación y las escuchas que, hasta el momento, no han aportado nada. Se revuelve en la silla, intranquilo. Vuelve a mirar la hora. La rabia empieza a apoderarse de él al sentir que pasan los días y no hay ningún avance. Nota calor y como las venas del cuello se le hinchan. Sin pensarlo más, se levanta, haciendo que el sonido de las patas de la silla contra el suelo retumbe en su cabeza.

Minutos después, llega al gimnasio cargado con su bolsa de deporte al hombro.

—Hola —la chica de recepción lo saluda con esa sonrisa que invita a algo más, pero que Víctor ha rechazado tantas veces como la ha mostrado.

Es una mujer guapa, atlética, viste con ropa de deporte siempre conjuntada, tiene los ojos color miel y el pelo castaño claro. A Víctor le llama mucho la atención que siempre lo lleva suelto y que está bastante maquillada. No la ha visto nunca hacer ejercicio, a pesar de los años que lleva regentando ese gimnasio, pero sigue manteniendo el cuerpo perfectamente tallado. Sin embargo, no le parece nada interesante. Para Víctor, el atractivo no es ser guapa o tener un cuerpazo; hay mucho más. El aura que se desprende y, sobre todo, la forma de ser. Es un conjunto de lo que una persona transmite, más allá de la simple apariencia.

—Buenas tardes —contesta él, amable pero cortante.

—Esta semana hay jornada de puertas abiertas —se acerca a él—, por si te apetece traer a alguien para que conozca las instalaciones.

—Lo tendré en cuenta.

—Y a partir de las ocho vamos a hacer en los exteriores *healthy parties* —pronuncia las últimas palabras con un inglés exagerado.

—¿En serio puede ser una fiesta saludable? —Le hace gracia.

—Queremos demostrar que es posible divertirse sin alcohol y sin bebidas azucaradas.

—Por supuesto, ¡muy buena idea! —Niega con la cabeza.

—Si te apetece que tomemos algo, estaré por aquí todos los días.

—No creo que pueda, pero gracias. —Víctor sigue su camino y ella va detrás.

—Va a estar muy bien.

—No lo dudo. —Se para y la mira fijamente a los ojos. Nota como ella se ruboriza—. Lo siento, pero tengo prisa.

Da por zanjada la conversación, dejando a la chica con la ilusión de sus *healthy parties* y una mínima esperanza de que él aparezca un día para compartir con ella un batido de ¿proteínas? Sigue rumbo a la piscina y, al pasar por delante de una de las salas, se queda boquiabierto. Sus pies se paran de inmediato y su entrepierna se pone nerviosa. Ahí está Noemí, golpeando con fuerza el saco de boxeo. Lleva el pelo recogido en una coleta que se mueve de un lado a otro. Víctor se queda ensimismado recorriendo su cuerpo, que se marca con unas mallas y una camiseta deportiva negra. Está guapísima.

Él sabía que Noemí iba al mismo gimnasio que él, pero es tan grande que ni se le había pasado por la cabeza encontrársela. Y menos, verla así, entregada, con rabia y determinación, con fuerza, con personalidad, como las olas rompiendo en las rocas.

Le costó moverse de allí. Le gustaba tanto lo que veía que podría haberse quedado eternamente admirando la belleza que desprendía la alemana a través de ese cristal, pero, después de su encontronazo de hacía unas horas, prefería dejarlo estar.

Pasó los siguientes cuarenta minutos nadando en la piscina, liberando su mente, sin pensar en nada, únicamente en cada brazada, en sus brazos rompiendo el agua y sus pulmones trabajando sin descanso.

Al salir de la piscina y terminar su ejercicio con una ducha caliente, se siente mucho más tranquilo y relajado. Es hora de volver a comisaría para reunirse con Claudia. A la salida del gimnasio, evita pasar por la sala en la que ha visto a Noemí. Ya ha pasado tiempo y es posible que no esté, pero prefiere no tentar su mala suerte.

—Buenas tardes. —Víctor entra en la sala de reuniones donde se ha citado con la agente Serra.

—Buenas tardes, tenemos novedades. —Claudia mueve papeles de un lado a otro.

—¿Podemos esperar a la agente Becker?

—No va a venir —responde, cortante.

—¿Cómo que no va a venir?

—Tiene una reunión con Alemania. Se ha dado una orden para intentar pinchar el teléfono de Agathon, pero estamos teniendo problemas. Parece ser que utiliza varios de prepago alemanes y ya sabemos lo que pasa con ese tipo de terminales...

—Podemos esperar a que termine. La agente Becker es parte fundamental en esta investigación y debería estar en la reunión.

—Tenemos avances importantes que no deberían esperar —asevera Claudia.

—Está bien, más tarde la pondré al día —se resigna.

—Los agentes encargados de las escuchas han informado de que Agathon tiene intención de comprar un yate de veinticuatro metros para viajar por el Mediterráneo. En concreto, busca el modelo Mangusa 108, que cuesta 3,6 millones de euros de segunda mano.

—E imagino que el yate no es solo para uso placentero...

—Como bien sabe, el uso de embarcaciones de recreo es una forma extremadamente segura para poder desplazarse y mantener reuniones sin que tengan que comunicar a ninguna autoridad ni el lugar de desplazamiento ni las personas que van a bordo, con lo que se garantiza el absoluto secreto de sus desplazamientos y contactos.

—Esto no nos dice nada... —Víctor niega con la cabeza, paseando de un lado a otro de la

sala.

—He dejado lo mejor para el final. —Le encanta hacerse la interesante.

—Se ha producido una reunión entre Agathon y dos empresarios españoles en la que se habla de una entrega. Son listos y, a pesar de estar en su casa, que es donde se supone que tiene máxima seguridad, no han dicho ni una palabra sobre la mercancía. No sabemos si están hablando de droga o armas.

—Pero por su cara deduzco que sí sabemos la fecha, el lugar y la hora.

—Efectivamente. —Sonríe satisfecha—. Y no solo eso, también tenemos la certeza de que el propio Agathon estará presente en la entrega.

—Debe de ser un negocio importante...

—Ahora sí lo tenemos.

—Perfecto. Hay que organizar el operativo.

Víctor está eufórico. Por fin ha servido de algo el riesgo que corrió Noemí cuando entró en casa de Agathon para colocar los micrófonos. Está deseando que salga de la reunión para ponerla al tanto de los avances.

Habla con el comisario, que le da luz verde para organizar el operativo, y pasa las siguientes horas con ello. Son más de las ocho de la tarde y Noemí sigue reunida con los alemanes. Víctor coge su chaqueta para poner rumbo a casa y descansar para el día siguiente; vienen jornadas muy intensas por delante. Pero, cuando está a punto de salir por la puerta, ve la imagen de una ola rompiendo en una roca. Es un simple cartel; sin embargo, a él le trae ese recuerdo de Noemí hace horas. Y para en seco, sus pies se giran para volver sobre sus pasos, llevados por un impulso, decidido a esperar el tiempo que haga falta para contarle lo que ha pasado. Al fin y al cabo, ese triunfo es de ella.

Noemí

Son casi las once cuando Noemí sale de la reunión en la que ha pasado toda la tarde. Han sido muchas horas, pero han dado sus frutos. Está cansada, desea llegar a casa, darse una ducha de agua caliente, cenar un sándwich con una ensalada y ver la televisión.

Como si se tratara de un huracán, Víctor aparece corriendo a toda velocidad hacia ella; está eufórico.

—¡Lo hemos conseguido! —eleva la voz.

Noemí no sabe de qué habla y no entiende a qué viene tanta efusividad. Niega con la cabeza justo cuando nota como unos brazos fuertes oprimen sus costados y la levantan en volandas. Todo empieza a dar vueltas mientras Víctor gira con ella haciendo círculos.

—¡Bájame! —grita enfadada.

—¡Eres la mejor! —Sigue dando vueltas.

—Por favor, ¡bájame! —Noemí nota como el calor sube por su cuerpo hasta llegar a su cabeza a punto de estallar del mal humor que tiene ahora mismo.

—Tranquila, *eis frau*. —Víctor la mira con dulzura—. Hagamos una tregua.

—¿Qué ha pasado para que estés así de eufórico? —Noemí intenta evitar sus insinuaciones.

—Lo tenemos. Sabemos todos los datos de una entrega y nos han dado luz verde para cogerlo.

—Las escuchas...

—Sí, ¡gracias a ti! —El ánimo de Víctor no decae. Ya ni se acuerda del cabreo que tenía con ella hace unas horas.

—Bueno... En una investigación policial de este nivel no pasan las cosas gracias a nadie. Somos profesionales que... —Noemí utiliza ese tono autoritario y, cuando está a punto de comenzar su perorata, Víctor la corta.

—¿Cómo te ha ido a ti con los alemanes?

—Bien, pero estoy cansada, no es nada urgente. —Noemí intenta evitar seguir hablando con él—. Mañana a primera hora te pongo al día.

—¿Y no podría ser ahora?

—Tengo que irme.

—Estás preciosa hoy.

—No empecemos otra vez, por favor —le pide casi en tono de súplica.

—¿Sigues así? ¡No vuelvas a ponerte esa máscara! No conmigo, por favor. —Víctor se acerca a ella y le toca suavemente el rostro.

—¡No es ninguna máscara! Soy así, ni más ni menos.

Se separa de él y comienza a andar deprisa para salir cuanto antes de ese lugar, para alejarse de Víctor, para evitar volver a caer, volver a vivir.

Las piernas casi se le cruzan una con otra de lo rápido que quiere andar. El corazón le late a toda velocidad y los brazos le tiemblan de la tensión que acumula en ellos. Aprieta con fuerza los documentos contra su pecho hasta que los deja en un cajón de su mesa. Busca el bolso y, con rapidez, va al ascensor para salir cuanto antes. Conoce a Víctor y sabe que no se da por vencido fácilmente.

El corazón bombea su pecho con fuerza mientras golpea una y otra vez el botón del ascensor, que parece no llegar nunca. Se mueve nerviosa de un lado a otro, mirando el luminoso que le indica que el ascensor está subiendo, pero nada, no aparece.

—¡A la mierda!

No espera ni medio segundo hasta que decide bajar por las escaleras. Un escalón, otro, escapa de Víctor de una manera descontrolada. Al abrir la puerta del garaje, una bocanada de calor le da en la cara. Corre hacia el coche, se sube y, justo cuando está a punto de arrancar, Víctor abre la puerta del copiloto y se sienta junto a ella.

—No pienso permitir que te vayas así. —La mira, pero ella fija su vista al frente—. Me da exactamente igual que no me mires, que no me hables, que te importe tres narices lo que digo...

—Pero ¿se puede saber qué quieres? ¡No entiendo a qué viene esta persecución! ¡No me has dejado en paz en todo el día! —Noemí se gira y le habla elevando la voz, desagradable e, incluso, soberbia.

—¡Quiero saber qué coño te pasa! ¡Quiero saber por qué me besas y te acuestas conmigo siendo una persona y a las pocas horas te conviertes en otra!

—¡Olvídate de esa Noemí que da besos porque no soy yo! ¡Yo soy esta! La que estás viendo ahora, la... ¿cómo era? —Noemí se burla del apodo cariñoso que Víctor utiliza con ella—. ¿Mujer de hielo? —Niega con la cabeza mirando al frente de nuevo.

—No te va a funcionar.

—Tengo que irme.

—¿Puedes mirarme un segundo? —Noemí no le hace ni caso—. ¡Mírame! —Víctor la coge por la cara y gira su rostro—. Esos ojos... ¿Sabes qué es lo que más me llama la atención de ellos? No es su color, ni la mirada que transmiten; es esa capacidad que tienen de ser sinceros. Y en ellos veo algo tan diferente a lo que dice tu boca... Tu preciosa boca. —Acaricia con su dedo pulgar los labios de Noemí despacio, cuando ve como una lágrima comienza a resbalar por su mejilla.

—No has cambiado... Eres el mismo inmaduro, mujeriego y niñato de hace años —Noemí utiliza un tono tranquilo que hiela el corazón de Víctor, que no entiende de qué está hablando.

—¿Cómo?

—Te gustaba ligar con las chicas, jugar con ellas, demostrarles a los demás que las tenías a tus pies, humillarlas... Ese eras y ese sigues siendo. —Deja de luchar contra sus lágrimas y les da vía libre para brotar de sus ojos.

Víctor se separa de ella y se deja caer sobre el asiento del coche. Ahora es él quien mira al frente intentando recordar quién es Noemí, de qué se conocen y, sobre todo, por qué habla con tanto sufrimiento de él.

—Ni siquiera te acuerdas de quién soy. Fui tan insignificante para ti como lo sigo siendo ahora.

—¡Eso no es verdad!

—¿El qué? ¿Qué es lo que no es verdad? ¿Lo de antes o lo de ahora? —Se enjuga las lágrimas, mientras él se queda callado—. ¡Si ni siquiera sabes de qué te estoy hablando! —La rabia se apodera de ella—. Sal de mi coche, sal de mi vida y déjame en paz. Una vez me humillaste, pero no habrá dos.

El pecho de Noemí sube y baja, luchando por conseguir las bocanadas de aire que necesita para poder respirar. Aprieta con fuerza el volante y se muerde el labio por mostrarse así, tan débil y vulnerable, pero ya no aguanta más.

—¡No! No sé de qué me estás hablando, pero...

—¡Pero nada! ¡Eres un sinvergüenza! Me produces rechazo —suelta con toda la rabia que acumula en su alma.

—¡Anda, preciosa! Tranquilízate y hablemos. Explícame lo que estás diciendo.

Lo del «preciosa» es lo que le faltaba para aborrecerlo. Ha sido un segundo. No necesita nada más para pasar del amor más sincero al odio más profundo. Es cierto. La línea que separa esos dos sentimientos tan intensos es muy fina, casi invisible.

—Te lo voy a contar por dos cosas: la primera, para que me dejes en paz de una puñetera vez. —Coge aire—. Y la segunda, para que te dé vergüenza mirarme a la cara el resto de veces que tengamos que encontrarnos.

Inspira aire por la nariz, dejando que todo su cuerpo se estire más si cabe. Se limpia las lágrimas con las dos manos, se muerde el labio, vuelve a coger aire y comienza a hablar. Ya todo da igual.

—Era una cría, tenía tantos sueños por cumplir... Y toda mi vida se vino abajo cuando mis padres murieron. —Víctor asiente, recordando aquel día en que le contó su infancia—. A pesar de todo, decidí seguir adelante y ni te imaginas lo duro que fue. Levantarme cada mañana era como levantar una piedra de cien kilos con un calor de cincuenta grados sobre los hombros. Pero lo hice, llegué a la Academia. —Víctor abre los ojos al escuchar esa palabra—. Sí, a la Academia de Policía.

—Nos conocemos de la Academia. —Víctor intenta recordarla.

—Me enamoré de ti con la ilusión de un primer amor cuando ni siquiera te conocía, habiendo compartido unas pocas palabras. —Las lágrimas vuelven a brotar de los ojos, pero ahora son diferentes; no hay rabia, hay pena, tristeza y mucho dolor—. Estuviste a punto de ser el culpable de que mandara el sueño de mi vida a la mierda. Gracias a que mi ángel —al recordar a su padre, sus ojos se vuelven más tristes— me ayudó a seguir adelante.

—Por favor, no llores. —A Víctor le duele ver a Noemí así.

—Fui la chica de la apuesta o... ¡a saber! ¡Igual fui una de las chicas de las apuestas!

En cuanto dice las últimas palabras, Víctor cambia el gesto y Noemí sabe que se acaba de dar cuenta de quién es.

—La cena en el gimnasio...

—¡Anda, mira! Igual fui la única gilipollas.

—Lo siento, ¡era un niño! No medía las consecuencias de mis actos.

—Y ahora sigues sin medirlas.

—No, no soy así. He madurado, soy un loco y cometo muchos fallos, pero intento que no le hagan daño a nadie.

—Bonita manera de no hacer daño... —Noemí niega con la cabeza—. El día que te vi en comisaría no podía creerlo. Cuando Octavio Torres pronunció tu nombre y apellidos, creí que se trataba de una broma. Me había olvidado de ti, no creas que me duró el sufrimiento todos estos años. Pero el día que volví a verte... El día que me llevaste a ver despegar los aviones... ¡Joder! ¿Por qué tuviste que volver a aparecer? ¿Y por qué así? —Vuelven la rabia, la impotencia y el dolor.

—Lo siento, lo siento de verdad.

—Pero eres el mismo y yo no quiero a nadie así a mi lado. ¡Bueno! ¡Qué estúpida! ¡Tú no quieres a nadie a tu lado porque no podrías soportar no ser el centro del mundo! ¡Dejar de pensar en ti y dar algo por alguien! No sabes lo que es querer...

Y no, no lo sabía. Eso le quedó claro a Noemí. No necesitó ni un segundo más para saber que toda esa historia acababa en ese preciso instante. Le dijo que no sabía querer y él se quedó callado. Le pidió que se fuera del coche y así lo hizo, en silencio y avergonzado. Y se juró olvidarse de él, pero de verdad, cerrar su corazón para intentar curarlo.

PARTE II

Víctor

Tres meses, cuatro operativos fallidos y las palabras justas. En eso se traducen los últimos meses de Víctor y Noemí. Desde aquel día en el que parecía que por fin iban a detener a Agathon, el mismo en el que Noemí le había puesto punto y final a aquella historia, todo había cambiado y todo seguía igual. La relación entre los policías se congeló, como tantas veces Víctor había dicho que Noemí era capaz de hacer con su mirada. Fue mutuo. Ella se limitaba a hablar con él lo justo y necesario para la investigación. Él había decidido pasar de aquel tema. No iba a complicarse la vida.

Sin embargo, respecto a la operación, todo seguía igual. Aquellas primeras escuchas y las que vinieron después no fueron más que falsas alarmas, operativos desplegados y fallidos. Víctor estaba seguro de algo no cuadraba, alguien estaba despistando a la Policía y ellos iban cayendo en cada una de las trampas de Agathon.

Víctor mira hacia su derecha y observa el semblante serio de Noemí. No está convencida de lo que están haciendo. Todavía recuerda el día que habló con ella y lo que le costó hacerle entrar en razón.

—Estoy seguro de que hay algún policía infiltrado. ¿Acaso no lo ves?

—Hay cientos de operativos que salen mal y no tienen nada que ver con eso. —Noemí era una firme defensora de la Policía.

—Sí. Y hay muchos otros que se van a la mierda por lo que te estoy diciendo. —Víctor se levantó del banco y comenzó a andar de un lado a otro.

Le había pedido a Noemí verse fuera de comisaría. Ella se negó de inmediato, pero, al explicarle que era por trabajo, aunque no fue fácil convencerla, finalmente accedió a reunirse con él en un parque lejos de comisaría. Víctor no se fiaba de nadie y hasta dudaba de hablar dentro de esas paredes.

—Llevamos meses detrás de él, cayendo en sus trampas, ¡no me puedo creer que no te des cuenta!

—Estás paranoico. —Era alucinante como Noemí le contestaba sin inmutarse, como si no corriera sangre por sus venas, como si el corazón no estuviera a punto de explotarle.

—No lo estoy, ¡joder! —Se agachó de rodillas y la miró a los ojos—. Sé de lo que estoy hablando. Puedo hacerlo solo, pero sabes que será más difícil y estamos juntos en esto.

Aquellas palabras retumbaron en lo más profundo del pecho de Noemí, electrificando todo su cuerpo, poniéndolo en tensión, luchando contra sí misma para eliminar de su vida cualquier «juntos» que se refiriera a ella y Víctor.

—Está bien —dijo finalmente, alzando los ojos al cielo.

Tenía que dejar de verlo para intentar dejar de sentir y la única manera era cerrar la investigación. No le gustaba lo que estaba haciendo, estaba anteponiendo su vida personal a la profesional y ella no era así. Pero no podía más, no soportaba verlo cada mañana con ese aire despreocupado, con esa manera de andar masculina que llenaba de aura positiva todo lo que le rodeaba, con ese maldito hoyuelo en su cara...

Los primeros días después de su conversación en el coche, Víctor se mostraba tímido, evitaba

los encuentros y durante las reuniones bajaba la mirada para no cruzarse con la suya, cobarde y avergonzado. Sin embargo, según fueron pasando los días, volvió a su tono alegre y dicharachero, que dejaba de usar simplemente con Noemí. Con ella, indiferencia. Otra vez.

Noemí aceptó abrir una investigación paralela, a la que simplemente le puso una condición, que el comisario estuviera al tanto de todo. En un primer momento, Víctor se mostró un tanto reacio, no confiaba en nadie, pero si no era así no iba a ser de ninguna otra manera, así que no le quedó otro remedio que aceptar.

Pasaron varias semanas en Mallorca, siguiendo cada paso de Agathon. Además, habían conseguido pinchar uno de los teléfonos del alemán y esas escuchas les habían llevado a donde estaban ahora. Es una nave prefabricada a las afueras de un pueblo cercano a Madrid. Agathon se ha citado con uno de los mayores traficantes de armas de Europa. Noemí y Víctor siguieron el coche de Agathon, que a su vez iba seguido de una furgoneta blanca de grandes dimensiones, hasta llegar a la nave. Están a unos cien metros, resguardados detrás de una pequeña colina desde la que no tienen mucha visión.

—Es muy peligroso. —Noemí sigue sin estar convencida de lo que están haciendo—. Si tenemos que actuar estamos solos, es imposible que salgamos vivos de ahí dentro.

—Lo sé, pero todo va a ir bien. —Víctor mira al frente.

—Agathon tiene varios agentes de seguridad y el otro empresario, también. Nosotros estamos solos. —Noemí intenta parar esta locura.

Por lo menos se lo está poniendo fácil. No ha vuelto a usar esos términos cariñosos, ni insinuaciones o intentos de acercamiento con ella. Ese «*eis frau*» saliendo de su boca había quedado en el pasado.

—¡Se está acercando un coche!

—Es el suyo. —Noemí reconoce uno de los vehículos en los que viaja el empresario.

—Mira. —Víctor señala otra furgoneta prácticamente igual, que sigue al coche.

—Va a ser la entrega, voy a pedir refuerzos. —Noemí nota como las pulsaciones comienzan a acelerarse mientras coge la radio del coche.

—En cuanto entren en la nave voy para allá.

—Vamos. —Ella hace hincapié en el verbo en plural.

—No, ¡voy!

—No.

—Tú me cubres.

—¡Que no!

Sin darle tiempo a más, Víctor sale, ocultándose del coche, y se va acercando a la nave, escondiéndose en los troncos de los árboles que encuentra a su paso. Siente la adrenalina como una especie de hormigueo en todo su cuerpo, mientras su estómago hace un nudo con su garganta. Corre. Otra vez. Se esconde detrás de otro árbol. Mira al cielo y respira. Sale de su escondite y se acerca más, está a punto de llegar a un lateral de la nave donde hay una ventana. Antes de volver a salir, toca con su mano la culata de la pistola, que lleva al lado de la cadera. Respira profundamente y sale corriendo hacia la ventana, a toda la velocidad que alcanzan sus piernas. Se coloca en un lateral y se da un golpe en el hombro. Cierra los ojos para aguantar el dolor y aprieta la boca. Con mucho cuidado, se asoma por la ventana y ve como Agathon y el empresario están hablando mientras cuatro hombres pasan armas de una furgoneta a otra.

—Te tengo, cabrón —susurra Víctor.

Los minutos que vinieron después pasaron demasiado rápido. Víctor entró por la puerta con la pistola en alto al grito de «¡Policía!». Al verlo, los hombres que estaban cargando las armas

sacaron sus pistolas y cubrieron con sus cuerpos los de Agathon y el empresario. Estaban bien enseñados. Víctor disparó rápidamente en las espinillas de los hombres, que se vinieron abajo, lo que le dio tiempo para acercarse un poco más. Y, al momento, más disparos, tiros que iban y venían de un lado a otro. Y ella. Allí de pie, valiente y decidida, manteniendo en alto su pistola. Hasta que una bala impactó en su pecho y la tiró al suelo.

—¡No! —La garganta de Víctor se desgarró.

Casi no recuerda cómo sucedió el resto, solo que cogió su arma y disparó a bocajarro a todos los que tenía delante. Le daba igual cuál de ellos quedara vivo o muerto. Al momento, aparecieron varios agentes que entraron al mismo grito de «¡Policía!». Cuando cesaron los disparos, corrió hacia Noemí como nunca antes lo había hecho, con desesperación, deseando cogerla en sus brazos y ver que estaba bien, que esos ojos seguían matándole con la mirada. Pero no fue así. Noemí tenía el pecho cubierto de sangre y, casi pegado a la axila, se intuía el orificio de entrada de la bala. Víctor se tiró al suelo y la cogió entre sus brazos. Ella casi no podía abrir los ojos, esos ojos que le habían helado el alma, esos que le habían rogado tantas veces que la dejara en paz, esos que nunca mentían y ahora intentaban abrirse para darle las gracias por haberla hecho vivir intensamente. Porque al final eso era la vida, aunque con ello conllevara el sufrimiento.

No sabía qué hacer; recuerda que gritó que alguien pidiera una ambulancia. Recuerda que la abrazó, tan fuerte como pudo. Deseaba cambiarse por ella y, justo en ese momento, se dio cuenta de algo. Si estuviera a punto de morir, le gustaría que fuera así, en sus brazos, para recordar eternamente ese rostro. Y eso significaba que Noemí le había enseñado muchas cosas, pero sobre todo una: le había enseñado a querer y se dejó de florituras; le dijo lo único que sentía en ese momento.

—Te quiero, creo que te quiero de verdad, joder!

Es increíble la capacidad que tiene el ser humano de necesitar llegar al extremo para abrir su corazón, para darse cuenta y aceptar lo que siente y lo que conlleva amar. Sea a quien sea. El ser humano tiene una capacidad innata para vivir y sentir, por mucho que quiera negarse a ello. Y eso le había pasado a Víctor; había llegado al borde del precipicio y se había dado cuenta de cuál era la única forma de no caer. Su alma se desgarró, sintió como si una lija atravesara su corazón poco a poco, hiriéndole despacio. La desesperación le enseñó a priorizar, a elegir, a querer con el corazón al completo. Le enseñó que un segundo es suficiente para saber dónde quieres estar el resto de tu vida.

Noemí

Nunca había sentido sus párpados tan pesados. Ni su boca tan seca. Ni todo su cuerpo entumecido. Aunque hay un dolor más intenso que le hace posar todos sus sentidos en él. Una punzada aguda cerca de su pecho, no sabe identificar dónde.

El olor que percibe le parece desinfectante y, poco a poco, sin conseguir abrir los ojos, va recordando lo que ha pasado. Reconoce ese olor, que le resulta muy desagradable. Está en el hospital. Revive, como si se tratara de un sueño, la vigilancia en la nave a las afueras de Madrid. Repasa sus últimos recuerdos y el sonido impactante de un tiro hace que le dé un espasmo. Por su mente pasan esas imágenes a toda velocidad. La carrera para llegar a la nave, la entrada cerrada, la búsqueda de la ventana, cuatro hombres con pistolas y él solo. No recuerda nada más.

Aprieta los ojos para intentar abrirlos. ¿Cómo es posible que un gesto tan instintivo le esté costando tanto? Noemí piensa en esa gente que tiene un accidente y, de un día para otro, tiene que aprender a vivir de nuevo, de otra forma. No sabe qué le ha pasado y, sobre todo, no sabe qué pasará de ahora en adelante. Intenta abrir los ojos con todas sus fuerzas, pero es imposible. ¿Acaso los tiene abiertos pero no puede ver? Su cuerpo se agita. Necesita saber qué está pasando, pero no puede hablar, no puede hacer nada. De pronto, nota una mano que aprieta con fuerza la suya y sabe al instante de quién se trata. Solo él es capaz de electrificar su cuerpo y, ahora, de calmarlo.

Se relaja y se deja llevar por el sueño. A su mente vienen imágenes de cuando era pequeña. Aquel verano en Alemania paseando de la mano de sus padres. Le encantaba mirar hacia arriba sin que ellos se dieran cuenta y observar cómo se miraban, cómo se sonreían y, algo que aprendió mucho tiempo después, cómo se hacían el amor con la mirada. Cuando eres pequeño no tienes la capacidad de pararte a observar la escena que estás viviendo como si fuera una película y ser consciente de lo feliz que eres. Sin embargo, con el paso del tiempo, aprendes a valorar esos momentos, sobre todo cuando vas creciendo y empiezas a ser consciente de lo rápido que pasa la vida.

Y su vida. Desde que murieron sus padres, había vivido a medias. Sin entregarse. Sin querer por miedo a perder. Hasta que él volvió a aparecer como un huracán, agitando sus sentimientos, devolviéndole las ganas de sonreír. Recuerda cuando le prometió que le haría reír y así había sido. Y así era. A pesar de todo, a pesar de tanto, a pesar de él mismo, ahí estaba con ella, apretando su mano. Y eso es lo que le impulsa a abrir los ojos, aunque cueste, aunque pesen, aunque aparezca una neblina que no le deja ver con claridad. Ahí está él, con esa preciosa sonrisa, con ese hoyuelo con capacidad de comerse el mundo y ahora con sus ojos mostrando una mirada que no conoce.

—Cabezota... Te dije que me esperaras en el coche —susurra acercándose a ella.

Noemí intenta hablar, pero no le sale la voz; nota la boca seca y los labios tirantes.

—Tranquila, ya tendrás tiempo de llevarme la contraria.

Ella necesita más, saber qué le ha pasado, cómo está. Y él ha adquirido la capacidad de leerle la mente.

—Estás bien. Hubo un tiroteo. —Víctor le cuenta con calma lo que ha pasado, sin dejar de acariciar su mano—. Te dieron en el pecho, muy cerca del hombro, pero tuviste mucha suerte. ¡Eres una guerrera, eso ya te lo he dicho muchas veces! —Le guiña un ojo—. La bala salió y no ha causado ningún daño importante, aunque tendrás que tomarte unas semanas de descanso. Estás

cansada porque te han puesto medicación para el dolor, pero te vas a recuperar muy pronto.

Noemí asiente con la cabeza, cansada, más tranquila después de las palabras de Víctor. Ya no siente dolor hacia él; ahora lo necesita cerca, a su lado, cogiendo su mano.

—¡Y no te he contado lo mejor de todo! —Suelta su mano y se acerca a la puerta—. ¡Tengo una sorpresa!

Por la puerta aparece su tía Anette con lágrimas en los ojos, corre hacia ella y la abraza con mucho cuidado para no hacerle daño. Ser madre no es solo haberte llevado en el vientre nueve meses, es algo que va más allá y ahora mismo ella tiene a la suya a su lado.

—Mi niña, ¿cómo estás? —Acaricia con una mano su rostro.

—Estoy... —le cuesta hablar, pero sabe que tiene que hacerlo para tranquilizarla— bien.

—Menos mal, hija mía, menos mal. —Las lágrimas siguen brotando de sus ojos sin descanso.

Pasa el día y Noemí lo vive a ratos dormida y a ratos despierta. Observa, como si fuera una espectadora, la relación entre su tía y Víctor, que parece que han hecho muy buenas migas. Y vuelve a ser esa niña feliz, mirando desde lejos, pensando en lo afortunada que es de tener esa segunda madre que nunca la ha dejado sola.

De pronto, su tía se levanta, se pone la chaqueta y coge el bolso. Noemí gira un poco el cuello hacia su derecha y ve a través de la ventana que ya es de noche.

—Me voy ya, mañana a primera hora estoy aquí.

Noemí le sonrío y vuelve a hacer esfuerzos para hablar; ahora le cuesta un poquito menos.

—¿Cómo te has enterado?

Su tía ladea la cabeza hacia la derecha apuntando a Víctor. Noemí cierra los ojos, resignada.

—Descansa y no hagas esfuerzos. —Le da un beso que se alarga en la mejilla—. *Ich liebe dich* —le dice que la quiere.

Se despide de Víctor y otra vez vuelven a estar solos en la habitación.

—No tenías que haberle dicho nada.

—Veo que ya vas cogiendo fuerza para echarme la bronca. —Víctor acerca la butaca a la cama y se sienta junto a ella.

—¿Qué pasó con Agathon?

—Lo tuvimos. Y al otro empresario también. Gracias a tu cabezonería... Si no llegan los refuerzos, no lo habríamos contado. —Niega con la cabeza al recordar su imprudencia—. Han encontrado en su casa documentos que lo incriminan. Lo que imaginábamos: tráfico de armas, drogas, blanqueo de capitales... A gran escala, más de lo que pensábamos. —Se acerca más y le coge la mano—. Va a pasar el resto de su vida en prisión.

—Entonces, ¿ya se acabó todo? —sale un hilo de voz de su garganta.

Víctor asiente y ella deja caer una lágrima por su mejilla. No sabe si es por los calmantes o por ser consciente de lo cerca que estamos de la muerte, de cómo un instante puede cambiar tu vida para siempre... Pero, ahora mismo, siente pena y nostalgia al ponerle punto y final a la investigación. Se acabó todo.

Y él, como no ha dejado de demostrar, vuelve a leerle la mente.

—Todo no. Nosotros no. —Se acerca a ella y le acaricia con dulzura el rostro.

Noemí gira la cara y mira hacia la ventana, dejando caer sus lágrimas. Está confundida. Él parece no darse por vencido.

—¿Qué pasó, *eis frau*? —Las últimas palabras se clavan en el alma de Noemí, provocándole mucho más dolor del que esa bala le causó.

—Nada.

Victor

¡Qué idiota es el ser humano! Se dio cuenta de lo que la quería cuando estuvo a punto de perderla.

Noemí duerme plácidamente mientras Víctor la mira y repasa sus facciones, blancas y bien marcadas. Es preciosa. Se acerca a ella hasta quedar a pocos centímetros de su boca, le acaricia con dulzura el rostro mientras siente su respiración y se aproxima un poco más, hasta casi rozar sus labios. En ese instante, ella abre los ojos y se aparta.

—Lo siento. —Víctor se avergüenza.

—Es mejor que te vayas. Te agradezco mucho el tiempo que has estado acompañándome, pero es mejor así. —Noemí ya tiene la cabeza más asentada y, tras pasar los primeros días de emociones a flor de piel, vuelve a su convencimiento de separarse de Víctor.

—Lo siento, por todo. Por lo de la Academia —baja la mirada—, era un niño y quería fardar... No sabes la rabia que me da haberte hecho tanto daño, cuando más necesitabas un abrazo. —Levanta la cabeza y ve una lágrima recorriendo lentamente la mejilla de Noemí—. Siento haber sido un gilipollas hace años y también siento lo que haya pasado ahora. Algo cambió... No sé qué fue, pero lo siento de verdad.

—¿Cómo puedes decir que sientes algo que no sabes ni lo que es?

—Porque me parte el alma hacerte daño.

Noemí mira hacia otro lado y a Víctor le puede la impotencia, la necesidad de que lo perdone, de que lo escuche, de que le dé otra oportunidad...

—¿Recuerdas aquel día en tu casa? —pregunta Víctor.

Ella se queda en silencio; parece que no sabe a cuándo hace referencia.

—Me preguntaste qué significaba para mí esto.

—Y te quedaste callado... —Se gira y lo mira a los ojos.

—¿Sabes por qué lo hice? Porque algo se había despertado en mí y tenía miedo de reconocerlo. Tenía miedo de darme cuenta de que me había enamorado de ti.

Buf. Lo había dicho. Por primera vez en su vida. Duele. Nunca se creyó capaz de sentir algo así y, mucho menos, exteriorizarlo. Pero todo había cambiado. Se acerca a ella y pasa las dos manos por detrás de su cuello, acercándose a sus labios.

—No, por favor —suplica ella.

—¿Cuántas veces me has pedido que te deje? ¡Y todas ellas tus ojos me rogaban que no lo hiciera!

—Te liaste con otra. —Noemí tira de su cuello hacia atrás para que Víctor la suelte.

Víctor se sorprende y se separa de ella, gira sobre sus pies y se lleva las manos a la cabeza, nervioso. Se acuerda de aquella chica. No significó nada. Fue solo sexo, una noche sin más. Tiene que ser ella, porque ha sido la única desde que estuvo con Noemí por primera vez.

—Fui a buscarte...

Víctor no tiene ni idea de lo que habla. Debió de ser cuando él estaba en el baño... Y la chica no le dijo nada. No se lo puede creer. Aprieta los puños con rabia. ¡Mierda! ¡Qué gilipollas!

—No teníamos nada, nunca nos habíamos prometido nada, no podía reclamarte... Pero me di cuenta de algo: la gente no cambia.

—No significó nada...

—Para mí sí.

—Poco a poco me fui enamorando de ti. Mi corazón lo sabía, pero mi cabeza no. O no quería

saberlo —habla mirando a la puerta, dándole la espalda a Noemí—. Nunca he querido comprometerme. —Se gira y la mira—. Sí, por idiota, por miedo, por tener lo que para mí es libertad... Pero estaba tan equivocado... El otro día, cuanto pensé que te perdía, me di cuenta de dónde quería estar el resto de mi vida, descubrí lo que es el miedo de verdad y supe que la libertad es tener alas y, aunque parezca extraño, esas alas te las da alguien que vuela contigo, a tu lado...

—Has pasado una situación complicada y por eso piensas así ahora... —Noemí vuelve a ese tono severo—, pero pasará... Y tú volverás a ser el que eras. El que eres. Y yo no te quiero a mi lado.

—Déjame demostrarte que no es así. Soy un loco, ¿es cierto! Pero los locos también se enamoran. —Se acerca a ella y se aproxima a sus labios, cogiendo su cabeza con desesperación.

—La gente no cambia. —Coge aire—. Eres un niño que se pasea con un cuerpo escultural aparentando ser un hombre. No sabes lo que es comprometerte, lo que es sufrir por otra persona y dejar de mirar tu ombligo.

Están muy cerca. Él mirándola con ansia, con impotencia, intentando que crea lo que dice. Ella con dolor y luchando contra lo que desea con el corazón.

—Por favor... —Víctor se acerca y roza sus labios—. Te quiero.

—Por favor... —Noemí no se separa y siente el calor de esa boca—. Vete...

A veces no hacen falta palabras. Sobre todo, cuando dos personas se entienden más allá de sus propias miradas. Sin embargo, muchas veces chocan... Las miradas hablan de verdad, mientras las palabras mienten. Eso le había pasado a Víctor con Noemí. Hasta ahora. Hasta ese «vete» rogado con sus ojos.

No necesitó más. No insistió más. Era la primera vez que se lo pedía de verdad. Fue complicado dar un paso atrás, pero se lo debía. Por todo lo que le había hecho en el pasado, por todo lo que le hizo en el presente y por todo lo que podría sufrir si aquello seguía adelante.

Porque así era él. Un hombre que no medía las consecuencias de sus actos. Y, ahora, por primera vez en su vida, se había dado cuenta de cuánto se puede perder. Había ido por la vida como una apisonadora, dejándose llevar por sus impulsos, por las ganas, por la prisa. Y no se había parado a pensar ni un solo segundo.

Si lo hubiera hecho, si hubiera pensado en los demás, si hubiera mirado de verdad los ojos de Noemí... ¡Cuánto tiempo creyó conocerla mejor que ella misma! ¡Y qué equivocado estaba! Porque no vio lo más importante; ella le había entregado su alma, lo quería de verdad y le pedía a gritos que no la soltara. Y él no supo verlo.

Noemí

Ha pasado una semana desde que Noemí le pidiera a Víctor que se fuera. Una semana, con sus siete días y tantas horas eternas sin su compañía. Una semana en la que se ha ido recuperando, pero su corazón está más dañado que nunca, más triste, más solitario. No ha vuelto a tener noticias tuyas, sabe que es lo mejor y, sin embargo, le gustaría tanto que volviera a atravesar esa puerta...

A cambio, ha tenido la compañía de su tía Anette, que la ha mimado y le ha contado historias de cuando era joven para hacer más entretenidas sus largas tardes en el hospital. Esa mujer que dio su vida por ella. Noemí la mira mientras le ayuda a hacer la maleta y muestra una sonrisa dulce y a la vez nostálgica.

Pasa por su cabeza la idea de irse a vivir a Alemania, no con ella, porque necesita su independencia, pero sí cerca, para poder visitarla a diario. Es una buena idea para poner distancia a sus sentimientos, para intentar que los kilómetros sirvan de barrera al dolor. Sería la forma de agradecerle todo lo que ha hecho por ella, darle su compañía y su cariño. Aunque le cuesta irse de España, dejar su vida aquí... Pero, en realidad, aquí no tiene nada... El recuerdo de sus padres, sus costumbres, la soledad de su piso... El trabajo, su profesión. A eso sería difícil decirle adiós.

Suspira. Termina de doblar uno de los camisones que ha llevado puesto los últimos días y cierra la maleta.

—Es hora de irse. —Su tía Anette le sonrío feliz.

Noemí coge la maleta y mira la habitación. Tiene un sentimiento extraño; está deseando salir del hospital y dejar de oler ese desinfectante nauseabundo. Necesita sentir la brisa en la cara, respirar y llenar los pulmones de aire puro. Aunque en Madrid cada vez es más complicado...

Siente una presión en el pecho que le hace echar una última mirada a la butaca ahora vacía. Todavía recuerda sus últimas palabras, su primer «te quiero»... Aprieta los labios con fuerza para mantener sus lágrimas a raya. Híncha su pecho y deja salir el aire por la boca.

Mantiene el brazo que está cerca de la herida en cabestrillo y con la otra mano agarra con fuerza la maleta. ¡Cuánto ha cambiado en los últimos meses! Se ha vuelto mucho más débil, más sensible... Y no sabe si le gusta. Volver a sentir duele, duele mucho.

—Si tú quieres, volverá. —Su tía la conoce bien y sabe lo que está pensando.

—No quiero que vuelva.

—A mí no tienes que engañarme, hija.

—No es tan bueno como parece, tía Anette... Me ha hecho mucho daño.

—No sé lo que habrá pasado entre vosotros, ni por qué no ha vuelto a aparecer por aquí... No se separó de ti ni un segundo. Vino contigo en la ambulancia y no se movió de esa butaca mientras te operaron. Quería estar a tu lado cuando te despertaras y prácticamente ni quería ir a comer.

—Si tú no estabas, tía...

—No, pero me lo dijo una enfermera. Me hablaba de la suerte que tenías con un novio que te quisiera así.

—No es mi novio.

—No te enfades, hija. —Le acaricia con las dos manos los hombros—. Solo déjame decirte una cosa. —Noemí asiente—. Alguien que no quiere, no mira así.

—¿Ya estás lista? —Una enfermera entra por la puerta con voz dicharachera y corta la conversación.

—Sí, ¡ya nos vamos! —tía Anette contesta por ella.

—¡Que vaya muy bien! Cualquier cosa, ya sabes dónde estamos. —Muestra una sonrisa amplia rodeada por un pintalabios rosa chillón.

—Muchas gracias —Noemí le contesta amable—. Espero no tener que volver.

El taxista deja a Noemí y a su tía en el portal de casa. Al entrar en el apartamento, está oscuro, como siempre. Y vacío, quizá más vacío que nunca. Anette sube rápidamente las persianas para que entre luz, andando como loca de un lado a otro de la casa.

—¡Hija! Podías poner alguna plantita que le dé un poco de color a este sitio. —Empieza a amontonar los cojines del sofá a un lado.

Noemí piensa que igual tiene razón.

—Tenías que haberte quedado aquí estos días, tía. No me puedo creer que hayas estado en un hotel...

—No te preocupes, hija. —La coge por el brazo que tiene libre—. ¡Ven!

La acerca al sofá y vuelve a colocar los cojines. A Noemí le hace gracia ver la cantidad de veces que los aprieta por los lados... ¡Como si así estuvieran más mullidos!

—Acuéstate aquí.

Le hace caso y se deja caer en el sofá. Apoya la cabeza en la montaña blandita que ha construido su tía en cuestión de segundos y se acomoda.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? ¡Estarás harta de la comida del hospital!

—No tengo mucha hambre.

—Te dejo algo hecho para estos días. —Va a la cocina y empieza a sacar cazuelas y sartenes.

En un par de horas, Anette se despide de Noemí porque tiene que volver a Berlín. Le habría gustado quedarse con su sobrina más días, pero tiene una consulta médica y no puede faltar. Tenía idea de volver a España si Noemí seguía en el hospital, pero, como ya está en casa, por el momento lo pospondrá.

—Mi niña, cuídate mucho. —La abraza con fuerza y la herida hace que Noemí se mueva incómoda.

—Estoy bien, tía, vete tranquila.

—Si necesitas mi ayuda, dímelo y cojo un avión de inmediato.

—Lo haré.

—Promételo.

—Te lo prometo. —Le sonrío, cansada.

Después de diez minutos más en los que Anette se ha despedido varias veces de su sobrina, sale de casa. Noemí escucha el portazo y su pecho se destensa. Lo necesita. Necesita estar sola.

A la mañana siguiente, se levanta y se da cuenta de que no ha dejado la ropa preparada en la silla. ¡Pues sí que está cambiando! Coge del armario unos vaqueros y una camisa blanca y, después de ducharse como puede, se viste para poner rumbo a comisaría.

Al llegar, va directa al despacho del comisario, no sin antes ir respondiendo uno a uno a todos los policías que se acercan a preguntarle cómo está. Le satura tanto interés, sabe que debe agradecerlo, pero no está de ánimo para hablar con nadie. Además, odia ser el centro de atención, a pesar de que muchos alaban su valentía y la de Víctor, al que espera no encontrarse.

Se deshace como puede de la gente diciendo que tiene prisa porque tiene que ir al médico, cosa que es mentira, hasta llegar al despacho del comisario. Toca a la puerta y desde fuera escucha su voz dándole paso.

—¡Agente Becker! ¡Cuánto me alegro de verla aquí! —Se levanta y le estrecha la mano que tiene libre.

—Gracias por su visita, sé que estuvo allí el día que me ingresaron.

—Sí. —Se acerca a su sillón y le hace una seña con la mano para que ella se siente también—. No he querido ir de nuevo porque no quería recordarle el trabajo. Pero he sabido por el agente Martínez que su evolución ha sido favorable.

Al escuchar su nombre, un nudo aprisiona su estómago. Él. Otra vez él a su lado. En su vida.

—Vengo a despedirme de usted. El agente Martínez me informó de que el caso está cerrado, así que ya no hago nada más aquí.

—Justamente de eso quería hablarle...

—Si le soy sincera —Noemí corta al comisario sin dejar que se explique—, he valorado incluso la opción de irme a Alemania, pero sé que al final no lo voy a hacer... Lo que tengo claro es que no quiero seguir aquí. —Su voz suena tajante.

—¿Ha habido algún problema? Me gustaría saber si ha pasado algo... No entiendo su obstinación con dejarnos.

—No, no hay ningún problema, pero, como sabe, mi trabajo acaba cuando termina una investigación —explica con tranquilidad—. Voy a solicitar unos días para terminar de recuperarme; después pondré rumbo a donde me destinen.

—Agente Becker, no le había comunicado nada, pero no sé si es posible...

—La investigación está cerrada. —Noemí no piensa dejarse convencer.

—No, no está cerrada.

—¿Cómo? —se sorprende.

—No puedo informarle aquí.

—Pero Agathon está ya en prisión...

—No es Agathon —el comisario habla muy bajo.

—Entonces podrán poner a otro agente en mi lugar. —No va a dar marcha atrás.

—Sí, eso es cierto. Pero me gustaría que fuera usted. ¿Habría alguna posibilidad de que valore la decisión?

—No —suena firme, por primera vez en su vida ante un superior—. Lo siento, pero, si no es necesaria mi participación, no hago nada más aquí.

—Creo que le gustaría saber de qué se trata... —Octavio Torres insiste.

—Gracias por todo, comisario. —No quiere escuchar más.

—No, gracias a usted. Espero que volvamos a encontrarnos.

Noemí le sonrío, esperando que esta sea la última vez que tengan que verse. No entiende lo de que la investigación no está cerrada. Es muy extraño. Pero le da igual, se acabó. Ahora tiene que ponerse a sí misma por delante y lo que necesita es romper con la investigación, con la comisaría, con él.

Víctor

El olor a mar llena sus fosas nasales, haciéndole respirar más intensamente. Le encanta esa brisa fresca acariciando su rostro. Víctor cierra los ojos e intenta poner la mente en blanco, recrearse en el sonido de las olas rompiendo contra las rocas, en las gaviotas alzando el vuelo, en el canturreo de los pajarillos.

Necesitaba tomarse unos días para pensar e intentar comprender lo que le estaba pasando. Había decidido viajar a Asturias, a la zona de La Franca, donde había pasado muchos veranos con sus primos y que le traía tan buenos recuerdos. Es la primera vez que necesita salir de su rutina para poner en orden la cabeza. Tantas primeras veces...

Cuando decidió salir de Madrid, puso rumbo a la carretera de La Coruña sin tener muy claro hacia dónde ir. Según fue avanzando kilómetros se le ocurrió pasar unos días en este lugar tan bonito. La Playa de La Franca tiene un encanto especial; es pequeña y está rodeada de grandes rocas que, cuando baja la marea, dejan paso a cuevas impresionantes. El contraste del azul del mar con la arena clarita y el verde de las montañas la convierte en un paisaje de ensueño.

Con los ojos cerrados, piensa en lo que ha vivido los últimos meses. ¿Cómo es posible haber llegado a este punto? ¿Cómo es posible sentir tantas ganas de poder retroceder en el tiempo para corregir errores? Él, que nunca se había preocupado por eso. Él, que sabía vivir por encima de todo.

Una sensación desconocida, esa de saber que la has cagado y no encontrar la manera de solucionarlo. Esa de saber que has perdido, sin ni siquiera haber sido consciente de cuánto podías haber ganado.

No sabe qué hacer. Pensaba que Noemí era una chica más, otra en su larga lista, una menos que conquistar, alguien con quien disfrutar sin comprometerse, sin sufrir. Sin embargo, había sido algo tan diferente... Le había enseñado a querer con el corazón al completo, le había enseñado lo dura que puede ser la vida a veces y le había gritado con el alma que hay oportunidades a las que debes agarrarte porque se van. Se van y no vuelven.

¿Y ahora qué? Acaba de aprender a querer y no sabe cómo debe comportarse, qué decirle a su corazón, qué explicarle a su cabeza para que entienda que se acabó. ¿O quizá no? Si lo dejara pasar, no sería Víctor. Él no se conforma con un no, y punto. Pero ella está tan dolida... Y él tan avergonzado...

Hincha la vena de su cuello y aprieta los puños, notando la arena áspera. Siente una presión en el pecho y, por un momento, tiene miedo de que le esté dando un infarto. ¿O será verdad eso de que el amor duele también físicamente?

Una pelota le toca el pie, haciéndole abrir los ojos.

—Perdone, señor. —Un niño con coloretos, de unos cuatro años, lo mira con unos ojos tan negros como el carbón.

—No te preocupes, no pasa nada. —Le sonrío.

—¿Qué hace aquí? —El niño tiene ganas de conversación.

—He venido de vacaciones, ¿y tú?

—Estoy jugando a la pelota con mi papá. —Señala a un señor que está un poco más atrás.

—¿Qué divertido!

—Mi mamá viene más tarde porque está trabajando en el supermercado y nos ha dicho que la esperemos aquí.

—¡Qué bien! Así jugáis los tres juntos. —Víctor no tiene ni idea de cómo lidiar con un niño.

—¿Quiere jugar con nosotros?

—No, gracias, me duele un tobillo. —Al instante se da cuenta de que le está poniendo excusas a un niño...

—Bueno... —levanta los hombros decepcionado—, usted se lo pierde. Aunque me parece que ahí está aburrido. A mí no me gusta nada cuando tengo que estar sentado en la toalla haciendo la digestión. ¿Está usted haciendo la digestión?

—No. —Víctor se ríe.

—¿Y está solo? —Víctor afirma con la cabeza—. ¿No tiene *marida*?

La última ocurrencia del niño hace que Víctor estalle en una carcajada. ¡De verdad que nunca sabes por dónde pueden salir!

—No, no tengo *marida* —contesta, repitiendo las palabras del pequeño.

—¡Pues menudo rollo! Mis papás se quieren un montón, siempre se dan besos y se dicen que se quieren mucho. También me cuentan cosas de cuando se conocieron y a todas horas repiten la suerte que han tenido en encontrarse. —Vuelve a levantar los hombros, dudando—. No sé muy bien a qué se refieren con eso.

—La verdad que sí, son muy afortunados...

El padre del niño alza la voz para pedirle que deje de molestarlo.

—¡No se preocupe! —alza la voz Víctor.

—Bueno, señor, me tengo que ir, ¡que se lo pase bien!

—Gracias.

¿Qué pasa? ¿Que ahora el mundo entero le va a decir lo bonito que es el amor? Niega con la cabeza, un poco disconforme con la tinta rosa con la que se pintan algunas historias. Suena su móvil. Es de comisaría.

—¿Sí?

—Buenas tardes, agente Martínez.

—Buenas tardes. —Víctor no conoce la voz que está al otro lado.

—Soy el inspector Valderas. Siento molestarle, sé que está unos días fuera, pero le llamo porque ha ocurrido algo que no puede esperar. —La voz es firme y ronca.

—Dígame.

—El comisario Torres ha aparecido muerto en su despacho.

Víctor no puede creer lo que acaba de escuchar. Siente una punzada en el estómago.

—¿Cómo es posible? ¿En su despacho? Pero ¿se sabe algo más? —Por su cabeza pasa la idea del suicidio, algo que prácticamente descarta, y... ¿el asesinato?

—No puedo darle más información por teléfono, necesito que venga cuanto antes.

—Estoy fuera de Madrid, pero salgo inmediatamente para allá.

—Gracias.

Cuelga el teléfono y se levanta a toda prisa, corriendo como un huracán por la playa. La arena le impide coger más velocidad. Sube a la habitación del hotel, que está al lado de la playa, recoge las pocas cosas que ha llevado y sale con su bolsa de viaje chocando por las paredes del pasillo. A su llegada a recepción, la amable señorita, bastante maquillada, le pide que espere unos minutos que para él se convierten en horas.

—Tengo mucha prisa, tengo que salir inmediatamente para Madrid y no puedo esperar más. ¿Podría hacer el *check out* por teléfono?

—¿Por teléfono? —se sorprende.

—Sí.

—No es posible, lo siento.

Espera unos minutos más, que aprovecha para entrar con su móvil en internet y revisar si el suceso ha trascendido ya a la prensa. Por el momento, parece que no, pero sabe que no tardará en aparecer en todos los medios de comunicación.

—Disculpe —la chica llama su atención y por fin Víctor pone rumbo a Madrid.

Después de cuatro horas y media en las que ha conducido más rápido de lo que debería, llega a comisaría levantando el polvo del aparcamiento de tierra. Mira el reloj y sabe que es posible que en unos días le llegue alguna multa. Ahora mismo eso es lo de menos.

Entra en el edificio a toda velocidad y pregunta por el inspector Valderas. No lo conoce. Por fin le indican que lo están esperando en una de las salas y se dirige hacia ella. En cuanto entra, lo primero que ve es a Noemí y su corazón se paraliza. Sigue teniendo el brazo en cabestrillo, lo que le recuerda esos pocos días en el hospital. Es un instante en el que se olvida de qué hace en comisaría y el terrible motivo por el que ha tenido que viajar así. Todo su mundo se concentra en ella, la ve como aquellos primeros días, con su pelo recogido en un moño bajo, flanqueando la frente por un flequillo bastante denso, el traje de chaqueta negro y la camisa blanca, esas gafas de pasta que dejan pasar la mirada verde más bonita y fría del mundo.

—Pase. —El que imagina que es el inspector lo devuelve a la realidad. Noemí mira sus papeles y evita volver a cruzar sus ojos con los de Víctor—. Ha llegado antes de lo que pensaba. Soy el inspector Valderas. Por favor, siéntese.

Además de Noemí, Claudia también está en la sala. Víctor hace lo que le pide el inspector y no saluda a nadie. No sería muy normal ponerse a dar besos o la mano en la situación en la que están.

—Los he reunido aquí porque ustedes tres son los agentes que dirigieron la investigación Agathon.

—¿La muerte del comisario está relacionada con la investigación?

—La pasada noche, alrededor de las diez, la señora de la limpieza encontró el cuerpo. Casi seis horas antes, desde su ordenador, envió un mensaje a su mujer diciéndole que la quería, que nunca lo olvidara.

—¿Nada más?

—Una carta escrita de su puño y letra que los agentes encontraron en su escritorio en la que decía que sentía un gran cargo de conciencia y pedía perdón, haciéndose responsable de la grave crisis de reputación que atravesaba la comandancia.

—No es posible.... —Víctor no cree lo que le dice el inspector, no ve al comisario un hombre capaz de suicidarse.

—Los primeros agentes que llegaron al lugar de los hechos determinaron que el caso es un suicidio que responde a la presión que ha sentido el comisario tras las duras noticias surgidas a raíz de la detención de Agathon.

Por todos era sabido que la prensa, en vez de titular con la detención de uno de los traficantes más buscados de Europa, lo había hecho con el fracaso de la Policía al haberle costado tanto dar con él.

—Los agentes determinaron que el comisario no había podido con la presión y con su mano izquierda se había disparado en la cabeza. La autopsia ha determinado que el proyectil entró por el lado izquierdo y salió por el derecho.

—No es posible. —Víctor niega con la cabeza.

—La investigación sigue abierta.

Tras algunas instrucciones, terminan la reunión dejando abierta la posibilidad de que no se

trate de un suicidio. Parece que el inspector tiene sus dudas, aunque no ha querido expresarlas.

Víctor sale de la sala y se va al coche. Necesita pensar, hay algo que no cuadra en toda esta historia. De pronto, escucha que alguien da dos toques en el cristal del copiloto. Es ella. Ahí está. Baja la ventanilla.

—¿Puedo? —dice Noemí señalando el asiento de copiloto.

Víctor asiente y la emoción se dispara. Ahora es ella la que lo busca a él. Igual no está todo perdido. Noemí se sienta y se gira para mirar a Víctor a los ojos, pero no transmite nada. Indiferencia. A él le duele esa actitud mucho más que cuando le pedía que la dejara en paz. Esto también debe de ser cosa del amor.

—Hay algo raro en todo esto...

—Yo también lo creo. —Víctor se da cuenta de que Noemí está ahí única y exclusivamente por trabajo.

—Hace unos días estuve con el comisario para despedirme...

—¿Despedirte? —Víctor no deja que siga hablando.

—Sí —ella contesta rotunda, firme y con una mirada de desagrado que hace que Víctor no siga preguntando más.

—Bueno... ¿Y qué? —se cabrea.

—Me dijo que la investigación no estaba cerrada —susurra—. Creí que se refería a algún juicio paralelo o a alguna persona más implicada, surgida a raíz de la detención de Agathon. Pero ahora creo que no... El comisario sabía algo que no compartió con nadie. Además, me dijo que no me lo podía contar allí...

—Está claro que hay algo turbio. No me creo que el comisario se haya suicidado, ¡por Dios! ¡Es una locura!

—La gente habla en los pasillos de la presión de la prensa...

—¡Y una mierda la presión! —Víctor corta a Noemí—. El comisario Torres tenía una vida perfecta con su familia, siempre presumía de eso... Incluso se rumoreaba que iba a ser abuelo. ¡Joder! Parece mentira que lo conocieran...

—Solo quería que lo supieras. —Abre la puerta para salir del coche y Víctor la agarra por el brazo. Nota como ella se tensa.

—Tenemos que estar juntos en esto. Tenemos que saber qué ha pasado.

—Lo estamos —contesta ella. Y añade—. En esto.

Noemí

Pensaba que aquella iba a ser la última vez que vería al comisario Torres, pero no precisamente por lo ocurrido. Cuando el inspector Valderas se puso en contacto con ella para informarle sobre los últimos acontecimientos, no pudo negarse a seguir formando parte de la investigación. A pesar de todo, seguía siendo una profesional y no era el momento de dar la espalda.

Son las siete de la mañana y Noemí ya está delante del saco de boxeo, descargando su rabia. No sabe si es por la muerte del comisario, por un caso que parece imposible de cerrar, por sentirse una marioneta en manos de alguien que está riéndose de la Policía o por tener que seguir viendo a Víctor.

Otra vez había sucedido. Su corazón se había congelado, pero no por la indiferencia que quiso mostrar, sino porque parecía que había dejado de latir al tenerlo frente a ella de nuevo. Esa mirada cuando entró en la reunión, esa cercanía posterior en el coche... ¡Dios mío! Era realmente complicado estar a su lado y tener que construir un muro infranqueable. Le costaba tanto como si lo de construir el muro fuera literal.

El saco se aproxima a ella y le da con toda la fuerza que puede otro golpe. Vuelve a ella rápidamente y le responde con otro más intenso. El sudor corre por su cuerpo, intentando ser la manera de sacar de dentro todo lo que le hace daño. Esa mirada, esa sonrisa perfecta, esos brazos firmes, ese pelo medio despeinado, ese maldito hoyuelo... Y, sobre todo, eso que tiene dentro.

—¡Blando! —Señala su corazón con el índice de la mano derecha—. ¡Eres un blando!

Con lo firme que era su cabeza y lo poco resistente que estaba siendo su corazón. ¡El maldito se había empeñado en seguir sintiendo! ¿Cómo era posible?

—¿Cómo puede un corazón partido en mil pedazos seguir latiendo? —Se sienta en el suelo, rendida, y habla en alto, pensativa—. Seguir queriendo...

Mira el reloj. Son las ocho menos cuarto. Perfecto. Todo en hora. Sale del gimnasio y sube al coche para ir a comisaría. Ha pasado una semana desde que se descubriera el hallazgo del cadáver del comisario, siete largos días en los que la máscara de la indiferencia había sido su mejor amiga. Le valía tanto para Víctor como para Claudia, que no cejaba en sus intentos de querer ser su mejor colega.

—Buenos días, Noemí —Claudia la saluda en cuanto entra en comisaría—. ¿Te apetece un café?

—No, gracias, ya he tomado uno —Noemí cortaba cada conversación con respuestas que no daban lugar a seguir hablando.

—He pensado que igual podíamos quedar un día para comer y así conocernos un poco mejor. —El comportamiento de la Sandra Bullock de los primeros días se había convertido en el de una Bridget Jones.

—Algún día. —En su vida lo hará.

Claudia se queda parada, inmóvil, sin contestar nada. Noemí se da media vuelta y se dirige a la sala de reuniones, donde, a su llegada, encuentra a Víctor. Él solo.

—Buenos días.

—Buenos días —responde él sin quitar la vista de los documentos que está revisando.

Los dos saben que ahí no pueden hablar mucho más. Después de quedar en investigar por su cuenta qué había detrás de aquel asunto, no han vuelto a reunirse porque ninguno de los dos tiene nada nuevo.

—¿Cómo estás? —Víctor intenta entablar conversación con ella.

A Noemí le parte el alma esa mirada y una banda sonora suena en su cabeza al ver esos ojos, que parecen sinceros, con la mejor de sus intenciones.

—Bien. —Pero ella no puede flaquear, no se puede mostrar débil ni un solo segundo.

—Me alegro. Sé que vas a seguir aquí.

—Era bastante obvio. —¡Boom! Otra de esas contestaciones con las que sube el pan.

—Me alegro también de eso —el tono camelador vuelve a la carga.

—Yo no. —Aprieta los labios sonriéndole con falsedad.

—¡No siempre llueve a gusto de todos! —responde él guiñándole un ojo.

La rabia llega como un huracán y las ganas de levantarse, decirle que es un idiota y que lo odia con todas sus fuerzas empujan con ímpetu. Pero no. Tiene que controlarse. Aprieta los labios e intenta que su pecho se relaje. No quiere que la delate.

—Buenos días. —El inspector Valderas, acompañado de Claudia, entra en la sala, dándole a Noemí una tregua.

—Buenos días —contestan al unísono los dos agentes.

—Hasta para esto nos ponemos de acuerdo ahora —le susurra Víctor a Noemí.

—Perdón, ¿decía algo? —pregunta el inspector.

—No, nada.

—Bien, tenemos nuevos datos. —Saca varios papeles y los pone encima de la mesa—. La titular del juzgado aspiraba a recomponer el puzle con todas y cada una de las piezas porque había circunstancias del suicidio que no le encajaban.

—¿Cómo es posible que se esté haciendo tan rápido? Normalmente estos procedimientos llevan mucho más tiempo —comenta Noemí.

—Al tratarse de un policía, y más siendo comisario, los procedimientos cambian. —Y continúa relatando—. Durante esta semana, como saben, la jueza ha interrogado varias veces a un buen número de agentes y ha reconstruido los hechos de aquel día. Desde que el comisario aparcó su moto en el garaje poco antes de las cuatro de la tarde y entró en el edificio, hasta varias horas después del hallazgo de su cadáver.

—Para matarse —Víctor sigue el discurso entrecomillando la última palabra con las manos—, utilizó una de las pistolas que forma parte de la dotación del Cuerpo Nacional de Policía, una Heckler & Koch USP Compact.

—Efectivamente —continúa el inspector— y esa arma tenía huellas borradas.

Los tres policías se ponen en tensión. Las sospechas de Víctor y Noemí se confirman.

—El arma solo tiene las huellas del comisario, fijadas muy ligeramente y en sitios exactos. La jueza ha determinado que la investigación continúa abierta porque no hay presión en las huellas ni movimiento.

—Es rebuscado —comenta Claudia.

—Es una jueza muy buena. —Al inspector no le gusta que ponga en duda el trabajo de su compañera.

—¡Claro! —comenta Víctor—. Si una persona se va a suicidar, coge el arma con fuerza... Y efectivamente, las manos deberían haberse movido por el arma.

—La jueza tiene serias dudas de que fuera un suicidio —sentencia el inspector Valderas.

Victor

Victor camina nervioso de un lado a otro en el salón de su casa. Esta investigación se les está complicando demasiado. Nunca pareció fácil, pero lo del comisario roza el límite de lo real. La jueza confirmó sus sospechas: no se había suicidado. Lo sabía.

La necesita. Coge su móvil y, sin dudarlo, marca el número de Noemí, que responde al segundo tono.

—Dime.

—Agente Becker, siempre tan amable... —Victor levanta las cejas y mira al techo.

—¿Qué quieres?

—Hola, ¿qué tal? Estás perdiendo la amabilidad y saber estar de los alemanes... —vuelve ese tono canalla.

—Y tú has perdido tu oportunidad. —Sin decir ni una sola palabra más, cuelga el teléfono.

Victor mira la pantalla del móvil, asombrado.

—¡No puede ser! ¡Hay que andar con pies de plomo con esta mujer!

Vuelve a marcar el número y Noemí no contesta. Es dura de pelar. Esto no es nada nuevo. Se ríe. Le encanta su forma de atravesar a quien se proponga con esa mirada heladora, su altanería y firmeza... Y sus ganas escondidas de comerse el mundo. Porque tiene fuerza para eso y para mucho más, para todo lo que se proponga.

Insiste con la llamada. Nada.

«Por favor, cógeme el teléfono. Es importante. Víctor».

Envía el mensaje. Espera dos minutos y vuelve a marcar. Al tercer tono descuelga.

—Vale, entendido. —Victor sabe cuándo debe cortar la broma.

—Dime —sigue usando el mismo tono.

—Necesito que nos veamos, no dejo de darle vueltas a un tema de la investigación y quiero comentártelo. ¿Podrías ahora?

—¿Ahora?

—Sí. —Le encantaría preguntarle dónde ha dejado esa profesionalidad suya que le hace abandonar lo que sea si hay un motivo de trabajo detrás, pero sabe que no debe jugar con fuego..., por lo que decide añadir un simple—. Es importante.

—Está bien.

—¿Te espero en mi casa?

Noemí se queda en silencio. Duda.

—Debemos ser discretos —Victor insiste.

—Está bien. En una hora estoy ahí. —Cuelga. Sin dedicarle un «hasta ahora», «hasta luego», «un beso»... Y un... ¿«te quiero»?

¡Lo del beso es imposible! Y lo del «te quiero»... De su boca no saldrá, pero Víctor sabe que de su corazón, sí.

Es cierto que la cita es en su casa para ser discretos; algo le huele muy mal en esta historia y no se fía de nadie, pero también es verdad que quiere llevarla a su terreno. Tiene muy claro que no se va a dar por vencido. Se lo debe a ella por todo lo que ha sufrido por su culpa; se lo debe a él por haberse enamorado y, sobre todo, se lo debe a ese «juntos» que suena tan bien cuando lo suman ellos dos.

Coge la escoba, la fregona, un trapo y se pone a limpiar la casa. En realidad está bastante

limpia; no es que él sea un amo de casa estupendo, sino que le paga a una chica para que vaya un par de veces a la semana. Sin embargo, siente esa necesidad de que todo esté perfecto.

Mete una botella de vino en la nevera y prepara dos copas. Toda la vida ha sido un conquistador, ha llevado a decenas de mujeres a su casa, pero ella es diferente... Siente un cosquilleo en el estómago como si fuera un adolescente preparándose para su primera cita. Otra primera vez. Con ella.

Exactamente una hora después, suena el telefonillo. Víctor se mira en el espejo y se encanta.

—¡A por ella! ¡Que no se diga! —Se guiña a sí mismo el ojo.

Abre la puerta y espera su llegada. Siguen esos nervios nuevos para él. Realmente querer implica muchas cosas, muchísimas sensaciones.

—Hola. —El ascensor se abre y aparece Noemí.

Está preciosa. Ha dejado en casa ese traje que casi parece su uniforme y viste unos vaqueros que marcan unas caderas y un trasero de infarto, acompañados de una camisa de raso y manga larga azul marino. El pelo lo lleva recogido en su moño.

Pasa de largo y entra en el salón. Se queda de pie, intenta aparentar seguridad, pero Víctor la conoce bien y sabe que no tiene muy claro cómo comportarse. Por lo tanto, la mujer de hielo al ataque.

—¿Quieres tomar algo? He metido una botella de vino a enfriar...

—Esto no es una cita —Noemí corta la frase de Víctor.

Él levanta las manos en señal de rendición y le sonrío. No cambia. Se acerca al sofá y le indica que se siente a su lado. Tiene documentación esparcida por la mesa.

Ella se sienta, pero dejando una distancia bastante prudencial entre ambos. Él oculta la risilla que le produce su comportamiento. Se separa el flequillo, nerviosa, y pone sus manos entre las piernas.

—Tú dirás. —Se nota que está incómoda.

—He estado revisando otra vez la documentación y creo que la persona que ha matado al comisario ha sido un policía.

Noemí abre mucho los ojos e hincha su pecho. Se mueve nerviosa en el sofá.

—Mira. —Víctor le muestra un esquema que ha hecho a bolígrafo—. Hubo seis intentos de detención y todos fueron falsas alarmas. Hasta el último, en el que solo estábamos informados nosotros dos y el comisario.

—El chivatazo tuvo que salir de comisaría...

—Puede que Octavio Torres descubriera al topo y por eso lo mataron.

—Solo nos queda saber lo más difícil... Quién.

—Voy a entrar en su despacho.

—Está completamente sellado, es imposible.

—Me las apañaré —responde Víctor con seguridad—. Voy a revisar su ordenador, sus ficheros... Tengo que encontrar algo.

—Se han llevado prácticamente todo.

—Necesito que revises toda la información que tiene asuntos internos. A fin de cuentas, estábamos implicados en la investigación, no creo que duden de nosotros... De hecho... —Víctor se calla.

—De hecho, ¿qué? —Noemí es lista y sabe lo que quiere decir—. Que podríamos estar en peligro...

Víctor afirma con la cabeza, mordiéndose su labio.

—He pensado que igual deberíamos incluir a Claudia en estos encuentros. —Todavía no está

muy seguro de ello—. Es una de las mejores agentes en la lucha contra el tráfico de armas...

A Noemí se le disparan todas las alarmas. Piensa en ella, en su manera de llegar a comisaría los primeros días, en sus silencios en las reuniones, en mantenerse en un segundo lugar, en el comportamiento que ha tenido últimamente, queriendo ser su amiga, cambiando su forma de ser, aparentando ser más débil, dócil, incluso algo tontita...

—Claudia no sabía nada de la operación el día que detuvimos a Agathon. —Sigue pensando, pero ahora lo hace en alto.

—¿Claudia? —Víctor se sorprende.

Noemí le cuenta lo que hace unos segundos ha pasado por su cabeza y a Víctor no le parece una idea tan descabellada. Todo lo que dice es cierto: Claudia ha jugado un papel muy importante en la investigación, pero desde la discreción...

—Tenemos que tenderle una trampa —propone Víctor.

—Si es ella... ¡no se nos puede escapar! —La emoción de su descubrimiento ha hecho que sus cuerpos se hayan juntado escasos centímetros.

—Hacemos muy buen equipo, *eis frau*. —Se supone que esa palabra está prohibida, pero no puede evitarlo... A pesar de que ella le dedica una mirada de esas que atraviesan como un puñal.

—Tengo que irme. —Se levanta, nerviosa.

—¡Espera! ¡Tenemos que celebrarlo! —Él se levanta detrás de ella.

—No hay nada que celebrar.

—Yo creo que sí. —Víctor se acerca a ella y quedan frente a frente. Ella no se aparta—. Sería tan fácil si tú quisieras... ¿Acaso no ves cómo se acoplan nuestros cuerpos? ¡Lo notas como yo, joder! Estoy seguro. —Se acerca más y casi puede sentir los labios de ella rozando los suyos.

—Tengo que irme —consigue decir Noemí.

—Si quisieras irte, no estarías así, quieta, esperando lo que los dos necesitamos.

Se acerca y se arriesga, sabiendo que se puede dar un golpe que lo parta en dos. Pero quien no arriesga no gana. Ha cambiado mucho en estos meses, pero su esencia sigue intacta. Él también puede comerse el mundo. La diferencia con Noemí es que él es consciente de ello. Y ahora ella es su mundo. La besa, despacio, deteniéndose en la electricidad que produce el contacto con todo su cuerpo. Sus músculos se tensan y su mano se desplaza hacia la parte baja de su cintura. La acerca a él sin dejar de acariciar esos labios que queman. Ella se deja hacer y él siente fuegos artificiales. ¡Joder! Otra primera vez.

Noemí se separa, lo mira a los ojos y deja caer una lágrima por su mejilla.

—Tienes razón, ¿sabes? Lo necesito, pero no lo quiero. Y siempre he tenido muy claro lo que quiero en esta vida y, sobre todo, lo que no. Y tú estás en ese «no».

Se separa y se acerca a la puerta, limpiando sus lágrimas.

—¿Te acuerdas de que te dije que algún día te haría sonreír? —Ella está a punto de cruzar el umbral—. Pues ¡escúchame! —Levanta la voz—. Algún día estaré en ese «sí».

Un portazo como respuesta. Los hombros de Víctor dejándose caer decepcionados. Un camino directo a la nevera. Una botella que debía haber sido para dos. ¿Una copa? ¿Para qué? Coge la botella y se sienta con ella en el salón hasta bebérsela entera.

—Te has clavado aquí —alarga la última palabra, visiblemente afectado por el alcohol, y lleva su mano derecha al lado izquierdo del pecho.

Noemí

Noemí espera impaciente en la cafetería en la que ha quedado con Víctor y Claudia. Hace un día malísimo, con lluvia y viento, y el local ofrece una sensación muy agradable, con sus mesas y sillas de madera. Pide un café caliente y repasa en su cabeza el plan establecido con Víctor la tarde anterior.

—¡Hola! —Claudia se acerca a Noemí, dicharachera.

Le da dos besos y deja a la alemana sorprendida. Es la primera vez en su vida que lo hace. Debe de ser que, como no están en comisaría, piensa que es una quedada de amigos... A Noemí no la engaña, sabe que, por mucho que vaya de inocente, no tiene ni un pelo de tonta.

—Hola. —Al momento llega Víctor, que omite besos a nadie, pero no se le olvida una mirada cómplice a Noemí.

—Vamos mejor a una de las mesas, es más íntimo —propone Noemí.

—¿Por qué hemos quedado aquí? —Claudia cambia un poco el tono y se pone más seria.

—Lo que tenemos que decirte no podemos hacerlo en comisaría —explica Víctor.

Ella se tensa. Noemí la observa. No sabe si es porque puede ser la persona que están buscando o porque nunca se ha visto en una igual y siente cierto temor a lo que se sale de lo estrictamente correcto.

Noemí antes era así también. Para ella, dudar de un policía era una barbaridad. Sin embargo, había tantos hechos que hablaban por sí solos... Y, al final, no se puede tapar el sol con un dedo.

—Antes de la muerte del comisario, tuve una charla con él —Víctor comienza a relatar—. Me dijo que había un policía infiltrado en la organización de Agathon y que él sabía quién era.

La alemana sigue sin quitar ojo a Claudia. Intenta observar cada movimiento, por si la delata, pero parece que ahora ni se inmuta.

—Me dijo que tenía toda la documentación que lo incrimina en el despacho de su casa. — Víctor hace una pausa que aprovecha para analizar los gestos de Claudia—. Mañana vamos a entrar a buscar esa documentación.

—Está bien —afirma Claudia convencida.

—Por favor, no comentes nada —pide Noemí y ella asiente— con nadie. El que está detrás de esto puede ser cualquiera.

—No os preocupéis.

La siguiente hora la pasan organizando su entrada a la casa del comisario. Claudia parece hasta animada con la idea. Noemí y Víctor empiezan a dudar. Quizá no es ella la persona a la que buscan...

En cuanto se hace de noche, Noemí y Víctor se suben al coche de ella y se dirigen a casa del comisario a hacer guardia.

—Si es ella, tiene que venir hoy. —Víctor duda.

—Yo tampoco lo tengo claro... Solo se puso tensa cuando le dijimos que era un tema extraoficial. —Entrecomilla la última palabra con sus dedos.

—Lo vi... No sé, quizá estamos equivocados y la vamos a cagar. —Víctor se desespera.

—Tranquilo. —Noemí hace una mueca, lo que podría ser un pequeño atisbo de sonrisa.

—Esta investigación nos ha traído de cabeza desde el principio. Hemos dado tantos palos de ciego... Y, sin embargo, no quiero que se acabe nunca. —Le devuelve la sonrisa, aunque la suya es mucho más visible.

Ella suspira profundamente. Se muerde los labios y niega con la cabeza.

—Soy el hombre más pesado sobre la faz de la tierra, ¡sí! Pero ya te lo dije, voy a hacer lo posible por ser parte de ese «sí», por ser un «sí» al completo. —Le toca la barbilla con la mano para que no le retire la mirada—. Además, el mundo es una mierda. ¡Piénsalo! Pones las noticias y no ves más que desgracias: la gente enferma, hay guerras, nos estamos cargando el planeta y tú mejor que nadie sabes la cantidad de malos que hay ahí fuera. ¿No es maravilloso decir las cosas bonitas en alto? ¡Hablar de amor!

Noemí aprieta los labios y sube las cejas mientras niega con la cabeza de un lado a otro. Definitivamente, está como una cabra...

Las luces de un coche acercándose hacen que se pongan en guardia. La casa del comisario se encuentra en una urbanización a las afueras de la capital. El chalet se encuentra detrás de una valla de piedra con unos grandes setos de arizónicas encima. El coche se para un poco delante de lo que están ellos y de él se baja una chica. No hay duda, a pesar de la oscuridad: es ella, es Claudia.

—¡Bingo! —Víctor está eufórico.

Claudia se dirige a un lateral de la casa y busca entre los setos algún hueco para entrar. Víctor y Noemí la siguen de cerca. Por fin, da con él y, como puede, entra en la propiedad.

—¿Estás grabando? —Noemí le pregunta a Víctor.

Víctor afirma sacudiendo la cabeza arriba y abajo. Todo está planificado a medida. Al llegar a la zona, hablaron con los agentes encargados de la vigilancia y les dijeron que tenían que ocuparse personalmente de estar allí esa noche, que podían irse a casa. No les costó mucho convencerlos; toda la comisaría sabía que Víctor y Noemí eran los responsables de dicha investigación y, aunque era un poco extraño que les mandaran a ellos a esa vigilancia, no pusieron pegas.

Para Claudia ese detalle había pasado por alto. Y, por suerte, no se había dado cuenta de su presencia. Había sido lista para algunas cosas, pero últimamente había fallado en otras, como cambiar su actitud. Eso era de manual. Los nervios habían podido con ella e, intentando pasar desapercibida, era cuando más había llamado la atención.

Siguen detrás de ella, que con cuidado atraviesa el jardín y comienza a dar vueltas a la casa buscando un lugar por el que entrar. La cinta de la Policía que prohíbe el paso rodea toda la vivienda.

Deben tener cuidado, no pueden ser descubiertos porque mandarían todo el plan a la mierda. Caminan muy despacio detrás de ella, sigilosos. Víctor mira a Noemí, que va detrás de él, y le muestra una mano para que la coja. Ella abre mucho los ojos y niega con la cabeza.

—¡No se va a cansar nunca! —se queja en susurros.

—¡Nunca! —contesta él, girándose de nuevo.

Ella lleva su dedo índice a los labios y se enfada, haciéndole señas para que se calle. Él levanta las dos manos y pasa sus dedos pulgar e índice por la boca, haciendo el gesto de cerrar una cremallera.

Al momento, observan como Claudia abre con cuidado una ventana que no debía de estar anclada del todo y, con determinación, entra en la vivienda. Víctor y Noemí dejan pasar un breve espacio de tiempo e imitan el gesto.

La casa está oscura, pero en algunas estancias hay grandes ventanales que dan claridad, gracias a la luna que ilumina con intensidad la noche. Llegan a lo que parece el despacho y ven a través de una rendija de la puerta como Claudia abre y cierra cajones, armarios, levanta

papeles...

—Eres buena actriz. —Noemí entra en el despacho y la sorprende.

—¡Noemí! ¿Qué haces aquí? —disimula.

—Te aseguro que no lo mismo que tú.

—He pensado que debía venir a buscar la documentación cuanto antes, por si la persona implicada se nos adelantaba... —Se toca el pelo nerviosa.

—No lo sigas intentando. Estás detenida. —Noemí saca de la parte de atrás de sus vaqueros unas esposas.

Justo cuando se va a acercar a ella, sus pies se detienen al ver una pistola apuntándole directamente al pecho. Su corazón comienza a palpar a toda velocidad. Mierda. Rápidamente, lleva la mano hacia su pistola...

—¡Ni lo intentes o te pego un tiro! —Claudia reconoce ese movimiento.

—¿Qué quieres?

—Deja que me vaya.

—No. Te detendrán de todas formas.

—No, si no dices nada...

—Está bien. —Noemí empieza a notar a Claudia demasiado nerviosa.

—¿Te crees que soy gilipollas? La única manera de que te quedes callada es pegándote un tiro. ¡Lo sé! Sé que, si no, irás corriendo a decírselo a tu amiguito, al que estoy segura de que te follas... Y luego iréis juntitos de la mano a decírselo al inspector... ¡Y una mierda! —Empuña con determinación el arma.

—Baja el arma...

—¡Lo has jodido todo! No tenía que acabar mal...

—¿Acaso matar al comisario no te parece mal?

—No estaba en mis planes, pero el muy gilipollas se metió donde nadie le llamaba. Quiso saber más y a veces hay que parar.

—Para ahora... Hazme caso, Claudia. —Noemí levanta las manos y se aproxima despacio a ella.

—Ni se te ocurra acercarte. —Empieza a llorar desesperada.

—Todavía estás a tiempo de arreglarlo. —Intenta hacerle entrar en razón.

—¡Y una mierda!

—Escúchame, Claudia... —Tiene que entretenerla como sea.

—¡Que te calles!

—Claudia...

—¡Se acabó!

El sonido de un tiro ensordece la casa del comisario.

Victor

No iba a pasar otra vez por eso. No pensaba quedarse quieto mientras Claudia apuntaba al pecho de Noemí. Dejó la grabadora en la puerta del despacho y atravesó la casa a toda velocidad. El corazón se le salía por el pecho, agotado del esfuerzo y de los nervios. Pero nada era comparable al dolor que le producía imaginar a Noemí como aquel día en la nave.

Abrió con sigilo una ventana que estaba detrás de Claudia. Noemí lo vio y su cuerpo se tensó. Hablaba, intentando entretenerla, que se centrara en ella, aunque corría el peligro de cabrearla demasiado y que de la pistola saliera una bala directa a su pecho.

Pero Víctor fue más rápido y, en un movimiento magistral, justo cuando disparó, la cogió por los brazos y la bala se clavó en el techo. Por pocos segundos. Víctor apretó los brazos de Claudia con fuerza y la tiró al suelo para ponerle las esposas.

En cuanto la inmovilizó, corrió hacia Noemí y la abrazó con fuerza.

—¿Estás bien? —Miró su cuerpo para asegurarse de que no le había rozado el tiro, que estaba sana y salva.

—Sí. —Se abrazó a él. Lo necesitaba, los dos lo necesitaban.

Ahora sí. Todo había terminado.

En cuanto llegaron a comisaría con ella y le tomaron declaración, contó todo lo que había pasado. Sabía que estaba descubierta y no tenía sentido entorpecer a la Policía. Quizá así contaría con algún beneficio...

Relató cómo había empezado todo. Llegó a comisaría y no veía la manera de destacar entre sus compañeros, le encargaban casos sencillos, sin riesgo, sin la posibilidad de hacer algo grande y recibir una medalla. Y ella había nacido para destacar.

Lo de Agathon fue una casualidad, ninguno de los dos los buscaba y, sin embargo, ambos encontraron la horma de su zapato. Fue una noche en una discoteca de Mallorca. Claudia había decidido viajar unos días a la isla para desconectar de la profesión que estaba empezando a considerar una auténtica mierda.

Ella estaba un poco afectada por el alcohol, él la vio y se acercó. La invitó a otras dos copas. El alcohol y una conversación de una hora escasa fueron suficientes para acabar en la cama. A la mañana siguiente, Agathon vio la placa sobresaliendo de su bolso, que descansaba en el sofá de su casa.

Fue realmente fácil. La tanteó y, cuando vio que era la persona indicada, fue directo al grano. Al principio, ella dudó, pero la suma imperiosa de dinero que Agathon le ofreció le hizo decidirse. Nunca más volvieron a acostarse. Agathon prefería no mezclar los negocios con el placer. A Claudia tampoco le importó; prefería que no la vieran con él.

Y así empezó una relación en la que Claudia le daba información sobre la Policía y a su vez falseaba otra sobre él. Lo tenía todo controlado. O eso creía ella.

En su declaración también contó que el comisario le había hecho varias preguntas que le hacían sospechar que podía haberla descubierto. Hasta esa noche. Estaban prácticamente solos en comisaría, la llamó a su despacho y la puso contra las cuerdas. Claudia iba preparada. Había llevado un arma con silenciador y no dudó en apretar el gatillo. Ese hombre no iba a fastidiar sus

planes de convertirse en una mujer poderosa, a costa de quien fuera.

Y todo lo demás ya lo sabían.

—Buenos días, agentes. —El inspector Valderas entra en la sala donde Víctor y Noemí esperan.

—Buenos días —responden al unísono.

—Quiero darles la enhorabuena por su trabajo. Si ustedes no se hubieran dado cuenta, todavía seguiríamos con el topo aquí dentro.

—¿Se sabe qué va a pasar con ella? —Noemí siente lástima por Claudia.

—La van a juzgar por asesinato ya que, como saben, es una forma de homicidio más grave a causa de las circunstancias en que se lleva a cabo. En el caso de la detenida, para facilitar la comisión de otro delito y evitar que se descubriera. Con estos hechos, lo más probable es que le caigan hasta veinticinco años en prisión. —Hace una pausa—. A estos habría que sumarles la pena por traición, que podría oscilar en torno a los diez años. Todo dependerá del juez.

—Podrían ser más de treinta años —Víctor piensa en alto.

—Podría ser... Pero ya saben lo que pasa luego con las penas.

—No creo que le queden ganas de volver a delinquir cuando salga. Habrá pasado más de un cuarto de su vida en prisión —añade Víctor.

—La gente no cambia —comenta Noemí.

—Los he reunido también por otro motivo. Nos ha llegado una información confidencial de otra red de tráfico de drogas a gran escala y quiero encargarles la dirección de la operación a ustedes. —Les entrega dos carpetas.

—Por supuesto —responde Víctor, asintiendo con la cabeza.

Noemí se queda callada, mirando la carpeta sin abrirla. Se nota que su mente está a kilómetros de esta sala. Tiene la vista perdida.

—¿Agente Becker? —el inspector llama su atención.

—Lo siento, pero no va a poder contar conmigo.

—¿Cómo? Precisamente quería proponerle un puesto en esta comisaría.

—Le agradezco la oportunidad, pero justamente cuando hablé con el comisario fue para despedirme de él... —Hace una pausa y coge aire—. Tuve que posponerlo por lo que ocurrió, pero prefiero seguir ocupando mi puesto.

—Agente Becker, le estoy proponiendo un puesto de más responsabilidad,

—Lo sé. —Noemí sabe que sería la oportunidad de echar raíces en algún sitio, pero... con él no, imposible.

—Piénselo unos días.

—Lo siento, inspector. —Noemí niega con la cabeza.

—¿Es una decisión en firme? —El inspector Valderas habla con ese tono de voz tan serio que lo caracteriza.

—Sí, agradezco la oportunidad, pero no hay vuelta atrás.

—Está bien —acepta, conforme—. Se encargará usted, agente Martínez. Le buscaré un compañero de mi total confianza y los reuniré de nuevo para darles más información.

—De acuerdo.

Sin más comentarios, se despide de Noemí, deseándole que vaya todo muy bien, y los deja solos. Ella se levanta rápido para salir detrás del inspector, pero la voz de Víctor hace que se detenga.

—¿De verdad te vas a ir?

—Sí —contesta de espaldas, sin darse la vuelta.

Víctor asiente con la cabeza y aprieta los labios. Se acabó. Es absurdo seguir intentando algo que jamás va a poder ser. No responde nada. La mira y, aunque solo ve su espalda, sabe que las lágrimas están brotando de sus preciosos ojos verdes. Lo mismo que le está sucediendo a él al ver como el amor de su vida, el único, le dice adiós para siempre.

Noemí

Fin. ¡Cuánto cuesta en ocasiones pronunciar la palabra que pone el punto final a algo! En este caso, a su tiempo en esta comisaría. Durante su carrera, había cambiado de centros en varias ocasiones, guiada por las investigaciones para las que iba siendo necesaria. Como había sido esta última vez. Sin embargo, cuando pisó esta comisaría pensó que quizá podía quedarse aquí, y el inspector le había dado esa oportunidad, pero nada más lejos de la realidad. Él le obligaba a dejar otra vida nueva a sus espaldas.

Noemí recoge las cosas que tiene en su puesto. No son muchas, nunca ha sido una persona de llevar fotos de familia o detalles parecidos al trabajo. Tiene una taza de café, tres libretas, una botella de agua, un cubilete con bolígrafos y un calendario. Poco a poco, va metiendo las cosas en una caja de cartón, despacio, como si su subconsciente quisiera alargar el tiempo entre esas cuatro paredes.

Mete el calendario. Fin. No hay nada más que guardar. Siente la mirada indiscreta de muchos compañeros, que no se acercan a decirle nada. Es bastante evidente que deja su puesto de trabajo aquí. Suspira.

—¿Ya te vas? —Una de sus compañeras se acerca a ella.

—Sí. —Vuelve a suspirar.

—Te echaremos de menos. —Le sonríe con amabilidad—. A veces es complicado encontrar buenos compañeros en un mundo de tantos egos.

Noemí suspira y sonríe, cerrando sus párpados y volviéndolos a abrir despacio.

—Gracias, yo también os echaré de menos. —No está acostumbrada a mostrar sus emociones y se extraña al escuchar esas palabras de su boca.

—Si en algún momento cambias de opinión, podrías volver cuando quisieras.

—Bueno... Eso nunca se sabe.

—Yo sí lo sé. —Se acerca a su oído—. Tengo muy buena relación con el inspector Valderas. —Le guiña un ojo y Noemí entiende que esa relación no debe de ser estrictamente profesional.

—Tomo nota —se limita a contestar.

—Contéstame solo si te apetece, no quiero ponerte en un compromiso, pero... ¿por qué te vas? —Levanta los hombros—. Has formado parte de una investigación que os ha traído de cabeza, ha dado mala fama a la comisaría, pero, finalmente, ha sido todo un éxito y ha sido gracias a ti y a tu compañero. Sé que te han ofrecido un buen puesto.

—Tardaría demasiado tiempo en explicártelo...

—Eso no es una respuesta. Pero vale, aceptado. —No quiere ser indiscreta.

Noemí vuelve a sonreírle suspirando.

—Que te vaya muy bien. —Se acerca y le da un abrazo.

—Gracias.

Suspira. Otra vez. Es normal que nadie entienda a qué se debe su decisión. La única que se había dado cuenta de lo que había entre ella y Víctor había sido Claudia. Jamás se lo habría imaginado. Quizá más del comisario, que, en varias ocasiones, los pilló a punto en la sala que habían compartido durante tanto tiempo.

Se deja llevar por un impulso y camina hacia ese lugar que ha sido testigo de tantos síes y noes. De tantos «a la mierda, me dejo llevar» y tantos «quiero, pero no debo». Con el corazón bombeando con fuerza y una sensación molesta en la boca del estómago, entra en la sala. Cierra la

puerta y baja los estores. Pasea entre la mesa, las sillas... Y recuerda todo lo que ha vivido con él. Otra vez a su lado. Después de tantos años. La vida es puñetera y se empeña en ponernos delante de quien creemos olvidado, ¿para qué? Cuando hay lugar para segundas oportunidades, tiene sentido, pero en este caso... Vuelta al sufrimiento, a la desazón, a la sensación de sentirte imbécil, impotente y más enamorada que nunca.

Se sienta en una de las sillas, se muerde los labios y niega con la cabeza. La agacha y se tapa la cara con las manos. Se pone en alerta al escuchar la voz de Víctor al otro lado de la sala. Debe de estar en la contigua, que utilizan para tomar café. Debería salir corriendo, evitar a toda costa encontrarse con él, pero siente la necesidad de dejar que su voz inunde sus canales auditivos, quiere disfrutar de él porque va a ser la última vez.

—... llevo por aquí solo un par de días. —Es la voz de una mujer que desconoce.

—Encantado, entonces. —Siempre tan perfecto... Noemí levanta las cejas y mira con los ojos al techo, negando con la cabeza.

—Ya te había visto. —Tiene una voz muy sensual. Él no dice nada y ella sigue—. ¡Como para no fijarse!

¡Madre mía! Directa al grano. Parece que la nueva no se anda con rodeos. Y ahí está, Víctor ya tiene su nuevo entretenimiento. Noemí sigue escuchando. Le da las gracias al cielo por estar ahí, porque, si tenía alguna duda, en este preciso instante sabe que no hay marcha atrás. Que no tiene sentido, que no está equivocada, que no, que no y que no.

—Gracias —responde él. Y, aunque no lo ve, sabe que estará mostrando ese maldito hoyuelo acompañando su sonrisa.

—También soy nueva en la ciudad, soy de Córdoba.

—¡No hace falta que lo jures! —Se ríe.

—Ya... ¡El acento sigue ahí y espero que no se me vaya nunca! —La verdad es que parece una chica muy agradable, lo que le da más rabia a Noemí todavía...

—¡Seguro que no! La esencia nunca se pierde —¡Dios mío! ¡Este hombre no cambiará en la vida!

—Había pensado que quizá podríamos ir un día a tomarnos algo y así conocernos un poco mejor...

No ve nada, pero no hace falta. Ese tono de voz pide guerra a gritos. Se acabó. No puede más. Noemí se levanta de la silla negando con la cabeza una y otra vez. La ira recorre su cuerpo de principio a fin. Piensa en el saco de boxeo y nota como sus brazos y piernas tiemblan con la tensión. Se para delante de la puerta y respira un par de veces. Está muy nerviosa. Uno, dos, tres, cuatro... Inspira, espira... No vale la pena...

—¡Me encantaría! —Víctor contesta dicharachero.

Noemí coge el pomo de la puerta. No quiere escuchar más.

—Pero... —escucha la palabra que detiene sus pies— no creo que sea buena idea.

—Vale, lo siento... Imagino que tienes pareja. —La chica debe de estar avergonzada, porque ha cambiado radicalmente el tono de voz.

—No, no la tengo, pero, a pesar de haberme enamorado de una mujer fría como el hielo, que no quiere saber nada de mí..., yo solo quiero estar con ella.

El corazón de Noemí se paraliza. Su cuerpo se activa. Abre la puerta y sale a todo correr por los pasillos de comisaría. No. No puede ser. No debe ser. Llega a la mesa y coge la caja de cartón para salir cuanto antes de ese lugar.

Se ha enfrentado a todo tipo de situaciones peligrosas y tensas, y nunca, en toda su vida, ha sentido la adrenalina como ahora. Pidiéndole que mueva sus piernas rápido, luchando contra una

cuerda que tira con fuerza de su corazón hacia dentro.

Ella siempre consigue lo que se propone, rompe la cuerda y deja atrás a ese puñetero idiota que se ha empeñado en ponérselo difícil.

—¡Mierda! ¿Quién me habrá mandado ir a esa puñetera sala?

Víctor

¿Acaso se puede decidir no tener pareja? Víctor creía que sí, que podía elegir cómo vivir su vida. Ser independiente, no tener ataduras, ni compromisos, y mucho menos miedos, esos que implica querer.

Querer nos hace vulnerables, nos expone, nos enseña a ceder, a mirar por otros ojos que no son los tuyos y nos obliga a compartir latidos con otra persona. Vida. Nos enseña que, si es de verdad, te enamorarás cada día de sus virtudes y aceptarás sus defectos. Que ese «cada día» recogerá lo más bonito que tenéis. El volver, el estar, el llegar y encontrar a ese alguien esperándote. O esperar tú. La necesidad de ser, dejando de ser tú solo.

A Víctor se lo enseñó ese instante en el que Noemí estaba malherida en sus brazos. O eso había imaginado, porque cada vez estaba más convencido de que se fue enamorando de ella sin darse cuenta. De sus miradas, de sus contestaciones, de esa manera de aparentar indiferencia ante él, de la frialdad que a él le transmitía calor, hogar... De esa tímida sonrisa.

—¡Guau! ¿Esto es lo que se siente?

Deja atrás a la chica que le ha tirado los trastos. Es la primera vez que le dice que no a una mujer que le parece guapa y atractiva. Pero no le hace vibrar... Y ahora que sabe lo que se siente... ¡El resto no merece la pena!

Sabe que está haciendo lo correcto. Sabe que, por primera vez, no ha pensado solo en su entrepierna. Y, sobre todo, sabe que es lo que quiere hacer. Estar con ella.

Mira el reloj. No sabe si Noemí se irá de su casa, pero imagina que dejará todo aquello que le recuerde sus últimos meses. O igual se va a Alemania con su tía... La cabeza de Víctor piensa rápidamente. ¡Como si tiene que viajar por el mundo entero!

Sale de comisaría dispuesto a coger su coche y empezar ese viaje que lo lleve a ella, cuando de pronto la ve. Ahí está. Dejando una caja de cartón en el maletero de su coche. Corre. No se puede creer la suerte que acaba de tener. No puede dejar que se vaya.

—¡Agente Becker! —grita, acercándose a ella.

No lo escucha y se mete dentro del coche. Víctor corre todo lo rápido que le dejan sus piernas.

—¡Agente Becker! —insiste.

Noemí arranca el coche y da marcha atrás. Víctor gira entre el resto de coches y corre hasta plantarse delante del de Noemí, que tiene que dar un frenazo brusco.

Víctor tiene la respiración entrecortada, la mira y ve esa cara de enfado. Él pone las manos juntas, pidiéndole perdón por el susto que acaba de darle. Y ella baja muy cabreada del coche.

—¿Pero qué haces? ¿Estás loco? —grita con rabia.

—Sí, por ti, ¡pero eso ya lo sabes!

Noemí se queda callada, niega con la cabeza y se da media vuelta para entrar en el coche. Víctor corre tras ella, la coge de la mano, ella se niega, pero él aprieta con fuerza y la lleva hacia el asiento del copiloto.

—¿Qué estás haciendo? —se enfada más.

Víctor abre la puerta del copiloto, consigue que se siente y cierra la puerta.

—Ahora tengo que contarte todo lo que no sabes —le dice desde la ventana.

Recorre el morro del coche y se sienta detrás del volante. Se le acaba de ocurrir una idea estupenda. Noemí se ha hecho la dura, pero se queda quieta en el asiento. Sabe que tiene una oportunidad, quizá la última. No la va a dejar pasar.

Pisa el acelerador y coge la carretera, conduciendo con tranquilidad. Ella está callada y evita mirarlo, aunque Víctor se percata de alguna que otra intención de girar su cabecita.

El coche entra en un camino de tierra, pasan al lado de un río y el color anaranjado del cielo enmarca la escena. Ella se coloca en el asiento, nerviosa, seguramente ya sabe a dónde se dirigen. Él sonríe. Sigue un poco más y, a pocos metros, detiene el coche. Se baja sin decir nada; el olor a paja seca le recuerda a aquella tarde, ¿quién le iba a decir en aquel momento todo lo que iba a pasar después? Gira por delante del coche, abre la puerta del copiloto y pone una mano para que Noemí se agarre a ella. Gesto que, por supuesto, rechaza.

Sale del coche con mala cara, arruga la nariz y vuelve el frío glaciador a esos ojos.

—Muy bien, ya estamos aquí, ¿contento? —Se cruza de brazos.

—Mucho. —Él se muestra tranquilo—. ¿Recuerdas el día que estuvimos aquí?

Noemí asiente con la cabeza y baja la mirada. Él sabe que lo está pasando mal, que está luchando contra sí misma. Pero eso se acabó.

—¿Por qué vamos a seguir pasándolo mal? ¿Por qué hacernos daño? ¿Por qué obligarnos a un «no» cuando pedimos a gritos que sea un «sí»?

Ella no contesta. Niega con la cabeza, se muerde el labio y camina despacio hacia un montículo de tierra. Sube a él y mira el horizonte, hacia los aviones despegando a saber a cuántos lugares del mundo. Él se acerca y pasa sus brazos por detrás de ella. El olor de su pelo le trae buenos recuerdos. Ella no se aparta.

—El día que estuvimos aquí no podía ni imaginarme lo que iba a cambiar mi vida —Víctor susurra muy cerca de su oído—. Lo que *tú* ibas a cambiar mi vida —intensifica ese tú.

Inspira y vuelve a sentir ese olor. Aprieta más los brazos y siente el contacto con el cuerpo de ella, que se mantiene inmóvil.

—Al principio me caías mal, ¡realmente mal! En mi vida había imaginado a una mujer tan dura como el acero, fría como los polos y tremendamente borde. —Una sonrisa se escapa de sus labios—. Fuiste todo un reto. En aquel viaje a Galicia pensé que no merecía la pena, estaba harto de tus desplantes, pero había algo que siempre me llevaba a ti. ¡Joder! ¡Es que... tienes chispa! —Él entiende bien lo que significa eso—. Llegó ese primer beso, para mí era otro más. —Sabe que la sinceridad puede hacer daño, pero se lo debe—. Luego llegó el viaje a Mallorca, tu valentía, mi admiración hacia ti, nuestra primera noche juntos y esa preciosa sonrisa. Esa que te prometí aquel día. Esa de la que quiero seguir siendo partícipe el resto de mi vida.

Noemí se da la vuelta y mira a Víctor a los ojos con los suyos inundados de lágrimas.

—No sé por qué me haces esto...

—¿El qué? ¿Quererte?

Ella niega con la cabeza, pero sigue delante, mirándole a los ojos.

—También hubo momentos malos —sigue relatando Víctor—. Conocer lo mal que lo pasaste cuando fallecieron tus padres, lo de la Academia. —Mira hacia abajo, todavía se avergüenza—. Lo de aquella chica en mi casa... ¡He sido muy gilipollas a lo largo de toda mi vida!

Noemí limpia sus lágrimas con la mano. Al instante, Víctor las coge con las suyas.

—Todavía me acuerdo de aquel día en el parque, ¡estabas empapada! ¡Y preciosa! ¡Dios mío! ¡Eres la mujer más guapa del mundo!

Ella muestra una sonrisa tímida.

—Y aquel tiro en tu pecho... ¡Me desgarró el alma! —Todavía le duele recordarlo.

—Ese día tuviste miedo de verdad, ¿eh? —Poco a poco va cambiando el semblante.

—¡Mucho! ¡Muchísimo, joder! ¡No quería perderte, no podía! Me di cuenta de que te necesitaba en mi vida... Te necesito. —Acaricia su mejilla con la mano y ella cierra los ojos al

sentir el contacto.

—Pero...

—¡Pero nada! Te voy a demostrar que he cambiado, que ha pasado sin darme cuenta... Que me enamoré de ti poquito a poco, que te fuiste clavando aquí dentro. —Toca el lado izquierdo de su pecho.

Noemí se acuerda de lo que ha escuchado hace escasos minutos en comisaría.

—Vale —dice Noemí con un hilo de voz, que acompaña con una tímida sonrisa.

—¿Vale? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Podría decirte que te quiero, pero eso ya lo sabes. O podría decirte que nunca te he olvidado, pero también creo que eres consciente de ello. O, quizá, podría decirte lo que debería ahora mismo, que vale —repite riéndose—, que sí, que quiero... Que por mucho que me negara, sabes que es lo que necesito. Yo también —le cuesta pronunciar las últimas palabras, pero lo hace convencida— te necesito.

—Mi preciosa, *eis frau*. —Noemí le pone una mano en la boca, mandándole callar.

—¿Para qué quieres que te diga todo eso si ya lo sabes? Si llevo meses intentando ocultar lo que siento y tú sigues ahí... ¡Qué insistencia!

—Porque te quiero, te quiero con el corazón al completo. Por ti podría aprenderme de memoria todos los estereotipos alemanes, ¡no! ¡Eso no es nada! Si me lo pides, ¡me aprenderé todo el diccionario!

Noemí se ríe, feliz.

—Te has convertido en mi primera vez. No quiero más primeras veces y, si las hay, las quiero todas contigo.

Se acerca a su boca y roza esos labios que deseaba besar, despacio, saboreando el momento, aferrándose a ella, a su calor, a su contacto, a sus sensaciones, al ritmo palpitante de su corazón contra el pecho de su *eis frau*. Escuchando el ruido de los aviones despegar, sintiendo que ellos también vuelan a pesar de estar pisando el suelo.

—Al final me has convencido, agente Martínez.

Epílogo

Había sucedido. Lo que habría jurado una y mil veces que no haría.

Perfect, de Ed Sheeran, empieza a sonar y con cada acorde sus nervios van *in crescendo*.

Víctor está de pie, mirando al frente. Lleva un traje de chaqueta azul marino, con una camisa blanca, corbata a juego con el traje y ese pequeño prendido en su solapa. Repeinado, afeitado y con el hoyuelo enmarcando su sonrisa.

El cosquilleo en la boca de su estómago se va convirtiendo en otra sensación diferente. Explosión. Electricidad. Emoción. Ilusión. Felicidad. Amor. Ella. Su preciosa mujer de hielo camina vestida de blanco del brazo de su tía Anette. Le sonrío. Con la boca y con la mirada, con esos preciosos ojos verdes.

Ahí está. Donde quiere estar. Ella es su hogar. Otra vez a su lado. Para siempre a su lado.

Agradecimientos

Llegar aquí siempre es lo más complicado. No sé si es por la emoción, por el miedo o por lo que significa estar una vez más ante esta hoja en blanco.

Cuatro libros después sigo con la misma ilusión (y si os soy sincera, esas mariposas nerviosas en el estómago) que cuando escribí mis primeros agradecimientos, para daros las gracias de todo corazón a los que habéis formado parte de este nuevo sueño.

Como no podía ser de otra manera, a mi hermana; Noemí. Una vez más has sido la otra mitad de esta historia y has hecho que vaya cogiendo forma con tus consejos, sabiduría y paciencia. Una vez más has hecho todo lo que ha estado en tu mano para ayudarme con la escritura, con la corrección y con el material para la promoción. Me quedaría sin hojas para agradecerte lo que me ayudas siempre, en la escritura y en la vida. Una vez más, siempre a mi lado, siempre juntas. Espero haberles rendido buen tributo a esos preciosos ojos verdes.

A mis padres, Emiliano y Encarna, por seguir confiando en un sueño que ya no es solo mío, con esa convicción férrea y ese apoyo incondicional. Pero, sobre todo, por el amor con el que nos habéis educado y que nos seguís dando cada día. Por mucho que crezcamos, nunca dejaremos de ser vuestras niñas.

A Alberto, la suerte de mi vida. Mi vida. Por agarrar mi mano cuando más lo he necesitado y por no haberla soltado ni un solo segundo. Por estar siempre. Por hacer que eso de «el amor de tu vida» cobre todo el sentido contigo. El sentido, la razón y el corazón. El sentir, de verdad, como nunca antes, como solo a tu lado.

A Jorge, por ser tan bonito por dentro, por escucharme con tanta paciencia y aconsejarme como solo un buen amigo puede hacerlo. A Marta y Sara, porque la distancia lo único que ha conseguido es unirnos más y que menos veces sea mucho más tiempo. Más tiempo y mucho más intenso. Y risas, como siempre, muchas risas.

A Sandra, por tus consejos y por esos ojos de ilusión cada vez que compartimos nuestras aventuras literarias. Por ser un ejemplo a seguir, con determinación y constancia, pero sobre todo, con corazón, con amor a la literatura.

A Abril Camino, porque no solo ha sido un trabajo juntas, han sido consejos y sabiduría que valoro profundamente y me guardo para el futuro. A Alexia Jorqués, por otra portada hecha realidad, porque haces magia con tus diseños.

A todos los que seguís al pie del cañón después de tanto tiempo. A mi familia; Dani, Florencio, Carmen, Maricarmen, Margarita, Antonio, Jose y Silvia. A mis amigos; Laura, Cris, Pelayo, Nora, Nuria, Rober, Iris, Álvaro, Raquel, Víctor, Tatiana y Luis. A los de siempre; Grajal y Salientes.

Gracias a todas las personas que me habéis escrito durante estos años comentándome qué os parecen los libros, haciéndome preguntas o mostrando vuestro interés en la próxima novela. (¡Es muy guay que os quedéis con ganas de más!). Me encantaría nombraros uno a uno a todos, pero como no es posible, ¡gracias a todos los que demostráis que los libros no tienen fronteras! He conocido gente maravillosa gracias a la literatura en este tiempo y os aseguro que es algo maravilloso.

A mi abuelo, porque el cielo es más bonito desde que estás en él, como ese azul que nosotros conocemos. Gracias, porque ahora sé cuál es mi lugar en el mundo.

Y gracias inmensas a ti, por tener este libro entre tus manos, porque de nada servirían nuestras

historias si no fueran por los que las leéis y las hacéis un poquito vuestras. Gracias por darle sentido a esta locura que es la escritura.